

ADOLFO PUERTA MARTÍN

Si tú me dices ven,
lo dejo todo



En la época más oscura de la posguerra española, Alicia ha ganado su primer caso como abogada, y con la ayuda de Camilo, su compañero en la Universidad, se dispone a recoger a Yoni, un joven acusado de tráfico de drogas al que ha conseguido sacar de la cárcel. Lo que no saben es que esa noche, sus vidas cambiarán por completo.

Con la ayuda de Sierra, un ex preso político anarquista vivirán una imborrable y heroica huida hacia adelante con la policía pisándoles los talones.

Si tú me dices ven, lo dejo todo es una emotiva y trepidante aventura que los llevará a conocer la realidad de una sociedad oprimida que no ha perdido su hambre de libertad.

Adolfo Puerta Martín

SI TÚ ME DICES VEN, LO DEJO TODO

Edición digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Adolfo PUERTA MARTÍN

***Sí tú me dices VEN,
lo dejo TODO***

Para Virgen Montalvo

Para Ruth y Santiago

Prólogo

Escribí en 1949 una primera novela con el único objetivo de seducir a Alicia. Fracasé. Rompí o quemé ese texto, ya no me acuerdo. No mucho después ella se casó. Pero la suerte estaba echada: pasaría el resto de mi vida escribiendo para ella; no cabía ya el objetivo de seducirla, sí el de tenerla presente a todas horas.

A menudo me despierto en mitad de la noche sudando, por mucho frío que deje sentir la estufa de carbón apagada hace horas, que palpo con manos temblorosas, a veces llorando, a veces desorientado, sin noción de sueño o pesadilla, tan sólo el sentimiento profundo de que algo hice mal y ya no tiene remedio; fui cobarde una vez y lo soy para siempre.

Sólo cuando pongo los pies en el suelo y una corriente helada me llega hasta la médula y todo mi cuerpo tiritita por algo más que por recuerdos, soy capaz de comprender la única verdad: ella no me dijo nunca «ven». No me dijo «ven» porque sabía quién era yo, sabía que no valía para arriesgar la vida por las esquinas, que me quedaría paralizado o encontraría argumentos contrarios a la acción. Me

consideraba un observador; un escritor. Aunque la quise con toda mi alma jamás me habría atrevido a seguir su camino con todas las consecuencias. Me he tenido que limitar a escribirlo. Y, sin embargo, quemaría ahora mismo el resto de las páginas que he escrito por haber tomado aquel tren con ella hacia la nada. Cambiaría todos estos años por haber muerto aquella mañana junto a ella.

Las páginas que siguen son las que, sobre ella, he podido escribir y guardar durante estos años. Nunca me dijo «ven» porque sabía que yo no lo habría dejado todo. Y, sin embargo, no he tenido otra vida que aquellos muy breves ratos en que soñé cómo podría haber sido.

Parece que el largo invierno ha terminado en nuestra tierra y ahora puedo publicar estas páginas. En su momento, por razones de seguridad, cambié los nombres de los personajes. A Alicia la llamé Allende. Hoy ya puedo publicar los nombres verdaderos, pero a ella le dejo el Allende, quizá porque todavía espero que un día aparezca; entonces yo podría volver a intentarlo y no quiero confundir a esa Alicia que volverá con la que vive en este relato. Ojalá siga dejándolo todo cuando la llame el destino.

Pedí prestado un auto para llevar a Allende a la cárcel de Ocaña, un Volkswagen Escarabajo que había sido negro y ahora, después de muchos años a la intemperie, resultaba de un mate incierto, entre gris oscuro y marrón rojizo. Pero andaba lo suficiente como para coger la nacional de Andalucía y recorrer los sesenta o setenta kilómetros que separan Madrid del penal, una carretera estrecha entre chopos o álamos o lo que coño fueran aquellos árboles que, con su tronco pintado de blanco, pretendían avisar de su solidez, de la mortalidad de un trompazo contra su volumen anclado en ávidas y profundas raíces. El Escarabajo cogía con relativa facilidad los ochenta kilómetros por hora. Allende iba en silencio y miraba pensativa al frente. Era su primer caso como abogada defensora: había ganado la alegación y gracias a su esfuerzo iba a sacar de presidio a un medio payo medio gitano, Juan Lafuente Montoya, alias Yoni, condenado a cuatro años y un día de prisión mayor por vender morfina en la Gran Vía y, para mayor precisión, por vender morfina al hijo de un teniente general justo en los altos de la Montera. El trabajo de

Allende había servido para que Yoni pagara sólo dos años y cuatro meses de su deuda y mi amiga la letrada había querido estar presente en el momento de su puesta en libertad. Como ocurría de vez en cuando, aunque menos de lo que yo hubiera querido, Allende me había pedido ayuda. Yo a mi vez había mendigado el auto y allí en Ocaña estábamos, ya oscureciendo, cuando los últimos rayos de sol llegaban sólo a las garitas más altas y los guardias civiles que las habitaban hacían visera con sus manos para no perder ripo de lo que sucedía dentro, sobre y fuera de los muros del penal.

No nos apeamos del coche. Lo enfilé para que tuviéramos a través del parabrisas una visión plena de las puertas metálicas por donde entraban los pobres desgraciados y por donde salían los muy afortunados, y nos quedamos mirándolas mientras el fin de la tarde y luego la noche se interponían entre nosotros. Cuando el edificio se convirtió en una sombra comenzaron a funcionar los reflectores: chorros de luz amarillenta que cruzaban la explanada donde estábamos aparcados, subían después los muros de piedra infranqueables, recorrían, supongo que con minuciosidad, el piso del patio y dibujaban como si fueran lápices de neón las paredes de mil ventanas más negras que la noche aún, recordando a los presos que, hasta en la oscuridad más ciega, permanecían bajo el ojo de dios que todo lo ve. Entonces Allende comenzó a hablar:

—Tardan en salir —dijo.

—¿Tardan? Creí que sólo esperábamos al tal Yoni.

—Suelen hacer «sueltas». Esperan a que haya muchos que ya han cumplido y les dejan en libertad a todos al tiempo. Así pueden poner parejas de guardias en el tren, que los custodien hasta Madrid o hasta donde se dirijan.

—Si les llevan en tren, ¿qué hacemos nosotros aquí?

—Llevan en tren a los que no tienen a nadie que les recoja.

—Vaya, nuestro amigo Yoni es un privilegiado.

—Me gusta ese chico.

—Trafica con morfina, no es un santo.

—Tiene veintidós y los ha vivido todos en las chabolas que hay en los arroyos de La Elipa. No sólo trafica con morfina, también recoge los bultos que tiran los estraperlistas desde los trenes y, de vez en cuando, atraca a alguno que sale borracho de un garito de lujo con su buen abrigo cruzado.

—Una joyita, vamos.

—Un superviviente.

—¿Por qué le defiendes?

—Porque alguien tiene que hacerlo.

—Nunca te harás rica.

—Ellos tampoco.

Así era Allende, había nacido para echarse peso a sus espaldas, no me hacía falta ese diálogo para saberlo, pero me gustaba pincharla. También sabía que hubiera preferido defender acusados de actividades subversivas, pero por entonces a éstos todavía les incoaban causas por lo militar, en tribunales militares y con defensores, si así podía llamárseles, militares. No había sitio para ella. Después se puso de moda, pero para mí Allende fue la primera que supo ver en los delincuentes comunes la encarnación de la injusticia permanente. Y su valor. Puede que ya no sea así, no lo sé, pero para entonces, para los años cincuenta, ser un chorizo normal y corriente exigía, además de buenas piernas, un cuerpo hecho al puñetazo y a la patada, a los interrogatorios interminables, a los golpes con toallas mojadas, un cuerpo en fin que supiera convivir con unos cuantos dientes de menos y, por tanto, un estómago con capacidad para digerir de todo menos comida sana. Desde que comenzó su práctica como abogada, Allende concebía a los comunes como una sección más del reducido ejército que seguía luchando contra el régimen de Franco.

Por fin, ya noche cerrada, se abrió con un crujido tétrico una pequeña puerta camuflada en uno de los grandes portones del muro. Un par de reflectores iluminaron la explanada.

Tres coches estaban aparcados: un sedán americano del que desconocía la marca, un Mercedes oscuro y muy lustroso y nuestro Escarabajo. Salió primero del penal un agente de prisiones, echó un vistazo y dio el visto bueno a la soledad y el silencio que rodeaban el presidio. Después los presos hicieron su aparición uno a uno, deslumbrados por los focos, sonrientes los menos, mal vestidos, flacos y con barbas de entre uno y seis días (soy tan preciso porque Allende me había dicho que les permitían afeitarse una vez a la semana). Se fueron juntando en grupos para decidir, supongo, cómo tirar para la estación de tren. Sólo uno de ellos, equipado con un temo negro a la moda de la guerra y que le venía grande, camisa blanca y con una maleta de cartón a cuadros, no se detuvo en ningún corrillo ni saludó a nadie. Pasó ante nosotros sin mirarnos siquiera y cogió la carretera por donde habíamos llegado, justo en el sentido contrario a la estación de ferrocarril, como si se dispusiera a recorrer a pie el camino hasta Madrid, dos o tres días a paso de hombre normal, algunos más imagino a paso de hombre aletargado por un encierro de años y hambriento. Era alto, con buena figura, con pelo que nos pareció negro (después sabríamos que era en realidad castaño claro) y un andar desgarrado, como si le importara una mierda adonde dirigir sus pasos. Allende le siguió con la vista hasta que desapareció en las inmediatas sombras.

—¿Le conoces? —pregunté.

—No, pero apuesto a que no es un común.

—¿Un rojo?

—Y que está solo —respondió asintiendo Allende—. Nadie le ha traído ropa desde hace unos diez años más o menos. Seguramente ha guardado durante todo ese tiempo el traje negro raído que utilizaría para su puesta en libertad.

Reconozco que sentí celos del ex recluso al escuchar en el tono de Allende la piedad y la admiración por aquel tipo. No lo he dicho, pero vivo enamorado de ella, de Allende, desde que la conocí en la facultad de derecho, hace ya casi quince años. Desde entonces yo había cambiado en todo: estaba el doble de gordo, bebía el doble de alcohol, tenía la mitad de sueños, la mitad de esperanza, pero mi amor por ella se había cuadruplicado (esta vez soy tan preciso en las medidas porque he pasado noches y noches bebiendo y cuantificando mi amor y mañanas y mañanas contando las copas del día anterior, los sueños que destruían y los kilos que me añadían). Allende no dijo más sobre el hombre del traje negro y volvimos a mirar hacia la prisión por si le tocaba el turno a nuestro Yoni.

Después de la primera y numerosa tanda, las liberaciones se producían más lentamente, como con cuentagotas, pero la puerta seguía abierta y el funcionario la custodiaba: no había terminado por hoy la suelta.

Hacía mucho frío y la escarcha iba esmerilando los cristales del auto. Era una excusa perfecta para sacar mi petaca:

—¿Quieres un traguito?

—Si es coñac, sí —respondió Allende para mi sorpresa. No solía beber y mucho menos empinar el codo con una petaca al extremo de su brazo.

Le cedí el frasco y bebió un traguito pequeño, como de adolescente insegura; noté con envidia cómo todo su cuerpo se estremecía. Me empujé yo un vuelco mucho más grande y apenas conseguí que el gusanillo se despertara y pidiera más. Le di más.

—No deberías beber tanto —me regañó Allende.

—Y tú no deberías haberte casado con mi profesor de derecho romano.

Su risa en aquel campo abierto al frío de la meseta iluminó mi alma más que la decena de reflectores que nos vigilaban. Con el rabillo del ojo vi, a pesar de la escarcha en nuestros cristales y en los del otro coche, que dentro del sedán americano habían encendido un cigarrillo. Había más gente esperando la salida de los... no sé cómo llamarles, si afortunados o desgraciados; en todo caso, los escogidos esa noche para la libertad, si puede llamarse libertad a lo que les espera fuera de la prisión a los que nada les queda.

—Voy a quitar la escarcha del parabrisas —dije mientras cogía un paño sucio y salía del Escarabajo.

Parece que era lo que estaba esperando un chico que surgió de entre los árboles que limitaban la explanada de aparcamiento. Antes de que me diera tiempo a pasar el paño me puso una navaja en el cuello, justo debajo de la oreja, y apretó lo suficiente para saber que iba en serio.

—Entre usted en el coche —dijo el chaval en un susurro—. En el asiento de atrás.

Antes de obedecer pude ver que del portillo de la prisión salía un tipo orondo, con más kilos que yo, no muy alto, con el pelo blanco pero abundante y que tendría unos sesenta años o así. No soy un hombre valiente, bien lo sé yo y los que me rodean, pero a pesar de la amenaza me quedé mirando al recién salido: el funcionario le estrechaba la mano con reverencia; no era un preso cualquiera o no era un liberado cualquiera, a pesar de que salía, como la mayoría, con un paquete en la mano.

—¡Que entre, cojones! —insistió el chaval y noté que la navaja arañaba mi fina y blanca piel de noctívago.

Abrí la puerta, corrí el asiento delantero y pasé al estrecho habitáculo posterior; el muchacho, y mientras entraba pude verle bien la cara, era un gitano moracho de piel verdosa, subió al coche y se sentó en el asiento del conductor,

siempre girado hacia mí con su navaja en ristre. Tenía una cicatriz que le cruzaba la cara desde el ojo derecho hasta la comisura izquierda de su boca y más abajo. No llegaría a los veinte años.

—¿Qué haces aquí, Cristo? —preguntó Allende sin que se notara en su voz ninguna muestra de temor.

—Esperar al Yoni, como ustedes.

El chico se llamaba Cristo y a Allende le parecía muy normal que manejara su navaja como si fuera un apéndice de su mano. No sé cuál de los dos aspectos me inquietaba más.

—¿Alguien me puede explicar por qué Cristo me pincha cerca de la yugular en lugar de poner la otra mejilla? —pregunté en un intento de aliviar la situación.

—Se llama Cristóbal —respondió Allende— y es el único amigo de Yoni.

—Pero llámeme usted Cristo —añadió el muchacho—: a mí me parece que tiene mucha gracia.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —preguntó Allende.

—Porque me habría preguntado para qué, abogada, y no puedo decírselo. Se lo contaré al Yoni y que él decida lo que debe usted saber y lo que no.

—¿Y por qué, siendo conocido de la letrada, has tenido que pincharme con la navaja? —pregunté a mi vez.

—¡Ah, la sirla! —dijo como si se hubiera olvidado que la tenía en la mano, como si de verdad fuera un apéndice permanente, un injerto. Y la cerró con parsimonia—. Si no se la llevo a enseñar, se hubiera puesto usted a discutir y no quería que nos viera por aquí... ése.

Y Cristo señaló al hombre orondo a quien el funcionario había saludado con reverencia. Era cierto que venía hacia nosotros. Sonreía. A él sí que parecía esperarle un futuro promisorio fuera del penal.

—¿Es el comisario Ortiz? —preguntó Allende con sorpresa.

—El mismo que viste y calza —respondió Cristo.

—Creía que le habían condenado a veinte y un día.

—Un indulto de su Excelencia, me imagino —respondió Cristo encogiéndose de hombros—. A éstos siempre los sueltan antes.

Callamos mientras el comisario Ortiz sobrepasaba nuestro coche y abría la puerta trasera del Mercedes aparcado unos cuantos metros más allá. Una luz se encendió en el interior del vehículo: pudimos ver cómo una mujer de unos cincuenta, rubia platino, le besaba con escándalo. Los asientos delanteros los ocupaban dos hombres, yo diría que

fornidos. La luz se apagó y escuchamos el ronroneo del motor del Mercedes; comparado con las pederretas de nuestro Volkswagen sonaba como suena la firma de un cheque en comparación con el ruido que hacen las monedas de diez céntimos cayendo sobre un mostrador de zinc. El Mercedes dio marcha atrás unos metros y cogió el camino que llevaba hacia Madrid. Apenas unos segundos después, el sedán americano arrancó y salió tras el Mercedes. Al sedán no había subido preso alguno.

—¿Alguien me puede explicar por qué un comisario tiene que ser indultado para salir de la cárcel? —pregunté—. Lo normal es que los policías estén fuera mientras los ladrones se pasan la vida dentro.

—Ortiz es un camisa vieja, un falangista de los de antes de la guerra, tiene sus ideas —me contestó Allende.

—¡No me digas que le metieron veinte años por falangista! —continué preguntando.

—Era comisario en Madrid y ahora los camisas viejas no están muy bien vistos en los altos cargos —dijo Allende.

—Eso y que el tío tenía organizada una panda para sacar dinero del país y llevárselo a Suiza —explicó Cristo.

—Chanchullos de ese tipo se hacen continuamente en este régimen —dijo Allende—. Si le trincaron fue porque estaba mal visto políticamente.

—Yo en eso no me meto. Lo que sé es que el animal pegaba unas hostias como panes cuando te llevaban a su despacho —concluyó Cristo tocándose la mejilla.

Me gustó que Allende utilizara la palabra «trincaron», me dio la impresión de que empezaba a conocer su oficio. Alternar con navajeros que llevaban la desesperación grabada en la frente, sonar un poco como ellos y que la trataran con respeto suponía un gran avance para la muchachita de dieciocho que yo había visto llegar de Francia con el ideal en la cabeza, un padre moribundo y una sonrisa que competía en provocar vértigo con el movimiento de sus caderas bajo la falda de vuelo a la francesa. Cristo interrumpió mi nostalgia y también el movimiento para sacar la petaca a ella asociado:

—¡Ahí sale Yoni! —gritó.

En efecto, con una caja de cartón en las manos, sin ni siquiera mirar al funcionario que le decía unas palabras, un hombre que parecía de treinta años, aunque Allende me hubiera dicho que tenía veintidós, miraba hacia el único coche que todavía permanecía frente a la cárcel. Cristo abrió

la puerta, sacó medio cuerpo y agitó las manos. Yoni se dirigió hacia nosotros.

—Enciende los faros —le dije a Cristo. Quería estudiar al traficante de morfina.

Para mi sorpresa, Cristo obedeció y pude ver que Yoni, a diferencia de su amigo, no tenía cicatrices en la cara, que resultaba bien parecido, con ojos verdes que brillaban a la luz de los faros como los de los gatos y que su dentadura era blanca y regular excepto por el hueco que había dejado en su mandíbula superior uno de los incisivos, desaparecido quizá en combate. Sonreía con picardía como un niño al que le han levantado un castigo antes de lo esperado. Y así había sido gracias a Allende, que también sonriendo bajó del coche y fue a abrazarle. Más nostalgia, más celos. Y esta vez ni Cristo pudo contener mi gesto de sacar la petaca y dar un trago que a muchos les habría parecido doble. Allende volvió a entrar en el coche:

—Dice Yoni que lo que le tengas que decir, si es tan secreto, se lo digas ahí fuera —le dijo a Cristo, que se bajó del auto y se acercó a su compinche.

Charlaron Yoni y Cristo un par de minutos en el trapezio de luz amarillenta y debilucha que dibujaban los faros y se acercaron a nosotros de nuevo.

—Allende, por favor, pase usted atrás con el gordo —dijo Yoni a través de la ventanilla abierta. Su voz al referirse a Allende era de miel y, con respecto a mí, el tono resultaba reposado y no exento de educación, si tenemos en cuenta que no conocía mi nombre y yo era para él tan sólo una enorme sombra que tapaba la minúscula ventanilla elíptica que los Escarabajos llevaban en la parte trasera.

—¿Quién va a conducir? —preguntó Allende.

—Por ahora Cristo —respondió Yoni.

—Vamos a Madrid, a vuestra casa; no quiero ninguna clase de trucos —dijo Allende, aunque supongo que debiera haberlo dicho yo.

—No pase usted apuro, abogada. Nadie tiene más ganas que yo de volver a casa.

Cristo arrancó el coche y nos pusimos en marcha. El penal fue quedando atrás con sus luces por fuera y su negrura interna, con las siluetas de sus guardias civiles embozados y alerta, vigilando con ojos de fuego las ventanas más oscuras que la noche de las que salía fétida la ácida respiración de miles de condenados.

—¿Tienes tabaco? —le preguntó Yoni al Cristo conductor.

—Picadura.

—Buena es.

Cristo rebuscó en sus bolsillos hasta sacar una petaca, un librito de papel de fumar, un par de fósforos sueltos y le fue pasando el material a Yoni, todo ello sin aminorar ni un ápice la velocidad a que había lanzado el Escarabajo. Si yo me había enorgullecido de sacarle ochenta kilómetros a la hora, Cristo había llevado la aguja hasta pasar un pelo la raya de los cien como el que no quiere la cosa, con naturalidad, como si conducir coches y, simultáneamente, palmear de vez en cuando con alegría la espalda de su amigo recién liberado o sacar todos los utensilios para fumar fuera algo innato en él, como si hubiera nacido con un volante entre las manos. Me pregunté cómo un chabolista de La Elipa había alcanzado tal familiaridad con el arte de la conducción de autos. La respuesta con ser obvia no resultaba tranquilizadora. Allende y yo, mientras botábamos y, para mi placer, chocábamos en el asiento trasero del Volkswagen, nos encontrábamos en manos de dos delincuentes con

habilidad en múltiples ramos de su oficio. Sin embargo Allende parecía feliz, habituada, hasta un poco excitada por esa velocidad excesiva que nos introducía vertiginosamente en el túnel al que daban forma las altas ramas de los árboles y los faros amarillentos. En los asientos delanteros, ya he dicho que Cristo trataba de bromear de vez en cuando mientras que Yoni, serio, pensativo, miraba al frente imbuido en sus pensamientos. Se suponía que tenía que ser al revés; al fin y al cabo, Yoni era el que tenía más motivos para disfrutar de la largura de la carretera y del calor relativo que se disfrutaba en el coche.

Para ahí —ordenó Yoni al ver un claro entre los árboles.

Cristo obedeció como si hubiera oído la voz de «ar» de un coronel de artillería. Las ruedas del coche, bloqueadas, se restregaron sin control contra el asfalto pero el coche quedó clavado en el lugar exacto que Yoni había señalado.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Allende.

—Llevo dentro casi dos años. Le juro a usted, abogada, que es la última vez.

—¡No seas imbécil! —gritó Allende—. Te dije que si volvías a eso dejaría de representarte.

—Lo voy a dejar, se lo juro. Tengo que hacer esto y un par de cosillas más. Después lo dejo todo y me busco un trabajo de esclavo. Ahora le cuento por qué.

Curioso y atónito a un tiempo vi cómo Cristo se sacaba de otro de los innumerables bolsillos que escondía su indumentaria una cajita de metal mate, oblonga, con los extremos cortos redondeados, como las que usan los practicantes cuando acuden a pinchar remedios a casa de un enfermo. Yoni cogió ansioso la cajita y la abrió. Dentro había una jeringuilla hipodérmica y una ampolla cuyo cuello rompió en el acto con un movimiento eficiente, clínico. Mientras introducía la aguja en la ampolla para llenar la jeringa, se volvió hacia Allende:

—La última vez —insistió y le noté una brizna de vergüenza.

Aún nos mostró Cristo otro bolsillo del que sacó una goma elástica ancha y dura que parecía hecha a la medida para estrangular un bíceps. Yoni la cogió, se hizo con ella un torniquete y esperó a que las venas de sus brazos se hincharan para elegir una y perforarla con la hipodérmica. El efecto pareció ser inmediato; suspiró y le dijo a Cristo:

—¿Tú quieres?

—Quiá. Ya llevo.

—Arranca entonces, que tenemos prisa.

De nuevo Cristo obedeció al instante. El Escarabajo botó como un saltamontes al pasar la cuneta y salimos a la carretera con un lamento de ruedas. Miré a Allende para preguntarle con un gesto si quería que les recriminara, pero ella negó con la cabeza y me pidió calma poniéndome una mano en la rodilla. Valía la pena lanzarse a morir por aquella carretera con un coche viejo conducido por un drogado si Allende me tocaba aunque fuera la rodilla. Me concentré en el calor de su mano e imaginé que no mucho más podía sentir Yoni con su pinchazo. También para mí comenzó a ser un viaje feliz hacia Madrid o hacia la muerte.

—Abogada, ¿quiere saber qué ha venido Cristo a cantarme?
—preguntó retóricamente Yoni, pues continuó sin esperar respuesta—: Mi mujer, mi novia, vamos, también se pincha morfina, o sea, que se pinchaba de lo que yo le daba. Pero ya ve usted, el vicio ha sido más fuerte que ella y ha seguido dale que te pego mientras yo estaba en el trullo. Cuando era libre nos salía gratis por el trapiche, ya sabe, pero ella ha tenido que pagarla. Bueno, mejor, que no la ha pagado, que la ha ido pidiendo fiada y ahora debe más de tres mil duros.

—Tú no puedes hacerte cargo de eso, Yoni —dijo Allende—. Si te lo echas encima, volverás a la cárcel en menos de lo que piensas.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?

—No delinquir por lo menos.

—O sea, que usted dice que gane tres mil duros encima de un andamio.

—Ya buscaremos algo.

—Que no, coño, que es imposible. Tengo que buscar una forma rápida de sacar dinero.

—No hay formas rápidas y legales de ganar dinero.

—¡Pues eso es lo que le estoy diciendo: volveré a trabajar en lo mío o en algo parecido! Unos mesecillos, pué que menos. Y otra cosa, la deuda no se la cargan a ella, me la cargan a mí, que soy el marido. Ella ha pedido fiao a mi costa.

—A lo mejor yo ya no estoy cuando vuelvan a pillarte.

—Estará, yo sé que estará.

—¿Qué te puede pasar si no pagas? —pregunté.

Las carcajadas de los dos malevos atronaron. Después se hizo la calma.

—Pa' empezar a ella, a mi mujer, no le dejan salir del poblao mientras no pague. Por eso no ha venido a buscarme, porque quererme me quiere. Si yo no aparezco me buscarán. Le han encargado a Cristo que me lo aclare. Son más de tres mil duros.

—Tres mil doscientos veinte —certificó Cristo—. Entre los dos los sacamos cagando leches. Hay mercao. Están to's los señoritos de la Gran Vía y sus putas esperando como pajarillos boquiabiertos a que les llevemos sustancia.

—No me sigáis contando —dijo Allende—. Se supone que no debo saberlo.

—¿Cómo que no? ¡Así nos puede defender mejor! Nosotros no le callamos ná, pero usted se lo calla al juez. Así ha sido siempre. Y no se preocupe, letrada, que va a cobrar.

—¿Te he pedido dinero alguna vez, Yoni? —preguntó Allende ofendida.

—Soy yo el que se lo quiero dar. Se lo ha ganao y, con mala suerte, se lo volverá a ganar.

Con la animada conversación, Cristo disfrutaba; lo noté porque ya no reducía velocidad en las curvas, ni tampoco cuando lentos y humeantes camiones ocupaban la calzada. Cristo sabía cuál era su destino y tenía prisa por alcanzarlo. La velocidad era tal que con los baches las luces del Escarabajo bizqueaban y a veces volábamos a oscuras durante metros. Por eso surgió de la nada, como un fantasma, al superar una loma, el preso del traje negro y la maleta de cartón. Caminaba en nuestro mismo sentido y, respetando las normas de circulación, por la cuneta de la

izquierda. Eso le salvó de ser arrollado. Yoni le miró durante unos segundos y gritó:

—¡Para, Cristo, le conozco!

—Aquí atrás no cabe —dije yo. No quería más carcelarios en el minúsculo Volkswagen.

Nadie pareció prestarme atención. Debido a la inercia, Cristo detuvo el auto unos cincuenta metros más allá del caminante.

—Déjame tu sirla —dijo Yoni.

—Te he traído una —respondió Cristo.

—Pues pásamela.

—¿No irás a hacer ninguna tontería? —preguntó Allende, convencida de que su defendido sí que iba a hacerla.

—Es una cuestión de supervivencia. No puedo dejar pasar la ocasión —respondió un tanto críptico Yoni mientras cogía la navaja que Cristo le pasaba y se la escondía en la bocamanga.

Y vi cómo Yoni, mirándose en el espejo retrovisor, ensayaba y, finalmente, lograba la mejor de sus sonrisas, la de niño bueno y aplicado. Después, con ella por delante, se apeó del auto. El caminante había seguido avanzando sin inmutarse,

al menos aparentemente, y llegado a nuestra altura. Cristo bajó el cristal de la ventanilla para escuchar la conversación.

—¿No pensarás ir andando hasta Madrid? —preguntó Yoni con amabilidad.

—No tengo prisa —respondió el otro. Hablaba con calma y estaba muy delgado. Debía de tener unos cuarenta largos, cerca de los cincuenta. La tristeza emanaba de él como de Franco la venganza o del Papa la hipocresía. Natural. No estaba alterado ni en prevengan. Caminaba por la carretera en la oscuridad como podría haberlo hecho mirando escaparates para hacer tiempo.

—Te llevamos si quieres —ofreció amablemente Yoni.

—Seguid, ya vais muy cargados.

Supuse que el tipo del traje negro había visto mi volumen y prefería seguir caminando bajo la helada a sufrir cincuenta kilómetros aplastado contra la carrocería. Todos creemos que lo que más influye en el mundo son nuestros defectos.

—¿No le has oído, Yoni? Si no quiere venir, déjale —dije.

—Eso es, no quiero ir —dijo el tipo.

—Suba usted, por favor, no podemos quedarnos aquí tanto tiempo, nos estamos helando —insistió Allende, volcándose

prácticamente encima de mí para llegar hasta la ventanilla que estaba abierta.

El tipo ni se dignó a mirar hacia el interior del vehículo, cogió su maleta, que había dejado descansar sobre el asfalto, y trató de dar un paso adelante. Fue entonces cuando Yoni sacó su navaja y se la puso en el estómago al caminante.

—No me jodas —fue la respuesta plácida del tipo.

—Que subas de una vez —dijo Yoni con los dientes apretados, tratando de resaltar que estaba perdiendo la paciencia.

Juro que apareció una sonrisa, que puede que fuera sardónica, en la cara del tipo. Sin dignarse a mirar ni a Yoni ni a la navaja que ahora le pinchaba los riñones, se dirigió hacia la puerta derecha del coche dispuesto a subir.

—No —dijo Yoni—. Yo paso atrás y tú te quedas delante, junto a mi amigo, así tendrás dos baldeos, el suyo y el mío, dispuestos a rajarte.

Yoni levantó el asiento y pasó atrás, dejando a Allende entre él y yo, y el hombre, amenazado también por la navaja de Cristo, obedeció. Se sentó junto al conductor, puso su maleta sobre las piernas y miró hacia delante, como si su negativa a viajar con nosotros hubiera sido pura cabezonería

y ahora se amoldara a las circunstancias sin darle importancia alguna.

—¿A qué viene todo esto, Yoni? —preguntó Allende—. Dijiste que le conocías.

—Y le conozco. Es un rojo, un maquis, un bandolero.

—¿Qué tiene que ver eso? ¿Por qué le amenazas con la navaja?

—Porque éstos suelen tener dinero, parné fresquito. El Partido o lo que coño sea les manda dinero de vez en cuando para hacerles la vida más fácil en el trullo. —Y dirigiéndose al hombre preguntó—: ¿Cuánto has pagado, Sierra?

No estaba muy seguro de que Sierra fuera nombre o apodo, pero el hombre no contestó. Yoni insistió:

—Nueve años, ¿verdad? Al menos es lo que dicen.

Sierra calló.

—A mí tampoco me interesa andar de cháchara. Sólo quiero el dinero que lleves encima.

—¡No seas animal, Yoni! ¡Déjale en paz!

—Ya se lo había dicho, abogada, tengo que trabajar si quiero salir del mal trago.

—¡Este hombre acaba de salir de la cárcel como tú! ¿No tienes conciencia?

—La conciencia está muy bien para los ricos. A los pobres sólo nos sirve para seguir siéndolo.

—No volveré a defenderte, te lo juro. Hemos terminado. En cuanto lleguemos a Madrid os bajáis del coche y no volveremos a vernos.

—Le debo dinero, abogada.

—No me debes nada. Considérame otra de tus víctimas. Como si me hubieras atracado.

—Tiene usted la obligación de defenderme.

—No si cometes delitos en mi presencia.

—Tengo cerca de cuatrocientos duros —dijo Sierra y volvió a sorprenderme. Su tono seguía siendo de lo más neutro. Ni el final de la carretera ni su dinero le importaban. ¿Qué buscaba ese hombre o qué habían hecho de él en la prisión?

A Yoni no le asaltaban las mismas dudas; a su modo, tenía clarísima la existencia. Mejor en mi bolsillo que en el tuyo, mejor yo vivo y tú muerto.

—Venga pa'cá entonces. Tampoco pretendía que me sacaras de apuros.

Sierra metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cartera gastada, muy gastada, ya parda aunque se adivinaba que en origen fue de cuero negro; la llevaba amarrada con una goma parecida a la que los dos ladrones utilizaban para hacerse torniquetes. Sacó los billetes y, sin girarse, tendió la mano hacia atrás. Yoni se los arrancó ávido.

—Buenos son —dijo, igual que cuando le habían ofrecido tabaco de picadura. Esa era la filosofía de Yoni, empezaba a conocerle. Y añadió—: Arranca, Cristo, que no todo va a ser cosechar, también hay que gastar.

—Deja que me baje ahora —dijo Sierra.

—Sí, para que vayas a chotarte a la primera pareja de la Guardia Civil que veas —dijo Cristo—. Te dejaremos cuando nos dé la gana.

Sierra no protestó, ni siquiera movió un milímetro su cabeza, los ojos fijos en la carretera; tampoco se agarró ni hizo intención cuando el Escarabajo dio una de las sacudidas propias del estilo de Cristo y nos pusimos de nuevo en camino. Daba la impresión de que a aquel tipo le importaba una mierda morir o vivir, incluso vivir sin dinero. En cierto sentido era como yo, con las únicas diferencias de mi relativo apego a la vida por mi amor a Allende y de que yo había dejado escapar dos gotitas de pis cuando Cristo me amenazó con la navaja a la puerta del penal.

—Pero... hagas lo que hagas... lo vas a hacer conmigo, ¿verdad? —preguntó Cristo, con candidez, con humildad. Realmente tenía miedo de que Yoni iniciase en solitario su nueva etapa delictiva.

—No sólo lo voy a hacer contigo, es que muchas cosas las vas a hacer tú, ayudándome, pero con tu libertad para decidir, para observar, diquelar y aconsejarme, o sea para que te vayas soltando. Yo puedo faltar cualquier día.

—No digas eso, Yoni, coño. ¿Qué te va a pasar a ti? No he visto a otro más listo, ni en el poblao ni fuera del poblao.

—Ya, pero siempre puede sobrevenir un acaso.

—Por si lo habíais olvidado, os recuerdo que Yoni acaba de salir de la cárcel y que no se ha pudrido allí porque Allende se ha dejado el resuello para sacarle —dije yo, un tanto envalentonado al ver que aquellos dos hablaban con la misma candidez que cualquier otro chico de la calle.

—Eso fue mala suerte, ¿a que sí, Yoni? —Cristo resultaba un admirador indesmayable.

—En buena parte sí. No debí venderle nada al hijo de un militar de grado.

—El chico tenía el brazo tan lleno de agujeros como un colador —dijo Allende—. Era cuestión de tiempo que el padre se diera cuenta.

—Habíamos quedado en que él no diría nunca quién le proporcionaba la mercancía —dijo el ingenuo Cristo.

—Hay que reconocer las cosas, Cristo. El gordo tiene razón. Cometí un fallo. Pero ya he pagado, ¿no? Tampoco es necesario que me lo estéis recordando siempre.

Todo aquello me resultaba como una pesadilla: allí estaban de cháchara más o menos intrascendente unos tipos que habían cometido, que yo supiera, dos delitos flagrantes, por no contar las faltas contra el código de la circulación y sin valorar moralmente el hecho de que uno de los actos delictivos había sido perpetrado contra lo que se suponía era un compañero de infortunio recién salido también de la cárcel y no de una cárcel cualquiera en un país civilizado, sino de uno de los penales que Franco reservaba a los más, digamos, díscolos. Y si una pesadilla resultaba el ambiente del interior del coche, no hablemos de lo que parecían los pueblitos que íbamos atravesando: oscuros, si acaso una bombilla de veinticinco vatios cada doscientos metros, desiertos, empinados y curvos, estrechos, fantasmas. Le cogí

la mano a Allende, que no la retiró; notaba su respiración asustada. Ahora los dos navajeros reían porque estaban charlando sobre el reencuentro de Yoni con su mujer, o su novia, o lo que fuera, Rosita. Reían con picardía, como si acabaran de contar un chiste verde inmediatamente después de hacer la primera comunión, como si su vida fuera plácida y transparente, como si no tuvieran que vivir arriesgando permanentemente el pellejo y la libertad. Que pudieran terminar con la columna vertebral pegada al poste del garrote vil y la barbilla en el pecho a causa del cuello truncado les debía parecer una posibilidad tan remota como que les recibiera en el cielo una banda de serafines. O al menos se habían olvidado de ella o procuraban olvidarse de ella. Quizá todas las bromas sólo trataban de ocultar esa probabilidad siempre presente en sus mulleras. El caso es que se comportaban como niños, eso sí, niños con morfina corriendo por sus venas. Ellos alterados, Allende desengañada, yo harto por un lado y, por otro, gozando con los dedos de ella entre los míos; el único que parecía conservar la calma era Sierra: no se había movido en lo que llevábamos de trayecto, ni movido ni hablado; no podía verle la cara, pero hubiera jurado que pestañeaba lo menos posible, como si estuviera mucho más lejos de nosotros que la cordura. Una luz verde apareció al final de una gran recta.

—Aranjuez —informó Yoni con un leve deje de alegría.

—Menudas nos las hemos corrido ahí, ¿eh? —dijo Cristo, aclarando el motivo de la alegría de Yoni.

—¡Vamos a parar en El Cazador! —ordenó Yoni con entusiasmo.

—No paramos en ningún sitio. Nosotros os llevamos a casa y desaparecemos —dijo Allende.

—¡Lo que diga el conductor! —fue la salida de Yoni, bien coreada por las carcajadas de Cristo.

Y el conductor giró cuando vio un camino de grava que terminaba en un parador de carretera. Varios camiones malolientes y que parecían caerse a pedazos de viejos aparcaban en las inmediaciones.

—Dentro está el comisario Ortiz —dijo Sierra sin emoción.

—Venga, no jodas —suspiró incrédulo Yoni.

—Su Mercedes está aparcado detrás de aquellos árboles de la derecha, ¿no lo ves?

—Joder, su puta madre.

—Al otro lado del bar, a la izquierda, hay un sedán que salió de Ocaña justo detrás del comisario. Y no son su escolta. Como protección llevaba dos tipos en el Mercedes.

—Bueno, ya no es comisario —dijo Yoni—. Ahora sólo es un expresidiario, como tú y como yo.

—No me preocupa él, me preocupan los del sedán. Son tres —dijo Sierra.

—Si lo que estás pensando es que se trata de alguna deuda pendiente con el comisario, no tiene nada que ver con nosotros. Estamos en la calle, macho, en el campo para ser más exactos, nadie puede prohibirnos entrar en un bar de carretera y echar unos vinitos —dijo Yoni cada vez más entusiasmado—. ¿Cuánto hace que no bebes alcohol?

—Más que tú —dijo Sierra.

—¡Entonces vamos pa' dentro! ¡Que le den al comisario y su séquito!

—Yo voy a vacunarme un poco antes —dijo Cristo.

—Pero date prisa.

Noté que Allende, desconcertada y agotada, iba a protestar, pero dejó descansar la cabeza en el asiento del Escarabajo y desistió, no dijo nada. Cristo volvió a representar el ritual de la inyección de morfina. Al final, Yoni no pudo resistir la tentación y se pinchó también. Ajeno a esos trajines, Sierra no dejaba de mirar el sedán, que permanecía en sombras en un lateral del caserío, como si de ese auto oscuro,

agazapado como una alimaña, fuera a venir el único mal que alguien pudiera hacerle. Y así sería.

A mis ojos, hechos a la mirada abstraída sobre un folio o a la calma y penumbra en que procuraba sumir mi habitación para mejor ensoñar la sonrisa de Allende, todo transcurrió en un suspiro. Fui adolescente durante la guerra y quizá si no la hubiera pasado en un pueblo alejado de los frentes habría tenido más vista, más entendederas o más aguante para la violencia. En cualquier caso, dudo que alguien que no fuera Sierra pudiera haber previsto la furia, la ira, lo brutal y sangriento de lo que sucedió a continuación y, ya digo, en un instante.

La noche cerrada, apenas rasguñada por las débiles bombillas del parador, se hizo fuego, se convirtió en algo muy parecido a la plaza de un pueblo cuyos vecinos, ya superados los días más jodidos de la posguerra, hubieran tirado la casa por la ventana para pagar unos fuegos artificiales que se recordaran por décadas. Durante los escasos segundos que duró sólo pude ver rostros iluminados por una ráfaga, cuerpos que se desplomaban con gritos ahogados, bocas que expulsaban con una fuerza inaudita bocanadas de sangre, hombres que levantaban los brazos en señal de rendición y recibían un disparo en el centro del

pecho, muerte y las lágrimas de Allende, sus convulsiones aterrorizadas, la sonrisa estúpida de un Cristo agazapado bajo el salpicadero del coche, la cabeza de Yoni alzada, mirando con inconsciencia a través del cristal de la ventanilla el infierno de afuera, la figura erguida, sin miedo, insolente, de Sierra avanzando con un naranjero entre las manos, vomitando rabia y plomo, sin saña y sin placer, como si fuera un trabajo, su obligación. Él, que parecía no interesarse mucho por la vida, nos evitaba a todos nosotros una muerte cierta.

Pero voy a contarlo con un poco más de detalle, para que vean que no miento.

Todavía estaba Yoni pinchándose cuando escuchamos voces y risas que provenían del parador.

—No os mováis, no digáis nada —ordenó Sierra desde el asiento delantero; su voz no avisaba del por qué, ni demostraba alteración alguna; sólo pude colegir que había evaluado la situación y nos estaba protegiendo. Parece que todos lo entendimos así porque nadie habló ni se canteó siquiera. Solamente Yoni se llevó la mano al bolsillo en que guardaba la navaja, supongo que para sentirse más protegido—. Ni se te ocurra —dijo Sierra. Como un niño reprendido por el maestro, Yoni alejó la mano de la navaja todo lo que pudo.

El bar estaba situado en el primer piso de lo que había sido una casa de campo, en el bajo había un almacén o garaje, y unas escaleras descendían hasta el claro donde estaba nuestro coche; por ellas bajó el comisario Ortiz abrazado alegremente a la rubia y seguido por los dos gorilas, que parecían despreocupadamente protectores. Ortiz bromeaba sobre su recién adquirida libertad y manoseaba a la rubia desde las tetas hasta el culo. Daba la impresión de que habían disfrutado de una buena y bien regada cena. El comisario gozaba sin remilgos, como si se lo hubiera ganado después de un gran esfuerzo o una hazaña renombrada. Cuando bajaron el último escalón, giraron para encaminarse hacia el Mercedes, situado a nuestra derecha. Fue justo en ese momento cuando las puertas del sedán, frente a nosotros y a nuestra izquierda, se abrieron. En honor de los gorilas de Ortiz hay que decir que inmediatamente echaron mano a las sobaqueras, sacaron las pistolas y, avanzando un par de pasos, cubrieron a su patrón. Pero no fueron los primeros en disparar. Del sedán se apearon tres individuos armados con metralletas haciendo fuego sobre el grupo a discreción. Uno de los gorilas cayó enseguida con unos cuantos agujeros en el estómago y echando sangre por la boca como si fuera el chorro que sale de los leones de algunas fuentes.

—¡Agachaos! —susurró Sierra. Y vi cómo discretamente, procurando no hacer ruido, movía el picaporte de la puerta

del Volkswagen dejándola lista para ser abierta en cualquier momento.

—No va con nosotros —dijo Yoni con suficiencia—. Es un asunto entre el comisario y algunos a los que habrá traicionado o estafado. Vámonos echando hostias y que le liquiden.

—¿Y crees que cuando terminen con él van a querer testigos? —preguntó Sierra—. Vendrán a por nosotros.

—Por eso, cuanto antes salgamos de aquí mejor —insistió Yoni.

—Tienen la matrícula de esta mierda en la que me habéis metido. Nos encontrarán —dijo Sierra.

Mientras dos de los ocupantes del sedán continuaban disparando contra el comisario Ortiz, el tercero se acercaba cautamente, con el naranjero en alto, hacia nuestro coche.

—Agachaos —volvió a susurrar Sierra. Tenía una voz hecha para el susurro, para la ocultación, quizá para la amenaza, desde luego para el dominio. No sonaba a temor, ni traducía angustia, solamente notas secundarias de seguridad y decisión. Y también de vaticinio: sabía lo que sucedería a continuación.

El hombre del sedán disparó una ráfaga contra nuestro coche, el parabrisas saltó en añicos, y siguió avanzando.

Resistí la tentación de preguntar si todos estábamos bien. No sé si los demás fueron también tentados, aunque tenía la impresión de que cada uno se preocupaba sólo de sí mismo. Abracé a Allende y me coloqué sobre ella, como un escudo; no estoy seguro de que mentiría si dijera que deseaba evitarle con mis carnes una bala. Aterrorizado o no, la escondí bajo mi peso.

Escuché después cómo la puerta de Sierra se abría con brutalidad y los pasos que éste dio sobre la grava, luego unos golpes secos y el crujir de algo que podría ser una mandíbula rota o la culata del naranjero partida o ambas cosas. Me atreví a mirar. Sierra había abatido al tipo, que yacía en el suelo, y ahora era él quien sostenía el arma entre sus manos. Con un gesto mecánico, no mediado por la razón, tal vez sí por la costumbre o la inmediata comprensión del propio instinto, Sierra disparó un tiro a la cabeza

—Es usted el que se equivoca.

—¿No quieres mi tarjeta entonces? He visto lo que sabes hacer. Te daría trabajo.

—Ya no trabajo en eso.

Sierra se levantó del capó del sedán y se dirigió a nuestro coche con paso cansino. Allende y yo nos quedamos sin saber qué hacer. El comisario Ortiz me dio una de sus tarjetas y preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros?

—Nadie —dije yo con convicción.

—¿Qué hace ella aquí? —La rubia Miriam había hablado por primera vez y se refería a Allende.

—Soy abogada. Defiendo... defendía a uno de esos de ahí —contestó Allende con voz temblorosa.

—Le conozco. Un chabolista drogadicto —dijo el comisario.

—Usted parece conocer a todo el mundo —dijo una Allende con más brío.

—Es mi trabajo. Les hago extensivo a ustedes el ofrecimiento. Ya tienen mi tarjeta. Estoy en deuda. Pagaré cuando quieran y en el modo que quieran.

—No será necesario —dijo Allende.

Y cogiéndome del brazo me llevó hacia el Escarabajo. Aún escuché que Miriam le preguntaba a Ortiz:

—¿Qué hacemos con ése? Está frito.

—Ahora me encargo —respondió el comisario.

Supuse que se referían al guardaespaldas que continuaba gimiendo bajo la escalera y me desentendí: Allende se había detenido y lloraba en mi hombro. La apreté y me propuse no decir nada hasta que no se le pasara la llantina.

—¡Vosotros, meteos dentro ahora mismo! —gritó Miriam con voz cascada y una autoridad inaudita. Se dirigía a los empleados del parador, que habían salido al balcón a contemplar el final de los fuegos artificiales. Todos obedecieron sin rechistar.

Aunque permanecía abrazado a Allende, con el rabillo del ojo vi cómo Sierra sacaba del coche su maleta. Se marcha, pensé. Y hacía bien. Pero no. En lugar de dirigirse hacia la carretera volvió hacia nosotros, nos sobrepasó sin decir nada, se acercó a los muertos y sus violadores, cogió una de las armas que habían quedado por el suelo y encañonó a Yoni:

—Mi dinero —dijo.

—No vayas tan deprisa —contestó Yoni.

—Tranquilo, que no te voy a hacer nada. Devuélveme mi dinero y estamos en paz.

—No es el dinero lo que debería preocuparte.

—Deja que elija yo mis preocupaciones —dijo Sierra tendiendo la mano con la palma hacia arriba. Con una sonrisa hueca que me extrañó, Yoni sacó los billetes que antes le había robado a Sierra y se los devolvió.

—No te vayas andando, no llegarías ni al Cerro de los Ángeles —dijo Yoni.

—No quiero seguir contigo.

—Pues vas a tener que hacerlo. ¿Sabes a quién has matado?

—¿Qué cojones pasa?

—Son policías —concluyó Yoni refiriéndose a los muertos y enseñó tres placas de las que los policías llevan bajo las solapas de las gabardinas.

Sierra no cambió el gesto, pero supe que su mundo se había venido abajo, que si antes no le importaba morir ahora quizá prefiriera estar muerto. Unas gotas de sudor aparecieron en su frente; no las enjugó ni llegaron a las cejas; el frío las detuvo a medio camino. Después pareció rehacerse:

Vamos al coche. Todos —ordenó.

¡Yoni, entre los tres llevaban más de quinientos duros encima! Cristo se levantó de entre los muertos con tres carteras y dos pistolas en las manos—. Además de los fuscos, que nos vienen al pelo.

Al coche —dijo Sierra y le arrancó de las manos a Cristo una de las armas—. Que conduzca Yoni. Yo iré a su lado.

Subimos a la parte trasera del Volkswagen Allende, Cristo y yo. Sierra y Yoni delante. Sierra quitó con una mano, en la otra conservaba una de las pistolas, los cristales del parabrisas que todavía quedaban en los bordes. Antes de

arrancar ya el frío nos hacía tiritar. Y antes de arrancar escuchamos un último disparo. Miré por la ventanilla trasera: Ortiz y Miriam subían al Mercedes. El guardaespaldas había dejado para siempre de quejarse.

A la altura de Valdemoro ya pudimos intuir Madrid, apenas unas cuantas luciérnagas de escasa vitalidad que titilaban casi opacas, como empañadas, como si estuvieran a punto de morir de agotamiento. Y digo intuir porque las lucecitas, un pequeño belén, se localizaban en el centro de la ciudad; el resto, el Madrid donde se afanaban y penaban los que estaban dando su sudor, su sangre, su semen y sus dolores de parto sin comadrona para, en palabras del Caudillo, «levantar España» a cambio de miseria, infecciones y lentejas, permanecía a oscuras; los arrabales y los poblados de chabolas no podían verse, no existían; trabajaban, daban de comer al resto de la ciudad y limpiaban sus intestinos como bacterias buenas y poco exigentes, pero desaparecían al caer la tarde y, aún de día, hasta las miradas más compasivas tenían dificultades para verlos. Se intuía, digo, el cerco de mugre que rodeaba el cogollo de palacios recién recuperados de lo que fue la expropiación popular, engreídos ministerios y locales de francachela que pretendían ser Madrid, el único Madrid. Naturalmente, nosotros nos dirigíamos hacia la zona oscura.

—¿Hacia dónde vais? —preguntó Sierra.

—Dejamos a Yoni y Cristo en el poblado y luego Camilo me lleva a casa —respondió Allende—. ¿Tú qué haces?

—Me apeo en cuanto lleguemos a los primeros edificios.

—Podemos acercarte a algún sitio, a alguna pensión por Atocha o por Sol —se ofreció Allende.

—¡No, no! ¿Estás loca, abogada? —intervino Cristo—. ¿No te has parado a pensar en la ruina que lleva éste encima? ¡Cuanto antes se pire, mejor!

No percibí en Sierra la menor alteración o movimiento; seguía mirando al frente, aparentemente tan concentrado como si fuera el conductor.

—¿Qué ruina? ¿Qué es lo que quieres decir, Cristo? —preguntó a su vez Allende.

—Que se ha bajao a dos o tres polis, dependiendo de quién y cómo se haga el recuento —aclaró Yoni—. Con suerte, uno se lo quitan de la cuenta y lo meten en la de los gorilas. En cualquier caso, se va a comer a dos de ellos enteritos.

—¿Estáis locos o qué? —preguntó indignada Allende—. Este hombre ha actuado en defensa propia. Nos ha salvado la vida a todos, comisario Ortiz y señora incluidos.

—Vaya usted a contárselo a los aceitunos —dijo Cristo. Y añadió una nueva reflexión—: Encima eso: se los ha cargado

en zona rural y serán los picoletos los que se encarguen de buscarle. Si alguien quiere que le encuentren con él es que es un gilipollas.

—O un suicida —valoró Yoni—. Y usted no quiere ser ninguna de las dos cosas, ¿verdad, letrada?

—No me puedo creer lo que estoy escuchando —dijo, al borde de las lágrimas, Allende; y era cierto: le resultaba imposible entender que aquellos dos individuos, tres si me contamos a mí, quisieran deshacerse de un hombre que acababa de arriesgar su vida por salvarles; no le cabía en la cabeza tamaña falta de gratitud, de solidaridad; no había, en definitiva, entendido nada de lo que es vivir a la que salta y saltando. Yo tampoco mucho pero sí lo suficiente para saber que continuar en compañía de Sierra era como llevar una bomba de relojería en el bolsillo—. En cuanto esto termine, no quiero saber de vosotros nunca más.

—No me gusta decepcionarla, abogada —dijo Yoni muy en serio—, pero así son las cosas; lo verá claro en cuanto tenga un momentito para pensar. Hasta usted, con su título y todo, terminaría en una mazmorra si la pillaran con él.

—¡Tenemos testigos! ¡Nosotros, el comisario, su señora, todos somos testigos de que esos tres policías fueron los agresores! —Allende se agarraba al Código Penal con fuerza,

como si fuera el único clavo ardiente que la sostuviera para no caer en la locura, una locura que, sin embargo, para ellos, para Yoni y Cristo, para Sierra, era la vida cotidiana, la única que habían conocido, la única que vivirían; hasta para mí resultaba infantil confiar en que la verdad y un tomo de derecho consiguieran que la justicia prevaleciera—. Me da igual lo que penséis: no vamos a dejarle solo.

—Yo no entiendo nada —confesó Cristo, quien, desde el otro punto de vista, también temía que la cordura hubiera desaparecido del mundo; y después se inclinó hacia delante para hacerle la pregunta a Yoni y sólo a Yoni—: ¿De verdad tu abogada cree que puede salvar a este metida? ¿Está hablando en serio? Porque, a mi modo de ver, ha perdido la razón.

—Déjalo ya, Cristo; será cuestión de minutos. Él mismo ha dicho que se bajaría al llegar a los arrabales.

—¡No deberíamos ni haberle subido al coche después del tiroteo! —exclamó Cristo, que realmente estaba perdiendo los nervios.

—¡Te digo que no le des más vueltas, joder! —Yoni sabía que debía mostrarse duro con Cristo para que se relajara—. Confía en mí.

—¿Y si yo os digo a los dos, a Yoni y a ti, que os bajéis en este mismo momento del coche, que no os quiero en el

coche de mi amigo? ¿Entonces qué? ¿Qué pasaría? — Allende estaba empezando a entender.

—¡Que nos reiríamos! ¿Verdad, Yoni? Dejarnos aquí ahora mismo es condenarnos. Los civiles ya estarán en el lugar de autos, andarán ya buscándonos yo qué sé cuántas parejas. No nos bajaríamos. Serían o ustedes o nosotros, ¿verdad, Yoni?

—La abogada no lo dice en serio —respondió Yoni—. Sólo lo está planteando para que nos hagamos una idea de lo que es que le dejen a uno desamparado.

—Si eso ya lo sabemos. Lo que no quiere entender la licenciada es que se trata de él o de los demás. Como tú le has dicho hace un momento, en cuanto lo piense un poco se dará cuenta.

—Si el asunto es tan crudo como lo contáis —razonó Allende—, tal vez deberíais recordar que él es el único que tiene pistola.

—Dos, creo —dije yo, que no quería que se pusieran a comprobarlo y terminar a tiros.

—Yo también me he guardado una —dijo Yoni y miró de reojo a Sierra, que seguía inmutable.

—¡Otro gilipollas! —se alteró Cristo—. Una pistola de esos polis te lleva al garrote en cuanto te trinquen.

—La tiraré en cuanto lleguemos a casa —dijo Yoni—. Piénsalo un poco, Cristo, joder: si nos dan el alto ahora, con éste aquí dentro, lo único que nos queda es salir disparando. Me desharé de ella cuando se baje.

—¡Sois una mierda! ¡Los dos! —gritó Allende, completamente superada por lo que ella llamaría «fríos razonamientos», y añadió dirigiéndose a Sierra—: ¿Y usted qué? ¿No piensa decir nada? Todos hemos visto lo que sabe hacer con un arma. Estos dos no representan ningún problema para usted.

—Tienen razón —fue la escueta respuesta de Sierra—. Son una mierda, la verdad, los dos, pero tienen razón. Usted deje de preocuparse. En unos minutos, en cuanto haya edificios para estar más protegido, me apearé y usted y su amigo saldrán de la pesadilla.

—¿Qué va a hacer usted solo por Madrid, sin lugar para dormir, apenas sin dinero... ?

—¿Cómo que sin dinero? —interrumpió Cristo indignado, como si hubiera sido insultado—. Le hemos devuelto el parné que le habíamos quitao.

—En cuanto nos deje, no piense más en nosotros. Olvídenos —dijo Sierra como si no hubiera escuchado a Cristo.

—¿Me está dando un consejo? —preguntó Allende con una ironía que me tranquilizó: era la primera muestra de que recuperaba el control de su cabeza.

—Ahí, junto a ese almacén o lo que sea, déjame ahí —le dijo Sierra a Yoni—. Supongo que siguiendo esa misma calle de la izquierda llegaré a Usera, ¿no?

—Sí —fue la escueta respuesta de Yoni.

—Por lo menos coja una de mis tarjetas y me podrá avisar si le detienen o si necesita cualquier otra cosa —dijo Allende mientras rebuscaba en su bolso las tarjetas de visita. Cuando las encontró, se inclinó hacia delante y le puso a Sierra la mano en el hombro con una de ellas.

Puede que yo fuera el único en percibir el gesto, pero Sierra, por primera vez, quitó la vista de la carretera y miró durante un par de segundos esa mano que le tocaba. ¿Quién sabe cuánto tiempo llevaba sin sentir la mano de una mujer sobre su cuerpo? En cualquier caso, volvió a mirar hacia delante sin coger la tarjeta.

—No es una buena idea.

—Soy abogada y, al menos por ahora, puedo defender a quien me dé la gana.

—Tendría usted que mentir y probablemente perdería el ejercicio de la profesión.

—Lo de mentir lo hacen siempre, ¿no? —preguntó Cristo con espontaneidad—. ¿Cómo te van a defender si no?

—Para —ordenó Sierra con voz tajante.

Yoni detuvo el coche.

—Entra un poco más, pega el coche a la pared.

Sierra buscaba una guarida de sombras: no quería que nadie pudiera verle bajar del coche. Cuando Yoni paró el coche de nuevo a escasos centímetros del muro de un viejo almacén, Sierra abrió la puerta. Antes de apearse le dijo a Yoni:

—Tira ese fusco ahora mismo.

—Descuida, que no se me olvida.

—No diré nada de vosotros. Como los dos gorilas están muertos y han disparado sus armas, no tienen por qué pensar que había alguien más conmigo. ¿Me entiendes?

—Que sí, compadre, entendido: que aunque te detengan no vas a hablar de nosotros.

—¿Excepto?

—Excepto si somos nosotros los detenidos y se nos va la lengua.

—Entonces os cargaré al menos uno de ellos y estaréis tan listos como yo.

—No pasará.

—Eso espero.

Sierra se bajó y se pegó al muro con un gesto de autómata. En las sombras de la madrugada, con el traje negro pasado de moda, brillante de viejo y con los puños, bajos y codos raídos, tenía un aire de indefensión, de pobreza, de desvalimiento que atrapó la mirada de Allende. Acababa de matar y ahora parecía un mendigo con cierto interés por mantener la dignidad. Allende no podía dejar de mirarle. Celos por mi parte. Cuando Yoni puso en marcha el Escarabajo, vi cómo Sierra se tambaleaba al dar el primer paso; recuerdo que supuse que iba a simular ser un borracho para pasar con mayor discreción por las calles solitarias de Usera. Sin pedirle a Yoni que detuviera el coche, Cristo se pasó al asiento delantero derecho. Allende, atrapada por el hombre que abandonábamos a su suerte, no dejó de mirar por la ventanilla trasera cómo Sierra se hacía cada vez más pequeño, más pequeño...

—¡Para el coche, Yoni! —gritó Allende.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —dijo Yoni mientras frenaba con estridencia.

—Pon la marcha atrás y vuelve.

—¡Y dale! ¡Qué pesada la mujer esta! —se quejó Cristo.

—No le veo —dijo Yoni mirando por el retrovisor—. ¿Qué ha hecho?

—Se ha caído. Vuelve a buscarle.

—Estaríamos locos si... —comenzó a protestar Cristo, pero Allende le interrumpió tajante:

—¡Cállate o bájate! Como quieras. —Y dirigiéndose a Yoni—: Tú igual. O nos acercas a recoger a ese hombre o te largas andando con tu amigo.

—Calma, abogada, calma —dijo Yoni y engranó la marcha atrás—. Nadie se va a bajar. Le recogeremos.

Hicimos de regreso los doscientos o trescientos metros hasta el muro en que le habíamos dejado. Apenas unos pasos más allá, entre las sombras eso sí, como si en ninguna circunstancia perdiera su instinto, yacía Sierra, bocabajo; inconsciente, como descubrió Allende de inmediato. Yoni le giró con cuidado. Justo debajo del esternón, su camisa blanca estaba empapada en sangre.

El poblado chabolista se estiraba a lo largo de un arroyo fétido de aguas negras; recuerdo que tuve la esperanza de que a la luz del día no fuera tan negro, pero no sería así; al contrario, al día siguiente a la luz del sol sus aguas parecían más oscuras, más aceitosas, muchísimo más tóxicas. En cualquier caso, cuando llegamos era noche cerrada y ni siquiera había luna que nos alumbrara el camino. Yoni y Cristo, por seguridad, no habían querido que acercáramos el coche hasta las chabolas y tuvimos que cargar con Sierra más de quinientos metros tropezando a menudo con escombros, neumáticos destrozados, cacerolas agujereadas, botellas rotas clavadas en tierra y siempre con las aristas más cortantes al aire, mierda por doquier; su herida en el abdomen no dejaba de sangrar. Mientras los hombres le llevábamos en volandas, Allende se había arrancado un trozo de blusa para tratar de taponar la herida; según ella era un solo agujero espumeante pero limpio, si en aquellas circunstancias un agujero cualquiera pudiera considerarse limpio. Yoni nos encareció silencio: no quería que ningún habitante del poblado se enterara de que habíamos llegado con el «medio fiambre», fueron sus palabras, más buscado por las fuerzas de seguridad del Régimen.

La casucha a la que llegamos estaba construida de rasillas hasta una altura de metro o metro y medio, el resto, hasta el tejado, era una amalgama de materiales diversos, entre los que destacaban bidones metálicos abiertos y deformados para construir un techo sin demasiadas fisuras. Yoni llamó a la puerta con sumo tacto. Nos abrió un espectro lívido y ojeroso con forma de mujer, que abrazó a Yoni y rompió a llorar.

Ésta es Rosita —dijo Yoni y añadió con orgullo—: Mi mujer.

Yo me abro a mi queli —dijo Cristo.

Ni una palabra —le advirtió Yoni.

—Joder, no me conoces, macho —se ofendió Cristo y salió, no sin antes decir—: Mañana te traigo material.

Habíamos dejado a Sierra en un jergón, de los dos que poblaban el suelo de la chabola y que constituían prácticamente todo su mobiliario: el resto eran cajas de madera de diversos tamaños, que cumplían funciones de mesa y sillas, y un infiernillo de petróleo con un cazo lleno de garbanzos encima, que era lo que daba el ambiente hogareño y el olor acre de la pobreza; un candil de aceite proporcionaba la mísera iluminación. Allende se arrodilló junto a Sierra para repartir sus afanes entre el manantial de la herida y la frente sudorosa.

—Está muy mal. No tardará en subirle la fiebre —dijo Allende.

—No podemos llamar a un médico —contestó rápido Yoni.

—Puedo hacerle un emplasto —se ofreció Rosita.

Y se dirigió hacia los garbanzos, como si las legumbres pudieran ser la solución a cualquier enfermedad o traumatismo. Cogió el cazo pero se quedó con él en la mano, pensativa, ida, temblorosa, casi dormida. Yoni la abrazó con delicadeza, maternal, y la tumbó en el jergón que quedaba libre.

—Mañana será otro día —dijo Yoni y se acostó junto a su mujer—. Apagad el candil si queréis dormir.

Antes de medio minuto la pareja respiraba con regularidad inconsciente. Y el candil quedó prendido. Ni a Allende ni a mí se nos pasó por la cabeza dormir. Los bidones del techo crujían al contraerse por el frío, las paredes rezumaban humedad, el olor a excrementos viejos que entraba por un ventanuco tapado sólo por una cortinilla de lana resultaba insufrible y el herido gemía a intervalos y tiritaba, aunque parecía hacerlo con extrema discreción y sin alterarse, como cuando caminaba por la cuneta o disparaba sin dejar de avanzar a paso firme. Un hombre hecho al dolor sordo, permanente, hecho a las torturas del cuerpo, probablemente también a las del alma, un hombre que ni

con el intestino atravesado por una bala se abandonaba al grito o al delirio. Observé con envidia que era en Allende en quien más se notaba el dolor de Sierra. Le tenía cogidas las manos, le secaba la frente, hacía muecas de dolor, casi de llanto, cuando él se quejaba, le recogía la sangre con tanto cuidado como si pudiera volver a ser reutilizada. En una ocasión en que pareció que Sierra se ahogaba, le levantó la cabeza para que esputara y luego se la acomodó entre los senos. Parecía una piedad vestida con chaqueta de abogada sosteniendo a un padre pródigo que había vuelto a casa delgado, sin esperanza y con un holgado traje de banderillero en paro. Los ojos de Allende se llenaron de lágrimas pero ninguna corrió por sus mejillas. Por un momento imaginé lo que sería cambiarme por Sierra, dejarle a él mis miedos, mis deseos siempre insatisfechos, mi amor desequilibrado y quedarme con su templanza, su valor, su indiferencia y sus ojos avellana; también apunté a mi cuenta la compasión y el deseo de abrazar que inspiraba en Allende. No habría sido un mal cambio si se pudiera haber pensado que Sierra llegaría a mañana.

Como si hubiera escuchado mis demenciales pensamientos, Allende dijo:

—Si llega a mañana, diga Yoni lo que diga, iré a buscar a un médico.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Sí, y luego te acercas por casa y le dices a mi marido lo que está pasando. Sólo lo del herido; nada del tiroteo.

—Me preguntará qué tenemos que ver nosotros con tanta sangre.

—Ya se lo explicaré yo cuando vuelva.

—¿Qué has visto en ese hombre?

Mi pregunta había surgido de la mera curiosidad pero Allende demoró su respuesta como si de ésta dependiera algún trozo de futuro:

—Eso, un hombre —terminó diciendo.

Mi estómago se encogió como si también hubiera recibido un balazo y permanecí callado hasta que la luz comenzó a filtrarse por las innumerables rendijas del tejado y luego atravesó la urdimbre del trapo de lana del ventanuco. Con luz, la habitación resultaba más sórdida si cabe. Las paredes pardas estaban llenas de churretes ocres que, luego descubrí, era la sangre mezclada con morfina que a veces saltaba de las jeringas; había en uno de los muros un espejo partido y en otro el retrato de un legionario de más que mediana edad. Los garbanzos, iluminados, se veían unidos entre sí por una pelusa de moho. Era como si en esa casa no se hubiera vivido durante años, a pesar de estar ocupada por Rosita, como si Rosita no hubiera vivido sino muerto en esa

casa durante años. Cuando los rayos del sol llegaron a sus caras, Rosita y Yoni se removieron levemente y, sin llegar a abrir los ojos, se abrazaron más, se apretaron, como si quisieran formar una sola pieza, indestructible hasta para el astro rey.

—Voy a traer al doctor Fonseca —susurró Allende.

—Ya no es doctor. No podrá hacer gran cosa.

—Por lo menos nos dirá si puede salvarse.

—¿En estas condiciones?

—Buscaremos antibióticos de estraperlo si es necesario.

—Ni el mismísimo Fleming podría terminar con las bacterias que se acumulan en esta cloaca, por no hablar de que la herida es en el intestino.

—Os estoy oyendo —terció Yoni sin abrir los ojos—. Mi casa no es una cloaca, o no lo será en cuanto me levante y me ponga a limpiar. Tampoco sé cuántas veces tengo que decir que no quiero aquí ningún doctor.

—No voy a dejar que se muera sin intentar hacer algo —dijo Allende.

—Este médico del que habla Allende no se lo dirá a nadie.

—Si no dejas que entre el médico —amenazó Allende—, llamaré a una ambulancia y le llevaremos a un hospital. Será peor para ti.

—Y para él —dijo Yoni.

—Sí, también para él —dijo Allende mientras secaba por última vez con mimo la cara del herido—. Vámonos, Camilo.

Cuando salimos el frío nos estremeció; parece mentira el calor que pueden dar unas chapas en el techo y cinco cuerpos, por una u otra razón, febriles. De camino hacia el Volkswagen, giré la cabeza y pude ver cómo una comitiva de ancianos con bigote, sombreros y bastones se dirigía hacia la chabola de Yoni. A unos cuantos pasos les seguía Cristo, que se acucilló fuera, con una pajita entre los labios, apoyada la espalda en un muro derruido, mientras los patriarcas entraban.

Conduje en silencio hacia Madrid. Tampoco habló Allende. El sol, menos que tibio, quedaba justo encima de la Estación del Mediodía cuando llegamos a Atocha. Yo pensaba en cómo iba a decirle a Álvaro, su marido, en lo que andábamos metidos. No es que temiera una escenita ni nada por el estilo. Unos años mayor que Allende, Álvaro había asumido la imposibilidad de tenerla para él solo y percibía y apreciaba la luminosidad y la vida que ella exhibía cuando se entregaba a los acusados, a los condenados de antemano, a los que nada tenían. No me preocupaba Álvaro, pero no me gustaba el encargo. En realidad no me gustaba ir a casa del matrimonio, reconocer en las paredes o estanterías fotos y recuerdos que les habrían hecho reír al colocarlos, o los sillones gemelos en que los dos se sentaban a leer al final de la jornada o ese aire de protección e intimidad que dejaban comprender las ondas de las cortinas, los visillos blancos y los cristales siempre impolutos, la cesta de frutas puede que enceradas sobre la mesa del comedor. Allende me sacó como siempre de mis pensamientos sobre Allende.

—Vamos hacia Moncloa. El doctor Fonseca vive en Gaztambide.

—¿Qué le vas a decir para que acceda a venir?

—La verdad, que alguien se está muriendo.

A Fonseca le habían prohibido ejercer la medicina en el cuarenta porque había seguido practicando abortos después de terminada la guerra. No lo había hecho por dinero, vivía relativamente bien de las rentas familiares, sino por ideas, por considerar que la mujer tenía derecho a disponer de su maternidad cuando le apeteciera. Ahora, ya pasados los setenta años de edad, no tenía otra afición que la de leer todos los periódicos de la portada a la última página y la de escuchar la BBC en busca de indicios de descomposición del régimen franquista. Cuentan que se hacía pasar por un viejo comandante del ejército para ser recibido como asiduo en muchos de los mentideros de la ciudad. La verdad es que conocía pecados y virtudes de toda la jerarquía política y eclesiástica, de la A a la Z; también sus intrigas y componendas. De poco nos podrían servir ahora tales conocimientos y yo tenía también la impresión de que de poco nos servirían sus conocimientos médicos, sin material quirúrgico, sin medicinas y en las circunstancias que rodeaban penosamente a nuestro enfermo Sierra. Soy de los que lo ven todo en blanco y negro y se rinden en cuanto aparece el color oscuro. Allende sin embargo sabía matizar los grises y no se rendía ni cuando se agotaba la gama.

Volvió a hablar cuando el coche traqueteó sobre los adoquines del paseo del Prado.

—¿No te parece de locos que en esta ciudad, incluso formando parte del flujo de sangre que corre cada día por sus calles, que la reconstruye y alimenta, pueda haber gente sin futuro y con un pasado de mierda como la que acabamos de conocer?

—Ha sido la guerra.

—¡No ha sido la guerra! Han sido los que ganaron la guerra. ¿No te das cuenta? Madrid, España probablemente, está creciendo y limpiándose gracias a todos esos desgraciados que se pudren en las chabolas, se pudren en las cárceles y en los trabajos forzados, se pudren en empleos con salarios de hambre. Si Madrid crece es porque les saca las proteínas a todos ellos.

—Gente del bronce ha habido siempre.

—Porque no han podido sobrevivir de otra forma. También ha habido siempre gente como Sierra y siempre también les ha tocado perder. Y ellos sí que podrían haber elegido.

—No sabes nada de él.

—No.

Llegamos en silencio a Argüelles y luego a Gaztambide. Mendigos y soldados del Ministerio del Aire, estudiantes y policías, carros con caballerías moribundas recogiendo la basura, carros con caballerías moribundas llevando cántaros de leche a los hogares con posibles, dependientes con batas gris azulado y pitillos apagados en los labios para que duraran llenaban la calle, obreros de cara famélica pero cetrinos subidos en los andamios, porteros de ojo avizor, portadores de armarios, bañeras, bultos enormes atados a su espaldas se encorvaban en cada esquina. Madrid se movía, crecía, se multiplicaba. Y era verdad, a las afueras miseria, bacterias, jóvenes madres sin clientes y niños de gordas barrigas. Como si la guerra hubiera sido una vendedora de lotería que hubiera repartido muy pocos números premiados. Para mí era el mundo; para Allende, un mal sueño incomprensible que, quizá, podría olvidarse a la hora del desayuno si todos o muchos nos despertábamos. Llevaba yo años soñando con despertar junto a Allende y hoy, la primera vez que amanecía junto a ella, lo hacía rodeado de gente buscada por la policía, gente de gatillo y sangre fácil, propia y ajena, gente que no había recibido en el sorteo ni la pedrea. Ya no estaba tan seguro de querer seguir esperando a una mujer que se reponía rápidamente del espanto de los tiros y a la que no importaba mezclarse con hombres de futuro tan corto como los días de invierno. Comenzaba a acusar mi falta de temple. Pero aún pensaba

que el amor me premiaría con alguna traza de valor. Esperanza vana. El perfil decidido que me ofrecía Allende indicaba que si quería seguir acompañándola debería ser capaz de comisiones más arriesgadas que llevarla a buscar a un doctor ilegal y avisar a su marido de su indefinida ausencia. Aparqué frente al portal de Fonseca.

—No tienes por qué venir después si no quieres. El doctor y yo nos las arreglaremos.

—Estaré aquí en hora u hora y media.

—Te lo agradezco en cualquier caso. Dile a Álvaro que le quiero.

—Lo sabe.

La vi apearse y me quedé hasta que entró en el portal. Llevaba el aire resuelto de la mujer que sabe para qué ha nacido.

Como había previsto, avisar a Álvaro no tuvo mayores complicaciones, ni siquiera hizo demasiadas preguntas. Me conformé con decirle que habíamos presenciado un tiroteo con la policía y que Allende se había empeñado en defender a uno de los ladrones porque estimaba que había actuado en defensa propia. No voy a negar que sí me dolió ver a Álvaro en batín, con unas gafas para cerca y con un libro de historia del derecho en la mano. Esperaría lo que hiciera falta para

tener a Allende junto a él y luego la disfrutaría. Una existencia suave, como la piel que ella de vez en cuando le ofrecería.

Al llegar de nuevo a Gaztambide ya me estaban esperando en la acera Allende y el doctor Fonseca, un viejecito menudo, aunque de mirada picara, con un bajo el brazo izquierdo y un maletín de médico, de cuero cuarteado y de principios de siglo, colgando del derecho. Ninguno de los dos daba muestras de excesivo nerviosismo, como si atendieran heridos por arma de fuego todos los días. Allende le cogió del brazo para ayudarle a subir a la parte trasera del coche; ella se sentó junto a mí.

—Álvaro también dice que te quiere y que te espera —le dije a Allende—. Buenos días, doctor.

El doctor no me contestó; ya se había puesto a leer el ABC. Estaba claro que yo allí era sólo el chófer. Allende comprendió cómo me sentía y trató de hacerme partícipe de los planes que habían trazado.

—El doctor sabe mucho sobre el comisario Ortiz. Nos lo va a contar ahora durante el trayecto.

—Creía que habíamos dejado claro que no teníamos nada que ver con Ortiz.

—Eso fue antes de saber que Sierra no podría valerse por sí mismo. No pienso dejarle indefenso.

—No es Ortiz quien debería preocuparte, sino los policías que intentaron matarle. Y a juzgar por las ganas que le tienen, no me parece que el ex comisario tenga mucho ascendiente sobre ellos.

—Cuéntele a Camilo, doctor, por favor.

Por el espejo retrovisor vi que Fonseca cerraba con cierta irritación su periódico. Que el chófer estuviera informado no parecía una de sus prioridades. Carraspeó y comenzó a hablar con desgana:

—Hace unos años, al poco de terminada la guerra, los camisas viejas, es decir, los falangistas de la primera hornada, los que militaban en Falange ya durante la República, no los que se apuntaron después al vencedor, vieron con desencanto cómo Franco se inclinaba por un régimen capitalista puro, sin nacionalizaciones, con los sindicatos doblegados e integrados en el sistema, sin atender ninguna de las reformas que proclamaban los que se llamaban a sí mismos «auténticos». Ortiz era uno de ellos; los otros, Quintero y un tal Ramírez Diosdado; un trío de auténticos a los que les fueron encomendados cargos en la policía. Estos tres, en lugar de hacer como otros, continuar intentando la reforma desde dentro, decidieron tirar por la

calle de en medio y organizaron una red de evasión de divisas. Su objetivo: ganar dinero en poco tiempo y establecerse como empresarios, en la patria o fuera de ella. Y no estaba mal pensado. Gente que paga porque le saquen sus dineros fuera de este país tan convulso la ha habido siempre. Los ricos apoyaron a Franco, pero el dinero es un fiel de la balanza muy sensible y ninguno de ellos se ha fiado nunca de los gobiernos de este país. Suiza es refugio mucho más seguro para la pasta. Ya durante la República, algunos grupos anarquistas organizaron un sistema parecido en la frontera con Francia. El caso es que el negocio de los policías comenzó a funcionar muy bien. Quintero, el comandante Quintero, cubría la retaguardia: se destacó en la represión, detuvo a muchos rojos y a otros que no lo eran tanto pero engrosaban las estadísticas. Estos números, que reflejaban eficacia, los compartían también Ortiz y Ramírez Diosdado, que sin embargo no se dedicaban exactamente a las labores policiales, sino a la vanguardia del negocio: a sacar maletas y maletas de dinero por las fronteras de Francia y Portugal a cambio de un porcentaje que variaba entre el veinte y el treinta y cinco por ciento, dependiendo de las cantidades que había que transportar. Todo funcionó a pedir de boca hasta que los militares pretendieron meter mano en el asunto. Ya sabéis que militares y camisas viejas han andado a la greña muchas veces. Algún generalote le llevaría el cuento a Franco y éste, en un acto de propaganda, decidió

que alguien debía pagar. Le tocó el palo corto a Ortiz y dio con sus huesos en la cárcel. Sin embargo, la red de evasión de divisas no se deshizo. Ortiz no delató a sus camaradas; Quintero y Ramírez Diosdado continuaron con el negocio y, se supone, dándole su parte a Ortiz, que cumplía condena de veinte años en Ocaña. Pero hete aquí que Quintero, cada vez más entusiasta en sus detenciones, cada vez más retorcido y sanguinario, es ejecutado por un comando del Partido Comunista. Ramírez Diosdado vio el cielo abierto. Con Quintero en el hoyo y Ortiz en presidio, el negocio se quedaba entero para él. Y así lo disfrutó por un tiempo. Voy a hacéroslo corto: Franco, como siempre, una vez apagado el eco de su acto propagandístico, se compadece de los camisas viejas e indulta a Ortiz. Lógicamente, Ramírez Diosdado supone que, una vez en libertad, el ex comisario va a querer volver a compartir los dividendos y, por lo que Allende me ha contado, se adelanta e intenta asesinarle a la salida de Ocaña. ¿Los esbirros? Policías, claro está, como toda la red de evasión. Y de los duros. Falangistas probablemente. Andáis en un mal lío.

—¿Nosotros? —exclamé entre asustado y sorprendido—. ¡Nosotros no hemos hecho nada!

Con el rabillo del ojo vi cómo Allende negaba con la cabeza dándome por imposible.

—Hay dos posibilidades —continuó el doctor Fonseca como si no me hubiera escuchado—. O bien Ortiz reorganiza sus huestes, es decir, los policías que le continúan siendo fieles, si los hay, y se enfrenta directamente a Ramírez Diosdado, o los dos se ven, se hablan, se abrazan y vuelven a trabajar juntos.

—Ambas posibilidades nos dejan a un lado —dije yo.

El doctor rió con un sonido cascajoso que terminó en una tos seca; antes de terminar de reír y toser se encendió un cigarrillo. Reía, tosía, fumaba y, a través del retrovisor, me miraba con cara de haber visto al tío más gilipollas de Madrid.

—En ambos casos nos buscarán —dijo Allende.

—No a nosotros, no quedó ninguno vivo para poder señalarnos con el dedo —respondí tratando de darme esperanza.

—Puede que a nosotros no, aunque no es seguro, pero sí a Sierra. Tanto si pelean como si pactan, los policías de Ramírez Diosdado querrán encontrarle y vengar a sus compañeros muertos.

—Es un pacto tácito que existe entre ellos —añadió el doctor—. Imagino que se trata de una táctica para mantener la moral de las tropas: no se abandona a nadie, ni a los

muertos, y a éstos, además, se les venga. Los que se juegan a menudo la vida parece que tienen en mucho ese tipo de ventajas postmórtem. La verdad, nunca he entendido por qué.

—Sea como sea, sólo nos dejan una salida —comentó Allende con la calma con que se habla a tu pareja de mus cuando sólo te juegas unos chatos por partida—. Trataremos de sacar del país a Sierra.

—¿Cómo que trataremos? —protesté—. Ni tú ni yo, ni siquiera el doctor, que tanto sabe, tenemos ni idea de cómo hacerlo.

—Primero le curaremos y luego le proporcionaremos una documentación falsa —argumentó Allende—. Si el doctor ve que puede salvarle, lo demás será cosa nuestra.

—¿Por qué mía también? —Estaba visto que el amor no me daba alas.

—Porque, como yo, sigues vivo por él.

—En tu caso, además, parece sigues viva él.

—No seas infantil.

O sea que Allende estaba dispuesta a enfrentarse por un desconocido a una policía que, desaparecida la Gestapo, era de las más sanguinarias y, al parecer, corruptas del mundo

civilizado y el infantil era yo. Empecé a comprender por qué sentía envidia de Álvaro, de Sierra, aun con su agujero en las tripas, envidia del doctor Fonseca, envidia de un perro sarnoso que Allende acariciara. Yo era infantil porque toda mi vida se reducía a mí.

Llegamos al poblado de chabolas y volvimos a dejar el coche lejos de la casa de Yoni. El doctor se tapó la nariz con su pañuelo cuando tuvimos que saltar el negro arroyo de mierda.

—Se la han llevado —dijo Yoni apenas nos vio aparecer en la puerta de la chabola—. Se han llevado a Rosita.

—¿Dónde está Sierra? —preguntó Allende.

Yoni se encontraba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas a la altura de la cara; frotaba y se retorció las manos. Su gesto estaba descompuesto, con la boca torcida de rabia o desesperación; los dos colchones hollados y vacíos. Ni rastro de Rosita o Sierra. Sobre el cajón que hacía de mesa unas botellas llenas de algún tipo de líquido y una jeringuilla con lo que parecía sangre muy oscura en su interior; una cucaracha abrevaba del caño de la punta de la hipodérmica.

—No me la devolverán hasta que pague —insistió Yoni con un hipido.

—Luego nos ocuparemos de eso —dijo Allende—. ¿Se han llevado también a Sierra?

Yoni negó con la cabeza, sus ojos vidriosos parecían dos espejos empañados por el vapor del agua caliente tras afeitarse.

—¿Dónde está entonces? —insistió Allende.

—Lo he sacado al corral. No podía permitir que le vieran aquí —respondió Yoni señalando con el dedo gordo por encima de su hombro.

—¡Venga, doctor! —dijo Allende.

Allende corrió hacia una puerta estrecha y baja que había en el muro trasero de la vivienda. El doctor y yo la seguimos. La hoja de la puerta estaba hecha con medio somier de camastro al que habían atado con alambre tablas de cajas de pescado. Al abrirla desprendió un olor a masilla, a pescado seco y descompuesto.

—No se preocupen: está cojonudo. Le he puesto morfina —escuché que decía Yoni mientras salíamos al corral.

En el corral no había animales, pero los había habido; excrementos de todo tipo de seres vivos alfombraban el suelo. Sierra yacía acurrucado en un rincón, encogido y tapado por una manta tan rala como el tul. Temblaba de la cabeza a los pies. Allende y el doctor se agacharon junto a él. Parecía dormido, pero sus párpados no habían llegado a

cerrarse del todo y una rendija dejaba ver una rayita blanca y húmeda, como el tuétano de sus ojos.

El doctor retiró la manta y observó la herida del abdomen, palpó sus alrededores tumefactos y se encogió de hombros.

—Vamos a meterle dentro y que se caliente un poco. Trataré de encontrar la bala pero en estas condiciones creo que será mejor no tocarla. Se infectaría... más.

—¿Puede salvarse? —preguntó Allende.

Aunque entonces me diera, ahora no tengo reparo en confesar que esperé del doctor una negativa categórica. Y casi, casi lo consigo:

—No daría un duro por su vida... Pero si ha aguantado estas veinticuatro horas, es posible que la bala no haya roto ninguna tripa.

Fonseca tapó con mimo al herido y entre los tres le alzamos y entramos en la vivienda. Yoni continuaba en la misma posición en que le dejamos.

—¿Por qué tiritita tanto si le has inyectado morfina? preguntó el doctor.

—Le he puesto muy poca. ¿No sabe lo cara que es? Es normal que tiemble cuando se pasa el efecto.

El doctor abrió su maletín y se dispuso a explorar la herida. Allende se acercó a Yoni y se agachó junto a él.

—¿Qué ha pasado con Rosita?

—Se la van a quedar hasta que yo reúna el dinero que debo —dijo Yoni y señaló las botellas que había sobre el cajón—. Cristo me ha traído material; sólo estoy recobrando fuerzas para salir a colocarlo. Él ya está en Madrid vendiendo.

—¿Cuánto tiempo llevas sin comer?

—No tengo hambre. O tengo pero se me olvida. Enseguida estaré listo.

Aquellos tipos eran de piedra. O parecían de piedra. Allende le acarició a Yoni la mejilla y éste dobló el cuello para apresar la mano de ella entre la cabeza y su hombro. Permanecieron así unos segundos. Hasta que el rostro de Yoni se relajó y casi pareció que sonreía. Recuerdo que hice un esfuerzo por grabar en mi mente la imagen con la intención de escribirla más tarde. «Como animales —pensé—; somos como animales que se frotan, se huelen y se acarician, porque esas sensaciones de proximidad, de unión con los demás, son lo único que nos separa del momento de morir a solas.»

—Ha tenido suerte —dijo el doctor mientras olisqueaba la herida, como un médico del medioevo o un perro—. A mi

entender no hay infección intestinal. La herida en sí es otra cosa. Necesitará antibióticos.

—Los buscaremos —dijo Allende—. ¿Seguirá mucho tiempo inconsciente?

—No creo —respondió el doctor—. No hay ninguna razón excepto la morfina o su falta para que no despierte. Supongo que lo hará en unas horas. Sólo descansa.

—¿Tú sabes cómo conseguir penicilina, Yoni? —preguntó Allende.

—Yo tengo que trabajar.

—Camilo irá contigo. Le dices dónde comprarla y él lo hará.

—Sería más fácil si propusiéramos un cambio por mi material. Vosotros me la compráis a mí y luego cambiáis la morfina por los antibióticos. Os diré cómo. Así ganamos todos.

—No me importa lo que hagáis. Conseguid el medicamento y pronto. Camilo, en mi bolso hay dinero.

—¿Tú te quedas? —pregunté.

—Claro —respondió Allende casi ofendida, como si le hubiera propuesto la transgresión de un mandato divino o de un mandato de la naturaleza humana, que es peor—.

Llevaos al doctor. Yo misma le inyectaré la penicilina; sé hacerlo.

—Me llamas si notas algún cambio —dijo el doctor—. Si no, me venís a buscar pasado mañana y le echo otra ojeada. De todas formas, este tipo...

—Sierra —interrumpió Allende al doctor.

—Sierra —continuó Fonseca— no es la primera vez que pasa por una de éstas. Tiene más cicatrices que un olmo del parque de los Enamorados. Si se queja mucho, dale un poquito más de morfina. Te dejo una jeringuilla.

Yoni intentó protestar por el despilfarro de su mercancía, pero la mirada de Allende le contuvo. Ayudé a Yoni a incorporarse y, mientras yo cogía unos billetes del bolso de Allende, él preparó una dosis en la jeringa nueva. Después encabecé la marcha hacia el Escarabajo. Antes de salir vi a Allende quitarse el abrigo, arrodillarse junto al herido y taparle casi con devoción, como si el sufrimiento fuera el salvoconducto para su cariño. No es que yo deseara sufrir pero sí me hubiera gustado parecer que lo había hecho.

Aunque jamás podría alcanzar a Sierra en cicatrices, ni de fuera ni de dentro. Me lo confirmó Allende después, cuando me contó lo que había hablado con él esa misma tarde.

Por lo visto, poco después de que nos marcháramos Yoni, el doctor Fonseca y yo, Sierra sufrió un período más agitado: movimientos convulsos, frases susurradas e ininteligibles, intentos de incorporarse y huir hacia quién sabe dónde. Allende procuró sujetarle y que se moviera lo menos posible. Después el herido se calmó y durmió plácidamente durante un par de horas. Allende, que no había pegado ojo la noche anterior, se tumbó a su lado y descansó también. Cuando despertó la luz ya no era la del sol sino breves destellos rojos y amarillos que apenas lograban iluminar el alféizar de la ventana tapada con el trapo de calceta. Allende salió a la puerta de la chabola. A la puerta del resto de las casuchas habían prendido hogueras para calentar la noche y las familias se reunían a su alrededor. Aún llegaban al poblado hombres y niños tirando de las riendas de las muías enganchadas a carros cargados de chatarra y cartones. Los recibían ofreciéndoles platos de potaje calentados al fuego. Ni el fuerte olor de los múltiples guisos lograba enmascarar la fetidez de un asentamiento de trescientas, cuatrocientas, mil personas con la fuente de agua más cercana a dos kilómetros de distancia. Para Allende fue como pisar otro mundo, oler otro mundo y, según me contó, no le pilló tan de sorpresa: comprendió que esas manchas de podredumbre en el mapa resultaban imprescindibles para que los despachos de los abogados, de los políticos, de los militares, de los curas tuvieran recubiertas las paredes de

caoba. Regresó junto al herido con el corazón en un puño: ¿qué pintaba ella entre aquellos dos mundos?, ¿cuál de los dos tiraría más hasta partirle por la mitad las entendederas y el alma? Según ella, la respuesta la encontró al regresar junto al herido. Tenía ya los ojos abiertos y la siguió con la mirada desde la puerta hasta el colchón.

—¿Me voy a morir? —preguntó Sierra, al decir de Allende, sin emoción alguna.

Y dudó qué contestar. Pero los ojos de Sierra no mostraban temor alguno; en todo caso, esperanza, tal vez anhelo, de descanso, de paz o de olvido. Allende se decidió por la verdad:

—Te ha visto un doctor.

—Lo sé.

—¿Estabas consciente?

—Escuchaba. ¿Qué ha dicho?

—No tenía instrumental, no ha podido explorar muy a fondo, pero es un buen médico. Dice que has tenido suerte y que no hay perforación intestinal. Sin embargo, la herida es otra cosa. Puede infectarse y más en estas condiciones. Estamos buscando penicilina.

—Eso cuesta dinero.

—No importa.

—Y no vale la pena.

—Para mí sí.

—Me van a encontrar tarde o temprano.

—Eso dicen pero procuraremos evitarlo.

Sierra amagó una sonrisa y luego la cara se le contrajo de dolor y terminó tosiendo. Aunque sus ojos volvieron a humedecerse, no salió lamento alguno de su garganta.

—No hables si no quieres —dijo Allende.

Sierra guardó silencio y respiró hondo varias veces, conteniendo, supuso Allende, las ganas de gritar o de llorar, tratando de sumergir el dolor lo más profundo posible. Las laderas negruzcas del cráter de la herida le palpitaban y ardían; Allende le pasó por los bordes un paño empapado en agua fría. Fue entonces cuando vio otras cicatrices; una de ellas muy cerca del corazón. También pudo contarle las costillas; tan sólo la piel, muy blanca, las envolvía.

—¿De veras te crees capaz de sacarme, letrada?

—Si no te mueres, sí.

—¿Y si yo prefiero morir?

—Tranquila —dijo Sierra—Te llamas Allende, ¿verdad? Ni te estoy pidiendo ni te voy a pedir nada.

Sin girarse, mientras miraba por el ventanuco cómo al extinguirse las hogueras las estrellas iban saliendo, Allende preguntó:

—¿Tienes mujer?

—La tuve.

—¿Murió?

—Supongo que no.

—¿Ibas ayer a buscarla?

—No.

—¿Adonde ibas?

—De eso se trata cuando digo que no soy más que lo que ves. No sólo yo, todos. ¿Qué importancia tiene adónde iba? Lo que importa es adonde he ido, de dónde he venido. Eso es lo único que he conseguido aprender. ¿Adónde iba ayer? Aquí. Venía aquí con un tiro en la barriga. Hacia aquí me dirigía, ¿no es evidente?

Sierra calló y a Allende le pareció que el hombre estaba disfrutando, que por primera vez en mucho tiempo le gustaba lo que estaba sucediendo, lo que veía a su

alrededor. Cuando me lo contó no tuve más remedio que reírme yo también. ¿Disfrutando un tipo herido, que pensaba morir en una casa infame sobre un terreno pútrido, un tipo que acababa de recobrar la libertad y que ya estaba siendo buscado para volver al penal y probablemente al garrote? «Sería la morfina, yo qué sé —me dijo Allende—, la morfina que le mandaba hablar, algo a lo que no estaba acostumbrado, o quizá también, a pesar de su fatalismo, la mera posibilidad de que alguien le recordara, pero sé que se encontraba a gusto hablando conmigo desde aquel jergón.» «Te deseaba, eso es todo», le dije yo. «No, entonces todavía no; seguía queriendo a su mujer», respondió Allende.

Me contó después la historia que escuchó de aquel tipo aquella noche.

Sierra, que olvidó o no quiso decir su nombre, había hecho de todo entre su llegada a Madrid a mediados de los veinte y su afiliación a la Federación Anarquista Ibérica, muy poco después de su fundación, aun antes de terminar 1929. Y cuando digo de todo es de todo. Desde vivir del juego de naipes hasta matricularse en Filosofía y Letras para documentar y alimentar el porqué de ese sentido funesto de la vida que se atribuía. Venía de campesinos castellanos, si no adinerados, sí con un buen pasar, pero no había heredado su constancia, su tesón, su paciencia y pronto aprendió que por mucho que te afanaras, por mucho que miraras al cielo y rogaras, ni dios ni el amo y mucho menos la naturaleza o el Estado, ni siquiera tus semejantes, se iban a compadecer de ti. Según él, sólo cuando ingresó en la FAI comprendió que si la vida era riesgo, de enfermedad, de malas cosechas, de amores rechazados, que si la vida era muerte, lo más inteligente era vivirla sin plan personal, con planes genéricos, para la humanidad y cosas así, pero con los sentidos vivos y siempre atentos, al menos lo suficiente para no olvidar jamás que a la vuelta de la siguiente esquina

podrías convertirte en nada. La FAI, los activistas de la FAI, los pistoleros, como les llamaban, habían comprendido que con una pistola en la cintura eras dueño de cada segundo que pasaba, no del siguiente, y cada segundo que pasaba podía cambiar tu vida: si la acción salía bien disfrutarías tanto de lo que habías hecho para la revolución como del vino que te servirían en la taberna y de la mujer que te esperaba en la guarida; si la acción fracasaba, te pudrirías en una cárcel o te llevarían al cementerio; si lograbas huir y te buscaban, ¿quién sabe adónde irías a parar? Otra ciudad, otro país, otros compañeros, otras mujeres, más pistolas y el siguiente e incierto segundo. Atracó bancos por la causa y mató pistoleros fascistas. Vivió con igual soltura en tugurios, en el monte y en buenos hoteles. Cuando le identificaron y le pusieron en busca y captura huyó a América, donde atracó más bancos y se bajó algún guardia. Al sublevarse Franco, regresó a España. Volvió ducho en indiferencia, que es como decir valor, y armas de fuego. La FAI comenzó a destinarle adonde hicieran falta más nervios. Luchó en Madrid, en vanguardia y en labores de policía en la retaguardia, luego en Aragón y después le enviaron tras las líneas fascistas con la misión de organizar y dirigir a los grupos de guerrilleros dispersos por los montes de Ávila. En cada una de esas ocupaciones ganó heridas y prestigio, dolor e inercia. Se acostumbró tanto a esa vida sin horizontes que pocas veces pensaba en la victoria y cuando lo hacía sentía una especie

de temor, el único miedo que a estas alturas conocía, el espanto ante una paz que sólo te permitiera trabajar para hacerte viejo muy deprisa.

Todo cambió cuando conoció a María. Ocurrió en Madrid, en un bar de la calle Carretas, después de cruzar una vez más las líneas franquistas para presentar informes y recibir órdenes. Ella trabajaba tras la barra y él no le contó nada acerca de sus ocupaciones. Durante unos días, después de la cotidiana serie de aburridas reuniones, Sierra se presentó cada noche en el local, cerca de la hora de cierre, con la esperanza de que María saliera con él a cenar o a dar un paseo. Finalmente, después de una semana, María accedió a tomar una sopa de ajo en un restaurante para milicianos de la calle Mayor.

El mismo Sierra le reconoció a Allende que no era capaz de describir lo que sintió hacia María después de hacer el amor en una pensión de Atocha, pero se parecía mucho a lo que él estaba acostumbrado a sentir cuando dejaba el refugio seguro de la cueva del monte o el piso franco y se encaminaba a atacar el destacamento fascista o la oficina bancaria: la vida y la muerte dependerían de su habilidad, sí, pero también de una infinidad de factores no previsibles, de la suerte; con María la felicidad o la tristeza dependerían de lo mucho que él quisiera a esa mujer, pero también de que ella estuviera dispuesta a estar con él, a esperarle, de la

suerte de que le amara. El caso es que la quiso con locura y con ese amor empezó a apreciar su propia existencia, empezó a pensar constantemente en el día siguiente, en los días siguientes y en los muchos que faltaban para volver a Madrid, caminar con María, hablar, reír y dejarse caer de nuevo con ella en una cama. La victoria y la paz se le presentaban ahora como un período de gozo en el que se envejecería muy tarde, lentamente. No cedió en su coraje para la acción, porque de él dependía su regreso, pero sí se sentaba solo, taciturno y tembloroso entre combate y combate.

Cuando la derrota de los republicanos fue cosa presentida, Sierra se presentó en Madrid sin permiso de sus superiores; quería recoger a María y llevarla hasta Cataluña, cerca de la frontera francesa, con la intención de cruzarla y huir en cuanto se confirmara la victoria fascista. Pero María ya no estaba tras el mostrador del bar de la calle Carretas; hacía días que se había despedido. Le dijeron que podría encontrarla en casa de sus padres, un piso en una córrala de Lavapiés. Los hombres que Sierra había traído consigo para que le ayudaran a salvar la franja de tierra ocupada por los fascistas, que habían partido el territorio republicano en dos, se quedaron paseando y sin hacer alardes por la calle de Sombrerete. No quería Sierra que relacionaran a María y a su familia con milicianos de los más duros. Subió él solo y la encontró en la cama, pálida, con los labios malvas y sin

fuerza para levantar del todo los párpados; apenas podía sonreír y movió los labios lo justo para susurrar «te quiero». Fue la madre de María quien, al regresar de la compra, informó a Sierra de que su hija estaba embarazada de tres meses y sufriendo pérdidas, manchando, desde hacía un par de semanas. Sierra buscó un médico, que sólo pudo confirmar el diagnóstico y añadir que la mujer no podía hacer un viaje y que, sin duda alguna, morirían ella y la criatura si se pretendía que ese viaje fuera en camiones del ejército y a pie a través de territorio ocupado. No lo dudó Sierra ni un instante. Buscó a sus hombres y les dio instrucciones para que se presentaran en la sede de la FAI en Madrid para recibir órdenes; él se iba a quedar en aquella casa hasta que María se recuperara. En vano intentaron los milicianos hacerle entrar en razón: en cuanto los fascistas llegaran a Madrid podría considerarse hombre muerto. Sierra pensó que podría salir de ésa como había salido de otras; al fin y al cabo se había destacado más en el monte y nadie le conocía en aquel barrio; con una documentación nueva podría pasar inadvertido. Se quedó con un naranjero y una pistola y despidió a los compañeros.

Su hijo Efraín nació mientras las calles se llenaban de vocingleras y vengativas camisas azules. María sobrevivió porque el destino lo quiso y porque Sierra asaltó en solitario un almacén de víveres del ejército nacional; tuvo que degollar a un centinela para llevarse un pequeño camión

lleno de pollos y latas de conserva que guardó en un garaje de Usera donde se escondía un compañero, un dirigente de la FAI que tampoco había querido o podido huir; esas cosas no se preguntaban, no importaban las circunstancias: como no se cansaba Sierra de repetir, si estabas allí era porque allí era hacia donde te habías dirigido.

Pasaba los días con su mujer y su hijo, «nadie que no sea padre puede saber cómo se llega a querer a los seres inermes y que dependen de ti; he visto niños con las tripas abiertas por las bombas o los machetes sin dedicarles más que una mirada y entonces una tos, un grado de temperatura de Efraín me hacía perder el sosiego», dice Allende que contó Sierra. Por la noche salía con el compañero escondido en el garaje en busca de contactos que les permitieran obtener una documentación falsa y una forma de ganarse la vida. De vez en cuando atracaban pequeñas tiendas, estancos, farmacias, lo que fuera que diera comida, dinero o mercancía que vender por las calles con beneficio aunque con gran riesgo. Pero la organización estaba rota y nunca consiguieron papeles que legalizaran su existencia. «Tampoco creo que si hubiera conseguido documentos me hubiera puesto a trabajar; con los salarios que pagaban no habría conseguido sacar a mi familia adelante», dijo Sierra. «Mucha gente lo hizo», le contestó Allende. «Y mucha gente vio a sus hijos pasar hambre, no asistir a la escuela, morir de infecciones o tuberculosis; a

Efraín y a María jamás les faltó de nada. Por lo menos hasta que me detuvieron.»

Fue en el 41, después de asaltar un banco. Efraín tenía ya tres años. Sierra y su compañero, envalentonados por la suerte que hasta entonces habían tenido, decidieron atracar un banco y salir todos para Portugal, los cuatro. Desde Portugal pensaban dirigirse a Buenos Aires; con dinero contante y sonante todo podía conseguirse. Sierra lo expresó a su modo: «A pesar de todo, yo era feliz, éramos felices. Por unos días, mientras decidíamos y planeábamos el atraco, olvidé que un segundo puede cambiarlo todo, que de hecho lo cambia todo; no pensé ni por un momento que pudiera salirnos mal. Es curioso, con la familia dependiendo de mí debería haber sido más prudente y haber evaluado las consecuencias; pero no fue así: sentí que esa felicidad de estar los tres juntos era indestructible; antes, sin familia, cada acción tenía varias consecuencias posibles; en aquel momento, sin embargo, sólo me pasó por la cabeza una posibilidad: coger el dinero y marcharnos para siempre de este país de mierda; el lazo entre María, Efraín y yo era tan firme, tan poderoso, que no había fuerza en el universo, ni siquiera la policía de Franco, que pudiera romperlo. Conteste usted, letrada, hacia dónde me dirigía».

No dio detalles Sierra sobre su caída; tan sólo que su compañero murió acribillado dentro de la sucursal bancaria

y que a él le condenaron sin pruebas porque le detuvieron varios minutos después, en la Gran Vía, cuando ya había conseguido deshacerse del dinero y de la metralleta; tampoco durante los interrogatorios lograron que confesara su adscripción a ningún movimiento ni pudieron relacionarle con sus acciones durante la guerra. La condena a veinte años fue simplemente por atraco a mano armada. Sierra fue un preso común y no se relacionó con los políticos en ninguno de los penales en los que estuvo a lo largo de los nueve años que pagó. La esperanza en la lucha le hacía vomitar, no la lucha en sí, sino la esperanza. De la humanidad sólo le importaban su mujer y su hijo, de los que no tuvo noticias a partir del momento en que su sentencia fue firme.

—¿Por qué? ¿Se marcharon? —preguntó Allende, casi escandalizada.

Sierra negó con la cabeza y se llevó las manos a la cara en un gesto que podría significar cansancio, sueño o anhelo de olvido.

—¿Qué pasó entonces? —insistió Allende, sensible más que la media a las historias de amor fallido.

—Fui yo. Me habían caído veinte años. No podía condenarles a ellos también. Yo mismo le dije a María que no quería verla más, que no viniera a comunicación, que todo se había acabado.

—¿Ella no insistió?

—No. Me conocía.

Según relato posterior de Allende, en ese momento entramos nosotros, Yoni y yo. Veníamos agitados y confusos, pero traíamos algo de pan negro, queso y un líquido que Yoni llamaba vino. Aún con todo lo que nos había pasado pude concentrarme en el rostro de Allende, en su gesto: supe por el brillo de sus ojos oscuros que había tomado una decisión, fuera ésta la que fuere. Sierra aparentaba estar dormido y su cara estaba roja y brillante, como si su fiebre, que por el frío ambiente no llegaba a condensar el sudor, tratara de suplir la estufa que tanto se echaba en falta en la infravivienda.

—¿Traes la penicilina? —me preguntó Allende.

—Traigo algo que dicen que es penicilina.

—Tenemos que sacar a este tipo de aquí —dijo Yoni.

—¿Qué ha pasado?

—Nos están buscando —respondí.

—¿Quiénes?

—Vete tú a saber —dijo Yoni—. Tenemos que pirarnos.

—Por lo menos has dicho «tenemos» —dijo Allende.

—No es porque yo quiera andar con ustedes en esto, pero se han llevado a Cristo. Si le sacan algo, estarán aquí en menos que canta un gallo.

—¿Quiénes? —repitió Allende.

—Ni idea. Le metieron en un coche. —Me encogí de hombros—. Desde lejos parecía un Mercedes. Era oscuro, eso sí.

Mientras Allende le pinchaba a Sierra la medicina y yo daba cuenta más del vino que de las viandas, la puse al corriente de los acontecimientos.

—No te puedes imaginar cómo se pone la trasera de la Gran Vía de madrugada —comencé—. Toda una serie de tipos como Cristo y Yoni apostados en las esquinas, entre putas, con las manos en los bolsillos de sus chaquetas de entretiempo, congelados. Y por las calles, la del Clavel, Infantas, la de la Reina, una auténtica caravana de coches buenos, Bentleys, Mercedes, algún HispanoSuiza viejo pero bien cuidado, haciendo cola para comprar morfina, láudano y unas pastillas que dicen que traen los americanos y que se llaman.... ¿cómo se llaman, Yoni?

—Anfetaminas.

—Eso es, anfetaminas.

Me fijé en que Yoni se había acucillado en un rincón, con la espalda repartida entre las dos paredes, y no comía; sólo se movía hacia delante y hacia atrás, rítmicamente, como un feto, como los hombres encarcelados a los que sólo les queda su cerebro y se olvidan de su cuerpo o como los monjes ensimismados en sus ensoñaciones sobre una vida

futura. Corté un trozo de queso para Allende y continué mi relato.

—Todo el mundo vendiendo y comprando a través de las ventanillas de los coches, en los portales o con movimientos veloces y furtivos entre los caminantes. Un auténtico zoco, Allende, un zoco en las narices de la policía.

—Ellos se llevan lo suyo —dijo Yoni.

—¿Qué le pasó a Cristo? —preguntó Allende.

—Yoni y yo habíamos encontrado a alguien que quería cambiar penicilina por morfina y subimos a un piso. Apenas tenía muebles, era como la mínima expresión de una oficina...

—Ve al grano, por favor —dijo Allende.

—Es un piso que sólo se utiliza para eso. ¿Qué quieres, que tengan cortinas de Damasco? —dijo Yoni.

—Hicimos el cambio —continué—. Y cuando bajamos nos dirigimos hacia la esquina en la que Cristo negociaba. Como te puedes imaginar, yo quería volver aquí cuanto antes.

—Tú estabas muerto de miedo —dijo Yoni.

—Eso da igual. Vimos que Cristo se inclinaba para meter la cabeza en la ventanilla de un coche oscuro, puede que un Mercedes, y salió despedido hacia atrás...

—Como si le hubieran dado un sartenazo en plena jeta interrumpió Yoni.

—Después dos tipos se bajaron de la parte delantera del coche, le cogieron por las axilas y le metieron dentro. Pusieron la marcha atrás y desaparecieron.

—Tienen que haber sido policías —dijo Allende.

—No. Ellos se lo habrían llevado con aparato, exhibiéndose. Permiten el tráfico, pero hubiera sido una oportunidad para ellos detener a alguien en esas calles y que mañana saliera en los papeles. No eran policías. Al menos no en una redada legal.

—Quizá son los que tienen a tu mujer —aventuró Allende.

—Tampoco —dijo Yoni—. Esos saben que voy a pagar. No hace falta que se metan en más líos.

—¿No les debéis dinero a nadie más?

—Vendrían a por mí, no a por Cristo. Él sólo va conmigo.

—Nos buscan a nosotros entonces; por lo menos a él —dijo Allende refiriéndose a Sierra.

—Y yo no debería estar con vosotros —se lamentó Yoni.

—No tienes elección —dijo Allende con la voz más dura que le había escuchado nunca—. Si lo que quieren de Cristo es

saber dónde estamos y él habla, no te escaparás. Nuestra única oportunidad es estar juntos.

—¿Y mi mujer? —Yoni casi lloraba sin dejar su balanceo.

—También nos ocuparemos de eso —respondió Allende.

—No tenemos adonde ir —dije yo.

—La familia de mi marido tiene una casita en Arganda. Esconderemos a Sierra allí.

—¿Y los demás? —pregunté con miedo, con el presentimiento de que Allende ya nos tenía adjudicadas tareas a cada uno.

—Ahora en el coche os lo cuento —respondió—. Vamos, ayudadme a llevar a este hombre.

El herido se removió cuando le alzamos y, sin abrir los ojos, buscó bajo el colchón la pistola que le había quitado a uno de los policías muertos; se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

De nuevo iniciamos la comitiva hacia el Escarabajo. Comenzaba a amanecer. Un hombre atizaba los rescoldos de una fogata justo enfrente de la casa de Yoni. Era evidente que nos estaba vigilando, que había pasado la noche vigilándonos. Yoni le miró y el hombre esquivó la mirada.

—Tengo que sacarla de ahí, tengo que sacarla de ahí — repetía Yoni como si fuera un mantra mientras cargaba a Sierra. Rezaba, claro está, por su mujer.

En el Volkswagen, de camino a Arganda, a gritos para sobreponerse al viento que entraba por el parabrisas roto, Allende nos contó lo que había hablado con Sierra. La conversación le había abierto perspectivas: ya no quería sólo sacar a Sierra de España, ahora quería encontrar a su familia y que se fueran juntos, como en un cuento de hadas. Y lo haríamos entre todos. A Yoni le prometió rescatar a Rosita, a mí sólo tuvo que decirme «ven». Obtuve la inspiración de otro trago de la petaca que escondía en la guantera: era Allende la que había escuchado la palabra «ven». Era esa palabra la que resumía lo que había aprendido de su padre, un reconocido jurista de tiempos de la República que volvió del exilio para morir en España y para que su hija se hiciera mujer en este país de costras mal cerradas. Escuchar «ven» y acudir era lo que debía hacer una persona de bien. Eso era lo que había hecho Sierra al atender la llamada de nuestros ojos aterrados cuando empezó el tiroteo, y lo que estaba haciendo Yoni para volver a tener a su mujer entre los brazos, y lo que Allende escuchaba, como si fueran gritos, de todos aquellos míseros personajes que como en una pesadilla nos rodeaban. Ahí estaba la oportunidad de sentirse útil, de luchar como lo había hecho su padre. La palabra «ven» atronaba su cerebro. Hasta podía escucharla

de la mujer y el hijo de Sierra, desaparecidos hacía nueve años. Eran todos esos desahuciados de la felicidad los que gritaban y Allende se encontraba a sí misma acudiendo en su ayuda, luchando en una España que había proscrito la solidaridad. Mi cabeza sólo me decía que lo pagaríamos caro. Inmerso en el acojone de mis propios pensamientos y falto de costumbre en huidas, vi por el retrovisor que un coche oscuro y grande salía del poblado tras nosotros, pero ni se me ocurrió que pudiera tener que ver con nuestros asuntos. Lo olvidé incluso al comprobar que ni siquiera el camino de tierra, lleno de antiguos y duros regueros que hacían llorar a los amortiguadores del coche, hizo que Sierra emitiera una queja. No eran dos Españas, ni tres, si contábamos en la que Yoni había crecido, eran planetas, mundos, distancias entre galaxias lo que nos separaba.

La casa de Arganda era pequeña, húmeda, fría y olía a cerrado, pero al menos tenía camas vestidas, un hogar en el que se podía cocinar y una estufa de hierro que dejaba presentir un ambiente caldeado; en un cobertizo del corral se amontonaba carbón y en otro leña seca. Se entraba por un portal al que daban tanto la cocina como el resto de las habitaciones, entre ellas un despacho bastante bien amueblado. Parece ser que Álvaro, el marido de Allende, se refugiaba allí de vez en cuando para escribir aquellos libros de derecho romano en los que, a su vez, se refugiaba para no ver la realidad con demasiada precisión y proximidad. Para él, como para mí y para muchos de los españoles que no habíamos combatido en la guerra, cerrar los ojos, presentir el miedo y conformarse con lo que había era la única opción que nos habían dejado a fuerza de recordar los muertos, contemplar a los perdedores vivos e intuir la fiereza ciega de lo que llamaban justicia. Solamente los que no habían tenido jamás nada que perder, como Cristo y Yoni, y los que habían provocado o mamado la lucha, como Sierra y Allende, eran capaces de mirar de frente y comprender

que en algunas ocasiones jugarse el pellejo era la única salida, a veces para seguir viviendo, a veces para seguir viviendo con dignidad.

—Yo me largo —dijo Yoni en cuanto hubimos acostado a Sierra—. Tengo que buscar a Cristo y hacerme con nuevos proveedores.

—También pueden encontrarte a ti —dijo Allende—. Sería mejor que pensáramos un poco en quién ha podido llevarse a Cristo.

—Necesito el dinero. Quiero estar con Rosita a mi lado.

—Si te cogen como a tu amigo puede que ya no la veas nunca más —tercié yo.

—¿Y si me quedo con vosotros sí? —exclamó Yoni bastante alterado y, señalando a Sierra, continuó—: Si quitamos a ése que está medio muerto, si no muerto entero, no tenéis ni idea de dónde os habéis metido.

—¿Lo sabes tú? —preguntó Allende con cierta ironía, quizá para obligarle a hablar.

No tuvo tiempo Yoni para contestar porque llamaron a la puerta. Nos miramos entre nosotros. Allende hizo un gesto para indicar que no tenía ni idea de quién podía estar al otro lado de la puerta. Yoni se llevó la mano a la rabadilla: no había tirado la pistola que le quitó a uno de los policías

muertos; supuse que no lo haría hasta que se viera libre de Sierra.

—¿Vecinos? —preguntó Yoni.

—No tratamos mucho con ellos, no suelen venir —contestó Allende.

Yoni montó la pistola; el chasquido pareció despertar a Sierra, que se removió bajo las sábanas en busca también de su arma.

—Abre tú, abogada —susurró Sierra.

Allende salió al portal seguida por Yoni arma en mano. Yo me quedé en la habitación, justo detrás de la puerta, sin quitar la vista de los ojos cansados pero bien abiertos de Sierra. Pensé que podría leer en ellos el peligro, sin mirar la verdad, como en el cine: la eterna contradicción del cobarde: quiere ver pero no se atreve a mirar de frente. Por el sonido de los pasos comprendí que Yoni avanzaba con Allende hasta el portón de entrada y luego se colocaba a un lado para no ser visto por quien entrara. Allende respiró profundamente y abrió.

Escuché un golpe sordo, como de un cuerpo que cae y se golpea contra el suelo, y vi que Sierra se incorporaba, estiraba los brazos y apuntaba con la pistola hacia la puerta. Me hizo una seña para que saliera. Afuera se escucharon

pasos cortos y secos, rápidos. Yo estaba paralizado. Sierra se levantó y me puso el arma en la cabeza.

—Abre de golpe —me ordenó con un susurro.

—No puedo.

—Abre, gilipollas, yo te cubro si disparan.

Cuando por fin junté los suficientes redaños para abrir, Sierra me empujó a un lado y recorrió con la vista y la pistola el portal. Sus mandíbulas apretadas, la tensión en sus brazos extendidos no auguraban nada bueno.

—Sal —me dijo Sierra ya en voz alta, para que lo escuchara fuera quien fuese que hubiera entrado—. Querrán estar seguros de que no hay nadie más en la casa.

Mientras pensaba «¿quiénes?», Sierra tiró de mí por un brazo y me sacó al portal. Antes de que yo pudiera haberme hecho una idea de la situación me dijo:

—Ayuda a Allende.

Allende estaba arrodillada en el suelo junto a un cuerpo ensangrentado y que yacía bocabajo. A un paso de ella y de pie, un hombre grande había enrollado su brazo izquierdo alrededor del cuello de Yoni y con el derecho le apuntaba a la sien con un revólver de cañón corto. La rubia jamona que había besado al comisario Ortiz al salir de la cárcel, Miriam,

recordé que se llamaba, vestida con una falda de vuelo como si hubiera salido de compras por la tarde, haciendo caso omiso de la escena sangrienta que se desarrollaba a sus pies, miraba fijamente a Sierra. Como también le miraba otro hombre, otro sicario, más menudo que el anterior y muy oscuro, con ojos negros y bigote, que se había quedado en el umbral para supervisar toda la operación: sostenía también un revólver que enfilaba a Sierra.

—No hemos sido nosotros —dijo Miriam refiriéndose al cuerpo yacente.

—Ayúdame a girarlo —me ordenó Allende.

—¿Está vivo? —preguntó Yoni con una voz muy aguda, no sé si por el abrazo del oso o por el pánico.

—Hasta hace un momento no —respondió Miriam.

Entre Allende y yo le dimos la vuelta: la cara era un amasijo de carne y sangre irreconocible y no llevaba camisa. Allende le buscó el pulso mientras yo vomitaba sobre lo que, ella confirmó negando con la cabeza, era un cadáver.

—¿Quién ha sido entonces? —preguntó Sierra.

—No eran policías de patrulla —se nos adelantó Allende—. Son policías que tienen cuentas pendientes con el comisario Ortiz y señora. En un tiempo fueron policías. Lo dijo el doctor Fonseca.

—¿Comprendes ahora por qué te necesitamos? —le preguntó Miriam a Sierra—. Seguimos en guerra.

—No en la mía.

—Eso no puedes decirlo. Las guerras no se eligen.

—Yo sí.

—Las cosas han cambiado. Te cargaste a dos policías o tres. Te encontrarán.

—Sé arreglármelas.

—¿Y los que te acompañan? ¿También se las arreglarán?

—La abogada hará una declaración en comisaría contando todo lo que pasó. No es justicia lo que buscan, es venganza. Sólo me quieren a mí.

—Por eso precisamente no escaparás. Sólo estarás a salvo si te unes a nosotros. Te protegeremos y ganarás dinero. Mucho, te lo prometo.

—No.

—¿De verdad no necesitas el dinero?

—No.

Miriam sonrió con la lúdica crueldad de un jugador de ajedrez a punto de informar de un mate y extendió la mano

hacia el hombre menudo del bigote. El hombre buscó en el bolsillo de su americana y sacó una foto que entregó a Miriam. La rubia fingió estudiarla con minuciosidad y, mirando a Sierra con un inocente parpadeo, dijo:

—Un muchacho muy guapo. ¿Qué tendrá ahora, unos doce?

Sierra comprendió al instante. Por un momento creí que se iba a abalanzar sobre la mujer, pero contuvo el gesto y dio unos pasos tranquilos hasta acercarse lo suficiente para recibir la fotografía.

—Está pasando hambre o poco menos. Otras necesidades, muchas —informó Miriam con frialdad mientras entregaba la foto.

Sierra la cogió, por primera vez sus manos temblaban. Allende se acercó, miró también el retrato y le preguntó a Sierra:

—¿Es él? ¿Es tu hijo?

Sierra asintió sin levantar los ojos de la fotografía.

—¿Y su madre? —preguntó.

—Lo siento —respondió Miriam—. A la madre no la hemos localizado. Se me ha pasado por la cabeza que preferirías hacerlo tú.

—¿Con quién está viviendo el chico?

—Con unos parientes. Reconocerás la vivienda si miras bien la foto. Supongo que ahora querrás pensarte lo de ganar dinero y no morir. La abogada tiene la tarjeta de mi marido.

Sin esperar respuesta, Miriam se giró con aire presumido y haciendo ondear su melena, como si hubiera terminado una charla seductora, segura de su fuerza, probablemente alimentada por el tinte platino de sus cabellos, se dirigió hacia la puerta y la calle; sus dos hombres, sin darnos la espalda, salieron tras ella. El comisario Ortiz tenía en su esposa una eficiente y dura colaboradora.

Sierra, que no había dejado de estudiar la foto, al escuchar que la puerta se cerraba, se dejó caer en una silla con cara cenicienta. Lo que no había conseguido su puesta en libertad tras nueve largos años, ni los disparos o los policías vivos o muertos, ni la herida infectada y su clandestina y perfectible asistencia médica, ni siquiera las más que creíbles amenazas, que sus manos temblaran, lo logró aquella fotografía de un niño desnutrido.

En vano intentó Allende que Sierra volviera a meterse en cama, aunque, la verdad sea dicha, lo intentó sin mucha convicción. Si alguien además de Sierra quería que el destino compensara a Sierra era Allende.

—Apriétame una venda y fuerte; tengo que encontrarles ya —dijo Sierra quitándose la chaqueta negra, que era lo único que llevaba puesto sobre el torso.

—Ve a buscar alguna ropa de mi marido. Está en el armario de la habitación grande —me dijo Allende.

—Yo no debería haberme metido en esta mierda —dijo Yoni.

—¡Imbécil, tú metiste a Sierra en el coche! —gritó Allende ya sin control—. ¿Todavía no has entendido nada?

—Sólo quería quitarle el dinero.

—Y él caminar, olvidar y vivir tranquilo. Y yo anotar en mi currículum que había obtenido tu puesta en libertad. Y Camilo acompañarme. ¡Todos queríamos cosas! Lo único que debes

pensar es que hemos llegado hasta aquí, que nos están acorralando y que hay que buscar una forma de salir de ésta.

No escuché, si la hubo, la respuesta de Yoni porque me había metido en la habitación grande para escoger un traje que le viniera a Sierra, pero me dolió la facilidad con que Allende había asimilado la filosofía existencial del condenado. No somos, estamos. Nuestra fragilidad es tan absoluta que poco importan los deseos y los sueños, los cálculos y los trabajos, incluso poco median los recuerdos y el querer a que dan impulso: cuando algo ya ha sucedido, es inútil pensar en cómo podría haber sido en caso de no ocurrir. Mientras rebuscaba en el armario intenté atar cabos.

Según el doctor Fonseca, fueron esbirros de Ramírez Diosdado los que habían intentado asesinar al comisario Ortiz y, al no conseguirlo, se abrían dos posibilidades: una, que Ortiz organizara una nueva banda y decidiera enfrentarse a su antiguo socio; y dos, que pactaran una paz precaria pero provechosa. A juzgar por la actitud de Miriam, Ortiz se había decantado por el enfrentamiento. Por eso necesitaba a Sierra. Del otro lado, Ramírez Diosdado también quería a Sierra, no para utilizarlo, sino para calmar a sus huestes, para ejecutarle legal o ilegalmente y cumplir con el ritual de la venganza. Habían sido los hombres de Ramírez los que habían identificado y asesinado a Cristo en un intento de localizar a Sierra. Y seguirían buscando. Por

suerte, como no había quedado ningún testigo y si Cristo realmente no había hablado, no tenían forma alguna de saber quién era el hombre que había matado a sus compañeros. Estaban dando palos de ciego, pero terminarían por encontrar el camino. En cualquier caso... ¿cómo supieron que Cristo iba en el Volkswagen? Debería hablar con Allende para analizar la situación con algo más de finura. Se me ocurrió también otra posibilidad: que Ortiz y señora entregaran a Sierra como un presente de buenas intenciones en caso de que quisieran pactar. Podía ser, pero no por el momento. Por el momento sólo querían utilizar su habilidad, su capacidad de matar.

Escogí un traje azul marino y una camisa blanca y fui a reunirme con los demás junto al hogar. Allende estaba preparando café en un puchero y Sierra se había sentado en una silla baja y, con los codos apoyados en los muslos, sostenía su cabeza entre las manos; parecía cavilar. La venda, recién cambiada, ya mostraba una pequeña mancha de sangre. Yoni se movía arriba y abajo y, de vez en cuando, se pasaba una mano por la cara intentando quitarse los pensamientos como si fueran una tela de araña.

—Aquí tienes el traje —le dije a Sierra dándole la percha; luego cogí a Yoni de un brazo para detenerle—: ¿Quieres que enterremos a Cristo o vas a avisar a su familia?

—No podemos volver al poblado —respondió Yoni—. Le enterraremos por aquí, pero lo haré yo solo. Déjame las llaves del coche.

Le di las llaves y salió maldiciendo.

—¿Cómo creéis que los policías identificaron a Cristo? —pregunté.

—Los empleados del parador de la carretera le conocían —respondió Sierra.

—Es cierto —dijo Allende—. ¿No te acuerdas que comentó que Yoni y él se habían corrido allí algunas juergas?

—Es probable que se quedaran también con la matrícula —dije.

—Sí, es probable —corroboró Sierra—. Debéis deshaceros del coche lo antes posible.

—Sin el coche no tienen ninguna forma de saber quiénes éramos los demás —dijo Allende.

—Conocen también a Yoni —dijo Sierra mientras se ponía el traje—. No les resultará muy difícil deducir que era su abogada la que fue a recogerle al penal. Lo más sensato es que os presentéis en comisaría y hagáis una declaración. Sólo tenéis que contar la verdad.

—Nos obligarían a identificarte —dijo Allende a modo de negativa.

—Lo harán más temprano que tarde. Si no se lo sacan a Yoni serán Ortiz o su mujer o alguno de sus guardaespaldas los que me utilicen como moneda de cambio. El resultado será el mismo pero vosotros quedaréis al margen.

—Deberías marcharte antes de que suceda como dices —me atreví a intervenir e inmediatamente noté cómo se me clavaba la mirada de Allende; había metido la pata en algo pero no sabía en qué y decidí continuar con mi razonamiento—: En el momento en que sepan quién eres te será imposible coger un tren o viajar por carretera. La Guardia Civil pedirá los papeles a todos los que coincidan con tu descripción.

—Vas a buscarlos, ¿verdad? —le preguntó Allende a Sierra como si yo no hubiera hablado.

Sierra asintió y se puso en pie. Entonces comprendí de lo que estaban hablando. Sierra no iría a ninguna parte sin su mujer y su hijo o al menos sin asegurarse de que podrían salir adelante lejos de apuros. Tenía recursos para conseguirlo. Y los utilizaría.

—Me marcho —dijo Sierra—. Gracias por todo.

—Espera —dijo Allende—. Necesitarás al doctor y más penicilina. También algo para el dolor.

—Me las arreglaré.

—Y no sólo eso. Razona. Tal vez creas que no necesitas ayuda y puede que sea verdad. Pero sí necesitas tiempo. Ortiz y su gente no hablarán por el momento. Yoni y nosotros, Camilo y yo, somos los únicos que podemos identificarte. No te conviene perdernos de vista. Protegernos a nosotros es también la única forma que tienes de conseguir el tiempo que necesitas para encontrar y proteger a tu familia.

—Ponme un poco de café —pidió Sierra—. No puedo obligaros a eso.

—No nos estás obligando. Tú eres quien está obligado. Y además sabes que podemos ayudarte. Si la mujer del comisario no miente, cuando encuentres al chico deberás seguir buscando a la madre y sería más que arriesgado llevarle contigo. Alguien tendrá que hacerse cargo de él.

Tuve que contener otra arcada. Si yo no había entendido mal y no lo había hecho, aquella loca de Allende estaba dispuesta... más aún, exigía que acompañáramos a Sierra en su carrera hacia una muerte cierta. Recé como un niño para que ese hombre rechazara el ofrecimiento. En vano. Mientras se acomodaba las dos pistolas en la nueva

indumentaria, comprendí que nada había más importante para él que garantizar la vida, y una vida digna, a su mujer y su hijo. Los que cayéramos en el intento, él incluido, serían sólo parte del precio. En mi petaca no quedaba ni una gota de coñac. Para dar calor a mi sangre helada tuve que tirar de mi amor por Allende; se me ocurrió que aunque no había logrado vivir con ella dentro de muy poco conseguiría morir con ella; aunque parezca mentira, me calmó saber que, si continuábamos juntos, no tendría que vivir en un mundo del que Allende estuviera ausente.

—Mira a ver si Yoni ha terminado —me dijo Sierra—.

Nos vamos.

Madrid se afanaba para ganar dinero. Las calles llenas de gente activa, tipos depauperados, desfondados, con aire avieso tratando de oler la poca pasta que les caería ese día, pero hacendosos. Los tranvías con racimos de personas colgados en la trasera subían y bajaban por las calles repartiendo trabajadores y picaros, soldados y monjas, empleados de camisa blanca y aire suficiente, aunque en su casa se cenara sopa aguada de fideos noche tras noche, y policías chuletas de americana apretada y bulto en los riñones que se encargaban de que todo ese tráfago de casi esclavos funcionara sin distracciones políticas y, más que nada, sin levantar la voz, con la corrección de un organismo, que era como nos definía el Régimen, con la eficacia de un organismo y con la minuciosidad y empeño de sus células. El malestar que suscitaba el hecho de que éste fuera jerárquico y que la sangre con el alimento, la moneda, se acumulara en la cabeza y sólo llegara con cuentagotas a las fatigadas extremidades, era lo que la policía se encargaba de sofocar o, al menos, ocultar. De cara al mundo, el organismo funcionaba libre de infecciones y, es más, con alegría

unicelular, en la mayoría de los casos coplera y flamenca. Si la acumulación económica se embolsaba y creaba un hematoma en las zonas altas, cirujanos como el comisario Ortiz y Ramírez Diosdado sajabán y sacaban el dinero a Suiza; otra de las funciones de estas células soldado consistía en obtener dinero hasta de los microbios que, sin construir, rondaban el organismo, de los que vivían lamiendo las heces, como Yoni y Cristo; ya lo decía el Caudillo, todos, hasta los más humildes y desganados, estamos llamados a dejar nuestra sangre por España, Su España.

Sierra observaba el espectáculo en silencio, sin volver la cabeza para mirar algún acontecimiento o a alguna persona con mayor interés. Tan sólo se removía incómodo de vez en cuando. El traje de Álvaro le venía ancho a su espalda y su cintura de preso sin grasa y las pistolas debían moverse como huesos rotos; nunca he llevado armas a la cintura, pero tengo la impresión de que no te debes sentir muy seguro si se mueven o resbalan, si no están bien fijas y dispuestas, si tienes la impresión de que no las vas a encontrar a tiempo cuando más lo necesites. Y Sierra parecía necesitarlas en todo momento, porque las tocaba y reacomodaba continuamente.

—¿Hacia dónde vamos? —dijo Yoni, que conducía el Escarabajo.

—A Lavapiés —respondió Sierra, sentado a su lado.

—¿Has reconocido el edificio? —preguntó Allende.

—Es en el que vivía mi cuñada —asintió Sierra—. Pero antes tenemos que cambiar de coche.

—Entonces vamos primero a Nuevos Ministerios —dijo Yoni bastante más animado—. Allí hay coches a decenas. Y oficiales.

—¿Cuál es el más normal? —preguntó Sierra.

—El Fiat mil cuatrocientos. Dicen que van a empezar a fabricarlo en España —dijo Yoni—. Si puedo robar también una gorra de chófer casi seguro que no nos paran así como así.

Puede que estuviera enloqueciendo pero me alegré de la decisión: viajar en un Escarabajo viejo y sin parabrisas con delincuentes no era precisamente una fuente de paz interior para alguien que, como yo, obedecía hasta a los guardias urbanos. Tampoco ser cómplice de robo me llamaba la atención. Miré a Allende. Sus ojos brillaban; desde que había conocido a Sierra y, sobre todo, desde que se había impuesto la misión de salvarle a él y ahora a su familia, el valor se le acumulaba en el rostro, como una especie de rubor que, quizá, sólo yo podía ver. Respiré hondo y apaciguado cuando escuché decir a Sierra:

—Vamos a dejar primero a la abogada y al otro. Que cojan un tranvía y ya los encontramos en la plaza de Lavapiés.

—En media hora —dijo Yoni muy seguro de sí mismo.

Nos apeamos a la altura de Cea Bermúdez. El Escarabajo arrancó como un trallazo. Siguiendo con mis pensamientos anteriores, se me ocurrió que era como un cuerpo extraño inserto en el torrente sanguíneo de Madrid. Una burbuja que llevaba en su interior a dos de los pocos hombres sin miedo que quedaban en el organismo y que podría hacer coágulos en el sistema y pedazos muchas vidas, entre ellas la de Allende y la mía.

—¿Sabe Yoni dónde vives? —pregunté.

—No. Cuando cogí su caso él ya estaba en Ocaña. ¿Por qué?

—Vámonos ahora que estamos a tiempo. Desaparezcamos. Nos escondemos por unos días y olvidamos todo esto.

—No podría olvidarles.

—Bueno, pues te quedas con tus recuerdos. ¿Vas a poner en peligro tu vida y, con seguridad, tu carrera para tratar de ayudar a quienes no tienen remedio?

—Mi padre lo hizo. Sacrificó su puesto en la universidad, su prestigio, para luchar por la República. ¿Por qué no lo voy a hacer yo?

—Eran otros tiempos. Había esperanza.

—Yo todavía la conservo.

—¿No has echado un vistazo a tu alrededor? ¡Has visto las cárceles, has visto cómo se aguanta el hambre y las jornadas inhumanas! ¡No habrá un levantamiento, ya no! ¡Franco morirá en su cama!

—No me hice abogada para dirigir algaradas y mucho menos revoluciones; me hice abogada para intentar que los inocentes, algunos inocentes, no sufrieran y para que algunos culpables sólo padecieran justicia. Eso es lo que ahora estoy haciendo.

—Estás loca. Tienes un marido, podrías crear una familia y dedicarte a ella.

Allende dejó de mirarme durante algunos segundos. Su boca se contrajo en una mueca de rabia.

—Ya hay muchas familias. Ese hombre tiene una. Márchate tú si quieres, no diré nada.

—Te lo sacarían. La policía puede llegar a mí a través del coche. Sierra no dejará ese cabo suelto.

—No es un monstruo.

—Quizá no, en su mundo.

De inmediato me arrepentí de mis palabras. Sierra no era un monstruo, ni en este mundo ni en ningún otro; era tan sólo un hombre que había luchado y había perdido. ¿Cómo podíamos olvidarnos así, tan fácil, tan pronto, de aquellos que se jugaron la vida y, peor aún, la libertad por conseguir un lugar donde vivir con dignidad y sin miedo?

—Haz lo que quieras —me soltó Allende y comenzó a caminar.

Caminé tras ella. Hacia la vorágine. Y no lo hacía por un mundo mejor; tal vez, pensé, nadie se la juega por un mundo mejor, ni por la libertad o la dignidad, sino por lo que tienes más cerca y vale más que una vida: una mujer, unos hijos, los compañeros, por alguien a quien puedas tocar, que te pueda acariciar y te haga no sentirte solo. En mi caso, desde luego, así era: sólo una mujer, sólo Allende, podría arrastrarme hasta el punto de poner mi puta vida en peligro, en un peligro tan cierto como que el sol saldrá mañana. También, en contrapartida, sólo esa mujer, sólo Allende, podría conseguir que yo me sintiera a gusto con la vida, que mi vida no fuera tan puta. Por el momento me reservé la decisión. Cogimos un tranvía y luego el metro; llegamos a la estación de Lavapiés sin intercambiar palabra. Al salir a la calle, un Fiat mil cuatrocientos con bandera oficial en ambas aletas delanteras nos esperaba. Sierra nos hizo una seña con la mano; Yoni, tocado con una gorra ministerial, sonreía

cuando subimos al coche: disfrutaba con el poder de aquella máquina potente entre sus manos. Me apeteció ser como él: poder olvidarlo todo por el placer de sentirte otro o de sentirte libre, lo que fuera que ese chico sintiera. ¿Cuánto le quedaba a Yoni por vivir? Poco; ni a él se le escapaba. Y sonreía por poder conducir un coche caro. ¿Qué coño sabía más que yo?

—Ve muy despacio —dijo Sierra.

Yoni obedeció y manejó con prudencia por las estrechas calles del barrio.

—Es ahí —dijo Sierra y señalaba la entrada de una corrala.

—¿Sabes el piso? —preguntó Allende muy dispuesta.

—Vamos a esperar un poco y echamos una ojeada —respondió Sierra.

—¿Crees que te entregarán al crío sin más?

—Ya nos las arreglaremos. Desde luego, no voy a necesitar una abogada —dijo Sierra y, aunque su gesto no lo denotaba, creí notar algo de sorna en sus palabras.

—Tengo que ir a comprar coñac —dije—. ¿Me da tiempo?

—¡No jodas! ¡Vamos a terminar con esto rápido! Necesito sustancia y ganar dinero.

—Cada cosa a su tiempo, chaval. Tú te quedas con nosotros hasta que terminemos —ordenó Sierra.

—¿Puedo comprar alpiste o no? —volví a preguntar.

—Mira de paso si hay guardias por el barrio —dijo Yoni bastante aplacado y colaborador.

Me apeé del coche. Los regueros que corrían hacia las alcantarillas tras las lluvias recientes iban negros; los adoquines brillantes y negros; la basura, casi toda formada por desechos de verdura, cáscaras de fruta y periódicos mojados, se acumulaba en los rincones, a la salida de los portales, y el agua la había convertido en una amalgama se diría que dañina. Manchas de humedad subían hasta los segundos pisos y otras caían desde las azoteas hasta los terceros; las fachadas eran negruzcas, como si hubiera minas de carbón por los alrededores, y hacían resaltar la blancura de las sábanas que, pasado el chaparrón, las mujeres se apresuraban a colgar; si te fijabas bien, esas sábanas no eran tan blancas, sino parduzcas y amarilleaban por los bordes y por las suturas de los remiendos. Pasaba entonces lo mismo con cualquier cosa en la que te fijaras bien en nuestro país: de los aparentes blanco y oro iniciales, rápidamente podías constatar que se trataban de una ilusión, que eran pardo u oropel.

Mientras me llenaban la petaca en una taberna con grandes grietas en su mostrador de madera y me tomaba una copa in situ, me dediqué a mirar por el escaparate los trabajos de las mujeres del barrio. Tendían la ropa, ya lo he dicho, pero también acarreaban grandes cubos de carbón y cargaban con uno o dos niños pequeños y no tan pequeños, niños de piernas blandas, hacían colas frente a las panaderías y las tiendas de ultramarinos con sus abrigo raídos y una o dos

tallas pequeños o grandes, muchas con medias gruesas y botas estrafalarias, la mayoría de hombre, robadas supongo de las obras o industrias en las que sus maridos trabajaban; otras con zapatillas y pantorrilla al aire; y todas, flacas o gordas, con la piel blancucha y áspera, descolgada, con sarpullidos y granulaciones, manchada, roja y encallecida en las manos. Para saber más sobre el blanco y el pardo, el oro y el oropel, sólo tenías que comparar las estadísticas triunfales que llenaban los periódicos con el estado de salud de las mujeres de barrio. No te digo nada si esperabas a que los maridos llegaran a casa. Como mínimo se multiplicarían por dos los indicios de desnutrición crónica.

Aplacado un poco mi espíritu crítico por la segunda copa de coñac y con la reserva en el bolsillo de la chaqueta, bien cerquita del corazón, volví a la calle: se llamaba del Amparo y bajaba hasta mí en una pendiente pronunciada; un grupo de rapazuelos, con diversas longitudes de cabello aunque era evidente que todos habían partido de un rapado inicial, se dejaba caer por la cuesta sentados o tumbados sobre unos carricoches contruidos a partir de cajas del mercado y rodamientos robados de fábricas y talleres; hasta disponían los carritos de un ingenioso manillar que les permitía dirigir el aparato. Por mucho que el coñac hubiera dejado a un lado mi fúnebre visión, no pude dejar de notar la roña, las estrías gris oscuro, cuarteadas y ásperas, que se acumulaban en las rodillas y tobillos de los muchachos, las mataduras en sus

pantorrillas al aire para ahorrar en paño, las pupas en los cueros cabelludos, los labios superiores rojos y húmedos de tanto limpiarse con la manga el agüilla de los catarros mal curados y, sobre todo, lo a menudo que todos y cada uno se rascaban cualquier parte de su cuerpo, en especial la cabeza y las axilas.

Tras los que se dejaban caer, frenéticos, sobre los carritos, desde lo alto de la cuesta, bajaba caminando uno un poco más pequeño que los demás, taciturno y solo, sin juguete, con unos pantalones demasiado cortos, o bien demasiado alzados por el único tirante que sujetaba su lado izquierdo al hombro derecho, y un jersey ralo, de color verde oliva, muy corto, y con tantos tomates que parecía una malla; bajo el jersey una camisa azul de mecánico, de hombre, le venía tan grande que le formaba alrededor de la cintura, entre el elástico de la prenda de punto y los pantalones una bolsa enorme, inflada, como las que llevan los capuchinos llenas de caramelos en la semana santa murciana.

Me detuve en la esquina para encender un cigarrillo y darle un golpe mediano a la petaca. El muchacho continuaba bajando hacia mí. Desde el primer momento le vi algo conocido en los andares. Aunque seguía a los demás, parecía no ir a ningún sitio o importarle muy poco si aquéllos, una vez hecho el derrape chirriante al final de la cuesta, volvían a subir o se quedaban abajo comentando la carrera. Caminaba

hacia donde quería y porque quería y procuraba demostrarlo. De vez en cuando se detenía para sacarse de entre los dientes una hebra del paloduz que chupaba, torcía después la boca y la escupía con fuerza y maña. Parecía muy moreno aunque de piel sin brillo, ceniza. Del único bolsillo de su calzón, que más bien era un remiendo desbocado, sobresalía un manojo de ramas de paloduz atadas con un cordel. El resto de los rapaces, ahora reunidos en el llano entre cuatro esquinas, cerca de mí, dejaron de discutir sobre quién se había deslizado más rápido y comenzaron a cuchichear; pronto les vi llevarse las manos a diferentes partes de su indumentaria y sacar perras gordas. Pusieron todas las que pudieron o quisieron mostrar en manos del más grande y más veloz y cada uno cantó su puesta. El muchacho del paloduz bajaba ahora con mayor dejadez si cabe. Y todos le miraban. Yo también. Él no, a ninguno de nosotros; chupaba su tronquito y se mostraba ajeno, no ensimismado sino indiferente o, en todo caso, muy ocupado e interesado en observar como una colada recién tendida goteaba sobre un perro tirado en el suelo y tan enfermo que no se movía ni aún con la tortura del agua cayendo en su lomo llagado. Había visto esa misma actitud del mocosito en muchos comerciantes del Rastro y también, durante una época, en los moros que trajo Franco y se quedaron en Madrid a especular con lámparas maravillosas, alfombras y

otras baratijas. Cualquier cosa antes de darle alguna ventaja al comprador o al oponente.

Los muchachos cargaron con sus carricoches bajo el brazo y comenzaron a subir la cuesta camino del vendedor. Cuando llegaron a medio camino el chico levantó la barbilla en un gesto que claramente me señalaba e interrogaba a los demás por mí.

—Es sólo un borracho —dijo uno de ellos con pupas tumefactas bajo la nariz goteante.

Yo iba vestido conforme a mi condición de gente con posibles un poco venida a menos: pantalón y chaqueta, ambos azul oscuro aunque sin formar traje, chaleco de punto con rombos en diversos tonos de marrón y camisa blanca. Que le hubiera dado un trago a la petaca no me hacía parecer «sólo un borracho». Hasta que me miré en una vidriera. Llevaba dos días sin cambiarme de ropa y tanto la chaqueta como el pantalón habían perdido su forma. Me acerqué más al cristal: lo que al principio me habían parecido manchas de grasa en el improvisado espejo estaban en mis prendas. Y eran muy oscuras, repartidas de arriba abajo y de diversos tamaños; desde salpicaduras casuales en la pechera hasta una extensa que afeaba el pantalón de ingle a ingle y hasta la correa. Me toqué; la mancha estaba tiesa; la estrujé y cayeron algunos copos rojizos. No podía ser más que sangre. Con toda seguridad de

Cristo, de cuando había ayudado a voltear su cadáver. Tenían razón los chavales: mi desaliño, así como mis poco remilgados tragos a la petaca, me convertían en tan sólo un borracho. No sólo para ellos, también a mis propios ojos. De otro modo, ¿cómo podía estar escondiéndome con un par de pistoleros y un amor sin futuro y sin sentido por una mujer que quería a otro y se desvivía por cualquiera menos por mí? Si la respuesta no estaba en el coñac, otro trago tampoco haría más desesperante la pregunta.

Volví a fijarme en los chicos. Ahora se habían reunido junto al del paloduz y le rodeaban. En el centro del corro, algún tipo de enredo, de negocio. Enseguida se separaron. Los de los carricoches volvieron a subir la cuesta y el otro, el pequeño, ya con el bolsillo vacío de tronquitos, bajaba hacia mí. Exhibía una sonrisa que yo había visto antes en alguna parte y se acomodaba la parte trasera de su pantalón como si... Intenté por un instante echarle la culpa al alcohol. Pero el chico volvió a hacerlo: se acomodaba el pantalón como hacía Sierra cuando quería asegurarse de que su arma seguía allí. Tal vez el chico llevara navaja. Le esperé. Se acercó sin mirarme, como si yo no existiera, lo que permitió observarle con tranquilidad. No era oscuro; su pelo era pajizo, pelo de hambre que se decía entonces, y su piel estaba tiznada, sucia de días. Sus ojos avellana resaltaban con fuerza en el centro de los círculos nazarenos que les rodeaban. Había recibido una paliza brutal no hacía mucho tiempo: todavía ningún

reflejo amarillo en los párpados morados. En el mentón, casi confundida con la suciedad, la costra todavía supurante en sus extremos de un trozo de piel desollada del tamaño de un duro.

—¿Qué te ha pasado, chico?

—¡Va usted a la mierda!

Respondió con odio pero sin miedo. Al contrario, se detuvo para sonreírme con todo el desprecio de que era capaz. Y era mucho.

—¿Te llamas Efraín, por casualidad?

—¿A usted qué le importa?

Pero no se fue. Al contrario, me miró de la cabeza a los pies para evaluarme.

—Si es usted marica, que le den por el culo, pero en otro sitio.

—No lo soy. Vives por aquí, ¿verdad?

—Tampoco es usted policía.

Al principio pensé en fingir una carcajada, pero me salió sola, rotunda, convincente, claro que convincente: me estaba jugando algunos, puede que muchos, años de cárcel sólo por

hablar con el pequeño traficante y llevárselo a su padre, si es que era su padre.

—Dos reales por saber si te llamas Efraín.

—Venga —extendió la mano el chico.

Tardé unos segundos en rebuscar en mis bolsillos y darle la moneda, los segundos suficientes para estar prevenido ante lo que imaginé que sucedería: el chaval intentó correr y yo le sujeté con fuerza de la cuerda que, además del tirante, conseguía que aquellos pantalones, evidentemente cortados de unos de hombre, se le sujetaran. Al agarrarle... efectivamente, toqué una navaja; la llevaba adherida a la cintura con un trozo de esparadrapo; la arranqué y me la metí en el bolsillo. Se revolvió e intentó morderme y zafarse pero le torcí la cabeza y la apreté con fuerza contra mi abdomen prominente; debían dolerle las heridas de la cara y, sobre todo, debía de estar asfixiándose.

—¿Efraín? No digas nada si no puedes, sólo mueve la cabeza.

Efraín asintió con dificultades. Aflojé un poco mi abrazo aunque seguí sujetándole la cabeza y las manos contra mi cuerpo.

—Tu padre te está esperando dos manzanas más allá.

—No tengo padre.

—Todos tenemos uno.

—Y a todos se nos mueren. El mío ya se murió. Era un gilipollas.

Sobre ese particular no podía discutir. No parecía Sierra un gilipollas, pero vete tú a saber qué entendía un golfo callejero por gilipollas en aquel barrio de tráfico de paloduz y palizas a menores.

—Puede que tengas razón, no lo sé. Te doy otros dos reales si me acompañas esas dos manzanas y salimos de dudas.

—La navaja vale mucho más, puede que dos duros.

—Te la devolveré. Ni siquiera sé usarla.

—No es difícil.

—Tampoco te vale de mucho a juzgar por cómo te han puesto los ojos.

Efraín se esforzó en frotar la cabeza contra mi panza y levantarla para mirarme a los ojos. Había mucho más que odio en esa mirada: odio, impotencia, ganas de herir y un agua clara de humillación perpetua.

—Dos reales y la navaja si vienes conmigo.

—¿Tan cerca como dices?

—Clavadito. Dos esquinas.

—Ale.

Le solté poco a poco aunque sabía que no huiría sin su navaja a no ser que las cosas se pusieran muy feas. Cogió la otra moneda que le ofrecí.

—La navaja cuando cumplas.

—¿No será marica ese que dices que es mi padre?

—No, tranquilo. ¿Qué pasa, que vienen muchos por aquí?

—A veces, pero no a por mí.

Caminó dócilmente delante de mí pero sin subirse a la acera y con movimientos de niño ensimismado. Se sorbía los mocos a cada paso. Cuando le toqué un hombro y le señalé el coche oficial a unos cincuenta metros de distancia, me miró con miedo.

—No somos policías —le dije—. Sólo estamos buscando a un huérfano. ¿A que vives con tu tía?

Efraín asintió y se giró de nuevo a estudiar el coche. Pude notar que se relajaba, que se esforzaba por adoptar ese aire desgarrado que también le había visto a su padre. Le salió la chulería de ese barrio de obreros y buscavidas:

—Mi padre era rojo. Por eso se murió o le mataron, que es peor. Por eso era un gilipollas.

—¿Qué es lo que se te está pasando por la cabeza?

—Que por estar muerto y ser rojo y gilipollas ese coche no puede ser suyo.

Sonrió con picardía. Noté que su cabeza funcionaba, no tengo otra manera de expresarlo, a toda hostia. Me pudo la curiosidad:

—Otros cincuenta céntimos por lo que piensas.

—Es uno de esos chismes de la radio, ¿verdad? En casa escuchamos la radio.

—¿Qué tipo de chismes?

El chico tendió la mano para recibir su media peseta antes de decir una palabra. Se las sabía todas.

—Los de esos padres que perdieron a sus hijos en la guerra o que se los llevaron los rojos y que se han pasado todos estos años buscándolos. Siempre suelen ser gente con coche y con casas muy grandes. Dicen que a los mierdas cuando les encuentran no les reconocen pero que les llevan a casas grandes donde comen hasta el copón.

El hambre, las necesidades o las palizas no habían conseguido adormecer su mente. Era un razonamiento infantil, pero plausible y esperanzador. Por eso se había relajado y adoptado el desmadeje chulesco. Para mí estaba

claro que ni siquiera creía que le hubiera cabido esa suerte, la de un padre rico en su busca desde que terminara lo que en esos y otros casos llamaban la cruzada. Pero sí se le pasó por la cabeza que podía dar el pego y colocarse. Poco tenía que perder. Infantil, imaginativo, valiente y apostador. Probablemente, entre negocio y paliza, había vivido siempre de ensoñaciones plausibles y esperanzadoras. La realidad se quedaba para las monedas que conseguiría quién sabe con qué otras mercancías además del paloduz. En cierto modo era tan soñador como su padre. O tan gilipollas, si utilizamos los términos propios de la criatura.

El primero en vernos y salir del Fiat fue Sierra. Se apeó por el lado contrario al nuestro, apoyó las manos en el techo del coche y la barbilla en las manos; miraba al chico sin pestañear. Por su gesto, no podría decirse si lo que sentía era ternura, nostalgia, tal vez arrepentimiento, compasión... Dolor sí que trataban de ocultar sus ojos, un dolor sin forma, un dolor que se estiraba en todas direcciones como una vejiga pellizcada por cuatro cirujanos. Puede que, después del primer momento, ni siquiera estuviera mirando al chico, sino hacia atrás, hacia el recién nacido en brazos de su madre sudorosa, orgullosa y sonriente, hacia la primera vez que le alzó hacia el techo, hacia sus primeras palabras y sus primeras caídas, hacia sus propios sueños de paz que comenzaron y luego terminaron con el atraco fallido al banco y su detención, hacia el momento en que en su sórdida y eterna celda decidió, cuando el niño apenas contaba tres años, romper con la madre y liberarla a ella y al chaval de su propia condena... Quizá pensara también en cómo había obtenido la información para encontrar a Efraín, en que estaba huyendo y ahora debería seguir haciéndolo

sin faltar a su deber de padre y cuidar del muchacho; quizá pensara, en fin, en el mucho tiempo que llevaba luchando por otros. Quizá sólo estuviera cansado. El auto no me dejaba ver si la herida había seguido sangrando y la venda empapada manchaba ya la camisa.

Después fue Allende la que bajó del coche. Miró primero a Sierra y luego al muchacho. Los dos permanecían impassibles, se medían de una forma que me recordó las malas películas del Oeste. Allende llegó hasta Efraín y se agachó para que los ojos de ambos quedaran a la misma altura. El chico desvió la mirada de su padre y la clavó en Allende sin vergüenza, sin sumisión; después cerró los ojos e inspiró; supe que había oído el aroma de Allende, su piel de mujer y, tal vez, su colonia Álvarez Gómez que olía a desayuno casero, a un desayuno con bollos de pueblo que Efraín jamás habría oído, pero que en una mujer, por lo que yo he preguntado, a muchos hombres nos remite a madres hacendosas o novias complacientes y madrugadoras que alegran el día desde el primer rayo de luz.

—¿Es él? —preguntó Allende.

—Es él —contestó Sierra pasándose una mano nerviosa por la boca, la mejilla y el cuello. Supe lo que necesitaba:

—¿Quieres un cigarrillo? —ofrecí.

Sierra asintió, se acercó hasta nosotros y cogió el pitillo que le tendía; se lo encendió y dio una primera chupada tan profunda como si tratara de llenar unos pulmones agujereados. Fumaba. Fumaba y, a pesar de la herida y los contratiempos, no había pedido un cigarro en los dos días que llevábamos juntos.

Allende había sacado su frasco de colonia del bolso y le limpiaba la cara a Efraín, quien, aunque al ver el pañuelo empapado en perfume había dado un paso hacia atrás, ahora que su padre se había acercado, consentía en su aseo, serio, eso sí, como distante para no dejar entrever ni un matiz de sentimiento. Ni siquiera sus labios se curvaron cuando Allende volvió a mojar el pañuelo y aplicó la colonia a la costra seca por el centro y purulenta en los extremos que el chico tenía en la comisura izquierda. Quería demostrar cojones y tal vez pensó en que nadie se fijaría en cómo apretaba los puños para aguantar la escocedura. Al cerrar sus manos, de niño aún pero con dedos largos de los que se decían de carterista, pude ver que también en los nudillos la roña gris le hacía estrías. Lo que era evidente es que el chico, de algún modo, tal vez por los ojos, o por los ademanes o, como les gusta creer a muchos, por instinto, sabía que Sierra era su padre, aunque no le hubiera visto desde hacía nueve años, desde poco después de cumplir tres.

—¿Quién te ha hecho eso? —le preguntó Sierra al chaval.

—Nadie. Por ahí.

—En la calle, ¿verdad? —preguntó Yoni con ironía desde el asiento del conductor del Fiat.

Me había fijado en Yoni que, como el chaval, insistía en dar la imagen de tipo duro y se había pasado todo el encuentro familiar sin salir del auto y jugueteando con unas gafas de sol que había encontrado en la guantera y tan negras como sólo se habían visto en Madrid cubriendo los ojos de los asesores alemanes en los días en que todavía el Reich presumía de una longevidad milenaria. Se las ponía y se miraba en el retrovisor, se las subía hacia la frente y volvía a contemplarse, como si nada tuviera que ver con la escena que se desarrollaba fuera.

—Vives con la tía Consuelo, ¿verdad? —le preguntó a Efraín Sierra, como si no hubiera escuchado a Yoni.

—Sí.

—¿Y con tu tío también?

Efraín bajó la cabeza por primera vez en toda la conversación, pero sólo un momento. Algo poco claro se traía con su tío, pero enseguida se rehízo y asintió:

—Desde que salió de la cárcel.

Con la cara lustrosa, y a pesar del color berenjena de sus párpados, el parecido con Sierra resultaba patente; el propio chico debió percatarse porque le pidió a Allende el espejito que ésta sostenía en su mano izquierda y se miró para mirar luego a Sierra. Aun así no cejó en su gesto voluntariamente hosco.

—¿Te has peleado con otros chicos? —insistió Sierra. —Sí.

—O con otros grandes, ¿no? —volvió Yoni a intervenir, ahora ya más allá de la ironía, con crueldad, para meter al chico en un lío, como si fuera un enemigo natural de las crías humanas o, al menos, de ésta en concreto.

Sierra se giró, caminó los dos pasos hasta el coche y cogió a Yoni del cuello; las gafas golpearon el riel de la ventanilla y cayeron afuera, sobre los adoquines mugrientos.

—Si tienes algo que decir, dilo.

—Tengo que pincharme. Estoy de mala leche —se excusó Yoni y ahora sí, atemorizado, cambió su gesto de impassible por el de servil; los pobres han aprendido desde la cuna a poner la cara que ellos piensan que va a proporcionarles el mal menor.

—Dilo —insistió Sierra amenazador.

—He visto por ahí al chaval. Da el agua de madrugada en la calle Desengaño.

—¡Me gano dos pesetas por noche! —gritó rabioso Efraín.

Sierra volvió a acercarse a su hijo, le acarició el pelo durante menos de un segundo y luego dijo:

—No parece que te vaya muy bien. ¿Qué haces con el dinero?

El chico se encogió de hombros; su tez enrojeció y a sus ojos afloraron las lágrimas. Por primera vez le vi como lo que era, un niño de poco más o menos doce años, obligado de madrugada a «dar el agua», fuera eso lo que fuera, y asustado, aunque ocultar ese miedo, contraproducente para la supervivencia, le preocupara más que cualquier otra cosa; puede que también estuviera agobiado por algunas obligaciones: llevar dinero a casa, supuse.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó de sopetón Allende.

Las mandíbulas de Sierra se tensaron y luego también el resto de su cuerpo; puede que se doblara un poco a la altura de la herida, pero se estiró con rapidez en espera de la respuesta de Efraín. Tal vez era la pregunta que él no se había atrevido todavía a proferir.

—No puedo hablar de eso —dijo el chico. Y aunque se había rehecho y procuró darle a su negativa el tono rugoso y definitivo de los malditos de barrio, un ligero temblor en la barbilla reveló lo mucho que le hubiera gustado llorar.

—Es tu padre —insistió Allende—. Necesita saber qué ha sido de ella.

—¡Será mi padre y todo lo que quiera, pero es un gili pollas y el que nos ha traído la ruina a todos los demás! —estalló Efraín.

—¿Te ha dicho eso tu madre? —preguntó Sierra con cariño, casi con calma.

El chico negó.

—¿Te lo han dicho tu tío o tu tía? —insistió Sierra.

El chico calló.

—¿Son ellos los que te han pegado? —preguntó Allende.

Efraín siguió sin decir palabra; fue Sierra quien pareció comprender de repente. Se agachó junto a su hijo y le cogió por los hombros:

—No niego que os he traído la ruina pero... ¿por qué soy un gilipollas?

—¡Porque eres un rojo! ¡A mí no me engañas con ese coche! ¡Lo habéis robado! ¡Seguro que ni siquiera lo has robado para ti! ¡Los rojos no sabéis vivir para vosotros! ¡Mi tío dice que si te hubieras metido en tus asuntos habrías ganado un montón de dinero y mi madre no se habría hecho roja también!

Sierra perdió la paciencia y comenzó a zarandear al muchacho.

—¿Dónde está tu madre? ¡Dime ahora mismo dónde está tu madre!

Efraín no quería responder. Sierra levantó la mano para golpearle; Allende le sujetó el brazo. El chico lloraba ahora a moco tendido.

—En la cárcel, en Ventas —susurró entre sollozos.

Sierra se libró de Allende y comenzó a golpear con los puños la carrocería del Fiat. Fue Allende quien conservó la serenidad y le habló con cariño al chaval:

—¿Tú puedes entrar a verla?

—Ahora sí. Casi todos los días.

—¿Antes no por qué?

—Porque estaba en celdas.

Sierra sangraba por los nudillos y por el costado; tenía la camisa roja desde el cinturón a la pechera; se acercó a Efraín.

—¿Y ahora? —preguntó Allende.

—Ahora la tienen en el hospital. Se está muriendo.

Sierra pareció no acusar el golpe; tan sólo se agachó, cogió a Efraín por los hombros y le dijo:

—Le llevas el dinero que ganas, ¿verdad?

—Casi todo.

—Y tu tío se enfada.

—Dice que es inútil, que él ha pasado también por la cárcel y que los rojos no salen y menos si están enfermos.

—¿Trabaja tu tío?

—Sólo la tía Consuelo —dijo negando Efraín.

—¿Está en casa ahora?

—En esa taberna. —Y el muchacho señaló un local con el rótulo pintado a mano en el revés de una chapa oxidada: BAR FERMÍN. VINOS Y CERVEZAS.

Sierra soltó al muchacho y se puso en pie.

—Allende, coge al crío y entrad todos al coche. Vuelvo enseguida. Pon en marcha el motor, Yoni.

Sierra se dirigió hacia el bar Fermín y entró dando una patada a la puerta. Allende, Efraín y yo nos acomodamos en el asiento trasero del Fiat. Yoni aprovechó para abrir su puerta y recoger las gafas oscuras.

—¿Qué es «dar el agua»? —pregunté.

—Vigilar en las esquinas y avisar con un silbido u otra seña si viene la policía —contestó Allende.

—Aprende rápido, letrada —dijo Yoni melifluido para luego decir lo que le preocupaba de veras—: A ver si convence al bandolero y me deja que vaya a por un poco de sustancia.

Los temblores y el frío de Yoni resultaban ya evidentes. También sus ojos llorosos y el agüilla que soltaba por la nariz. Todo ello, como supe después, eran síntomas de la necesidad de morfina. Efraín sí que los conocía.

—Yo te puedo conseguir si me das el dinero por delante —se ofreció con esa facilidad que tienen los niños para agarrarse a lo práctico.

No tuvo tiempo Yoni de responder. Con estrépito de los cristales rotos del bar Fermín cayó sobre la acera y quedó tendido el cuerpo desmadejado de un hombre vestido con un capote militar muy viejo sobre una camisa ocre mugrienta y unos pantalones que habían sido negros llenos de lamparones.

—Es mi tío —corroboró Efraín con una sonrisa rencorosa, aunque ya todos lo habíamos adivinado.

Antes de que el tío de Efraín tuviera tiempo de rehacerse y moverse, Sierra salió del bar y le pateó en el costado dos

veces; después se agachó, le cogió de la pechera, le levantó la cabeza y le escupió en la cara. Reacomodándose el amplio traje prestado, Sierra caminó hacia el coche con dejadez. Los mismos ademanes que Efraín después de vender su paloduz. Cuando subió al coche dijo sin que se le notara agitada la respiración:

—Vamos a Ventas.

No se atrevió Yoni a proponer otra cosa y arrancó con violencia. La estridencia de los estallidos del motor a todo trapo y el rechinar agónico de las ruedas del mil cuatrocientos al doblar cada esquina hicieron que algunos vecinos salieran a los balcones a nuestro paso; ahora que conocía el barrio supuse que, alertados por los mismos sonidos, muchos más estarían escondiéndose en los rincones más profundos de sus ratoneras.

Mientras salíamos a la ronda de Atocha, cogíamos después el paseo del Prado para girar a la derecha en la calle de Alcalá y seguíamos por ésta hacia la carretera de Aragón, nadie dijo una palabra. Sierra ni siquiera miró hacia atrás para ver cómo su hijo se había recostado en el pecho de Allende y simulaba dormir con la esperanza de que nadie le apartara de esa calidez de hembra que bien poco parecía haber disfrutado con anterioridad. Ya a la vista de la plaza de toros entramos en Bocángel. El segundo cruce era Marqués de Mondéjar, donde estaba la cárcel de mujeres. Fue entonces cuando Allende habló:

—No vas a poder entrar a Ventas así como así.

Sierra no se giró.

—Yo sí —dijo Efraín con orgullo—. Le traigo bombones a la celadora y luego una monja, sor Amparo, me lleva hasta la cama.

—¿La celadora no te deja entrar si no le traes algo? —preguntó Sierra caviloso.

—No.

Sierra continuó pensativo.

—Lo mejor será que te acompañe yo —dijo Allende—. Tengo el carné del Colegio de Abogados. No puedes dar tu nombre; no sabemos si ya te han identificado.

—Aparca ahí —le ordenó Sierra a Yoni—, justo enfrente de la puerta, que los guardias vean las banderas del coche y tu gorra. Te vienes conmigo, abogada.

—¿Y yo? —preguntó Efraín.

—Otro día venimos juntos —dijo Sierra girándose y con un deje de ternura hasta ahora desconocido—. Hoy te vas con estos dos a cambiar de coche.

—No hace falta que cambiemos de coche —respondió Efraín—. Éste es cojonudo. Lo único que hace falta es quitarle las banderas y cambiar la placa de la matrícula.

A través del retrovisor, Yoni observó al chaval con admiración, con la sorpresa placentera de un maestro al encontrar un alumno aventajado en un aula de desechos.

—Eres listo, mocoso —dijo Yoni—. A mí también me dolía separarme del mil cuatrocientos. Ahora, cuando paremos, sales y miras en el maletero si tenemos caja de herramientas.

—Necesitaremos una llave inglesa para las banderas y un destornillador para la matrícula —dijo Efraín con entusiasmo. Estaban formando un pelotón, un equipo, como si hubieran sido antiguos camaradas. Me pregunté por qué yo no conseguía reconocer a nadie como cercano, reconocirme en nadie. La respuesta que me di tenía que ver con el sufrimiento y las privaciones: sólo pueden comportarse como antiguos camaradas los que han pasado por el mismo infierno.

—Nadie va a salir del coche delante de la cárcel —dijo Sierra—. Nos dejáis, esperáis treinta segundos y os marcháis. Os estaremos esperando en una hora.

Yoni aparcó haciendo chirriar los frenos justo delante de la puerta principal del presidio y, no contento con su exhibición, se llevó la mano a la visera de la gorra para saludar a los guardias civiles custodios.

—Abróchate la chaqueta —le dijo Allende a Sierra—, que no se te vea la sangre en la camisa.

Allende obedeció y los dos se apearon sin decir palabra. Ni se miraron siquiera mientras se dirigían hacia los guardianes. Vimos cómo Allende enseñaba su carné y los guardias les dejaban pasar con un saludo marcial.

—Ésos nunca ponen problemas —dijo Efraín—. Ni las monjas. La celadora es la más jodida, aunque le gusta sacar tajada.

Pero para Yoni el episodio de la cárcel ya había terminado; su vida consistía en saltar de problema en problema, de agobio en agobio, como en el juego de la oca. Probablemente hasta la derrota final. Se giró con chulería, puso un brazo sobre el respaldo del asiento y empleó su mejor sonrisa para preguntarle a Efraín:

—Chaval, ¿dónde decías que podías encontrar sustancia?

—¿Tienes cuartos?

—Entre yo y el gordito los juntamos, ¿verdad? —me preguntó riendo y se llevó la mano al lugar donde guardaba la navaja.

Efraín rió a carcajadas. Lo que decíamos el refrán y yo: Franco los había criado y había creado también el infierno que los había juntado. El muchacho dejó el asiento trasero y se sentó junto a Yoni.

—Quiero una comisión del veinte por ciento y te estoy haciendo un favor.

—La tendrás. ¿Tú no te pinchas?

—No soy tan mierda.

—Eso decía yo hace cuatro años. ¡Joder, cuatro años! — exclamó Yoni y se rascó la coronilla en un intento de enfatizar su sorpresa por la velocidad del tiempo; y añadió sólo por charlar—: No podemos quejarnos. Cada uno elige la vida que lleva.

—¿Aquí? —preguntó Efraín con retórica—. En este mundo no se elige nada, nadie elige nada.

—No es verdad —dijo Yoni—. El gordo ese de ahí atrás seguro que pudo elegir cosas, lo que iba a estudiar o si se quedaba en el negocio del viejo, cosas así. Eso es elegir. ¿Tengo razón o no?

—¿Crees que si se pudiera elegir yo estaría aquí, con vosotros? —dije plenamente consciente de que hacía un poco de demagogia, pero pensé que resultaría gracioso.

Los dos me miraron como si hubiera sido una falta de educación que hablara; jamás llegaría a entenderles.

—Si de verdad el tío ha podido elegir, en algún momento se equivocó, ¿no?

Los dos volvieron a reír con ganas y despreocupación, como si estuviéramos paseando y gastando bromas para pasar el rato. Me entraron ganas de hacerles daño y le dije a Efraín:

—¿No estás tú demasiado alegre para tener a tu madre en la cárcel y enferma?

El chico se giró hacia mí; tenía en sus pupilas pintas amarillas. Noté, no digo que sin miedo, cómo procuraba dominarse. Sin embargo me dijo casi con simpatía:

—No me has devuelto mi sirla.

Era cierto. Eché mano al bolsillo y la saqué. Me descubrí mirándola con envidia y rozando suavemente sus cachas. El chico me la quitó con un manotazo y, antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba abierta; con la tripa en el borde superior del asiento, Efraín se había estirado y me sujetaba por la pechera del jersey; la punta de la navaja a la altura del corazón:

—Si vuelves a hablar de mi madre, te mato.

—Venga, déjale, no sabe nada de estas cosas —medió Yoni—. En cuanto tu padre termine no volverás a ver a este estirao. No entiendo cómo es amigo de la abogada. Ésa sí que tiene cojones.

Sin dejar de mirarme a los ojos, sin miedo, Efraín retiró lentamente la navaja de mi pecho y volvió a sentarse. Ni siquiera sentí alivio; para olvidar la humillación utilicé el truco de crearme un pensador, un elegido para la observación. ¿Cómo era posible que aquella gente y yo hubiéramos nacido a tan escasos kilómetros? Así sería el mundo a partir de ahora: ricos y pobres, afortunados y desafortunados, trabajadores y buscavidas, todos en el

mismo país pero sin rozarnos, cada vez con vidas más diferentes, un país dividido en tribus de costumbres y rituales distintos y con el tiempo excluyentes. El sueño de una nación de hombres y mujeres viviendo en solidaridad se había esfumado. Todo dependería de dónde y cómo habías nacido. En una ocasión me había preguntado qué sabía Yoni más que yo: no era otra cosa que esa marca de nacimiento que estigmatizaba el futuro de cada uno, su vida y su muerte y los miedos que se sufrirían entre una y otra.

—Dime adonde vamos, chaval —dijo Yoni sorbiéndose los mocos.

—A la carretera de Vicálvaro —respondió Efraín.

A Yoni le faltó tiempo para arrancar con estruendo para sobresalto de los guardias civiles. Volvieron las carcajadas al asiento delantero; en el trasero yo me sentía... iba a decir solo pero no hubiera sido preciso y sí demasiado melodramático: en realidad me sentía tan solo como siempre. Y más escuchando la cháchara de mis desconocidos coterráneos:

—Con los ricos no se puede contar nunca —decía Yoni mientras conducía y al tiempo se rascaba con saña un antebrazo después de otro—. Hay uno entre mil que sean como la abogada. Y aun así, te lo tienen que demostrar cien veces antes de fiarte de ellos. Apréndelo bien, chaval.

—Ya lo sabía —contestó el chico—. Y no te rasques tanto, que se nota que te drogas.

—Me importa una mierda. Nadie me dice lo que puedo hacer o no.

—¿A ti no te entra una cosa en el estómago, que no es miedo, que es más como... como vergüenza, delante de los ricos?

—Tienes mucho que aprender, mocoso —rió Yoni—. Claro que te entra eso pero hay que pensar.

—Pensar ¿qué?

—Que no te dan de comer, que te importa un coño lo que ellos digan de ti. Piensas eso y levantas la cabeza. Hazlo la próxima vez. Si puedes dices por lo bajini «que te jodan».

—Yo utilizo otro truco, pero aun así me siento menos que ellos.

—Como si tuvieras la culpa de ser como eres y de estar allí, ¿a que sí?

—Sí, como si debiera haber nacido de otra manera.

—¿Qué truco dices que utilizas?

—Aunque con la cabeza baja, les miro para averiguar qué les podría robar.

—¡No está mal, chaval, no está nada mal! —Yoni reía y volvía a rascarse—. La próxima vez, lo mismo pero sin bajar la frente. Tampoco funciona mal pensar que son ellos los culpables de que tú te tengas que rapar para quitarte los piojos.

Y así siguieron carretera de Aragón adelante: alardeando de su maldición y de sus respectivas sentencias. Solamente cuando giramos a la derecha para coger el camino de Vicálvaro callaron los dos y, como soldados, comenzaron a vigilar con cuidado y miedo el entorno. A la vista de un poblado de chabolas, ambos se llevaron la mano a sus navajas prontas en un gesto de precaución.

—Dame cien duros —me dijo Yoni—. Te los devuelvo en cuanto me ponga a trabajar otra vez.

De lo que sucedió en el interior de la prisión de Ventas y después, a la salida, me enteré mucho más adelante, cuando Allende me lo contó, pasados los años, mediante una carta.

Como había predicho Efraín, ni los guardias civiles ni la celadora resultaron un problema. Para los primeros, el automóvil con distintivos oficiales había servido de suficiente identificación. A la segunda, Allende le mostró su carné de abogada y, a indicación de Sierra, unos cuantos billetes de a duro; la mujer despreció el carné y escondió el dinero en un bolsillo de su bata. Cuando para tranquilizar su conciencia hizo un comedido alarde de autoridad y preguntó sobre Sierra, Allende le dijo que era médico y que tenían permiso de la autoridad carcelaria para redactar un certificado sobre el estado de salud de la reclusa María Yuste, certificado que serviría para que a su hijo de doce años le acogieran en un orfanato. La celadora les pidió que esperaran y fue a buscar a sor Amparo, quien debería acompañarles a la enfermería. Volvió dos minutos después con la monja quien, aunque no bajó la vista con humildad y sí les midió con la mirada, tampoco les hizo más preguntas;

se limitó a mover la cabeza con autoridad para ordenarles que la siguieran.

La sala que hacía las veces de enfermería se diferenciaba del resto de los anchos y altos pasillos de la institución porque alojaba unas doce camas alineadas, la mayoría de ellas vacías. Camas de metal pintado de blanco, que amarilleaba, y descascarilladas. Mesillas de noche de madera sin barnizar y con cajones que no ajustaban. Las paredes de dos verdes: uno oscuro, desde el suelo hasta la altura de los cabecales, y otro más claro que llegaba hasta el techo; en ambos la pintura, desprendida a trozos, dibujaba mapas de países imaginarios que, quizá, procuraran algo de entretenimiento y por lo tanto olvido a las enfermas; mostraban también, escritos con torpeza, nombres y fechas las paredes. El esmeril de las ventanas filtraba una luz inútil que ni creaba sombras ni dejaba adivinar en qué punto se encontraba el sol. Olía a medicina vieja y a mujer sin lavar desde hacía días.

—María está en aquélla —dijo sor Amparo señalando la cama más alejada, al fondo, junto al muro, la única que estaba separada de las demás por un biombo. Mal presagio.

Sierra se dirigió hacia allá con pasos rápidos.

—Vaya, vaya usted también —le dijo a Allende la monja—. No puede quedarse aquí en medio.

—Verá... le va a hacer un reconocimiento médico; supongo que la interna querrá un poco de intimidad.

—Pues quédese a este lado del biombo, pero allí. No quiero que charle con ninguna de las demás presas, está prohibido.

—Son ellas las que no parecen muy dispuestas a la charla — dijo Allende.

Y era verdad: las cuatro que permanecían en sus camas o tenían los ojos cerrados o demasiado abiertos, pero ni siquiera miraban a la visita.

—Las que pueden levantarse tienen que trabajar. Como ejercicio. Lo ha recomendado el doctor. Estaré sentada en mi escritorio. Quédese junto a la cama de María como le he dicho.

La monja le dio la espalda a Allende y fue a sentarse en una mesa mugrienta que quedaba al otro extremo de lo que llamaban pabellón, junto a la puerta. Allende obedeció y se acercó a la cama de María, aunque prudentemente no pasó del biombo. Aun así, le resultaba imposible desentenderse o no escuchar la conversación que se desarrollaba al otro lado. Los saludos o los besos, quién sabe, ya habían terminado, y también la justificación de Sierra, porque escuchó decir a María:

- Lo sé. No querías atarnos a una cárcel. Tiene gracia, ¿no?
- La voz de la mujer sonaba débil pero tierna, cariñosa, hasta feliz.
- ¿Por qué estás aquí?
- Me pidieron que colaborara en el Socorro Rojo, recogía dinero para los presos.
- No tenías ninguna obligación.
- Claro que no. Has visto a Efraín, ¿verdad?
- No hemos sido un buen ejemplo.
- Te ha dicho que odia a los rojos, claro.
- Me odia a mí y tiene sus razones.
- Demuéstrale que no.
- Lo intentaré.
- Prométemelo.
- Te lo prometo.
- Y que te quedarás con él y le enseñarás.
- No sé nada, ¿qué le voy a enseñar?
- A vivir como un hombre.

—Hay muchos hombres. Procuraré que no se meta en líos, pero no te puedo decir más. Él cree que ya vive como un hombre.

—Precisamente. ¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Unas horas.

—Y ya te has dado cuenta de que es carne de penal.

—Como nosotros.

—¡Pero no por lo mismo que nosotros! ¡Eso es lo que trato de decirte!

—Le tendré junto a mí.

Transcurrieron después uno o dos minutos de silencio. Por el frufú de las sábanas, Allende supo que se estaban abrazando.

—Te quiero tanto como antes —dijo María—. Y ahora que me estoy muriendo... ni siquiera me duelen los nueve años que hemos pasado separados.

—¿Qué tienes?

—Supongo que cáncer en los huesos. Ni el médico ni las monjas me dicen nada pero ato cabos.

—¿Por qué sabes que te mueres?

—Porque me han puesto el biombo. No he visto a ninguna salir viva de detrás de este biombo. Dime que me quieres.

Sierra no dijo nada pero Allende escuchó un beso y luego otro. Después oyó algunos suspiros inequívocos: estaban haciendo el amor. Se mantuvo atenta a la monja por si se levantaba y le daba por venir a cortar la visita. No fue muy largo. Supo que habían terminado cuando Sierra dijo:

—Te quiero.

Y se sorprendió Allende cuando, en lugar de otra frase cariñosa, María preguntó con un tono muy seco:

—¿En qué estás metido?

—En nada. Pienso buscar trabajo. No hace ni dos días que he salido.

—Es mentira. Mira bien las sábanas.

—¡Ah, la sangre! —Y Sierra fingió que reía—. Es un rasguño. Me lo hizo otro preso poco antes de que me dieran la libertad.

—He notado las armas. Dos.

Sierra tardó en responder.

—No estoy metido en nada. Me está atendiendo un médico. Voy a salir del país.

—Dime que te llevarás a Efraín.

—Puede ser muy jodido.

—Prométemelo. Pase lo que pase estará mejor contigo.

—Se vendrá.

Sor Amparo se levantó y comenzó a caminar a lo largo del pabellón, acercándose. Allende no tuvo más remedio que pasar tras el biombo.

—Viene la monja.

Entonces se fijó en María. Llevaba el pelo poco menos que cortado al cero, le faltaban dos dientes y su cara era una mueca de dolor permanente. Su color era gris, su piel muy fina. Apenas tenía músculo. En sus manos la red de venas azules, casi negras, parecía a punto de reventar. Y Sierra la abrazaba con la fuerza con que se abraza a un muerto al que le debías algo.

—Es mejor que no os vea así si quieres volver —dijo Allende conteniendo las lágrimas.

—Saldré con el crío —dijo Sierra mientras se separaba.

—Si supone un problema, no vengáis a despediros.

Sierra asintió. Y Allende quedó más impresionada por ese gesto que por cualquiera de los acontecimientos de aquellos

días. ¿Cuánta renuncia acumulaban esas vidas? Suficiente para acostumbrarse a ella, suficiente para que el sacrificio se presentara como la primera opción, lo suficientemente dentro de ellos como para diferir al otro mundo en el que no creían las despedidas.

Cuando Allende y Sierra salieron a la calle del Marqués de Mondéjar nosotros no estábamos allí. Sí que había pasado la hora prevista pero nos ocupábamos en, primero, regatear los precios de la morfina ante un par de proveedores de bigote fiero y ojos bovinos, de regatear a gritos hasta el punto de, a menudo, rozar las cachas de sus baldeos con los dedos, para después llegar a un trato y abrazarse todos como inseparables (hasta yo recibí un abrazo pestilente de sudor y fármacos de uno de aquellos estraperlistas); después, perdimos el tiempo suficiente para que Yoni se pinchara en una escombrera mientras Efraín y yo le mirábamos con fascinación y asco; después, como nos habían encomendado y a la hora en que yo calculo que Allende y Sierra salieron de Ventas, anduvimos buscando un mil cuatrocientos con una matrícula de particular. El caso es que no estábamos allí cuando nos necesitaron.

Sí que les esperaba sin embargo otro coche, un Mercedes oscuro y lustroso del que salieron dos tipos que Allende y Sierra ya conocían: uno era grande, aunque de movimientos ágiles, el otro más menudo y cetrino, los guardaespaldas que

habían acompañado a la mujer del comisario Ortiz a llevar el cadáver de Cristo a la casa de Arganda. Al verlos, Sierra miró de reojo a los guardias civiles que hacían plantón en la puerta del penal y no intentó resistirse; por el contrario: le tapó la boca a Allende, quien sí iba a empezar a protestar. No era al comisario a quien más debían de temer. Los matones desarmaron con discreción a Sierra y les hicieron entrar en el auto. Dentro les esperaban con sendas sonrisas amigables Miriam y el comisario. Sentaron a Allende entre ellos y a Sierra enfrente, en un trasportín. Los dos guardaespaldas subieron a los asientos delanteros y pusieron el coche en marcha. En lugar de salir a la calle de Alcalá, que hubiera sido lo natural dada la posición del vehículo, giraron en redondo y se internaron en el dédalo de callejas que llevaban hacia Hermosilla y luego a O'Donnell. Aunque Ortiz y señora continuaron sonriendo con amabilidad, ninguno habló hasta llegar a la mejor iluminada Puerta de Alcalá.

—¿Nadie? —le preguntó Ortiz al tipo moreno, que era quien conducía.

—Nadie —respondió el chófer.

—Podían estar siguiéndonos —aclaró Ortiz—. Todas las precauciones son pocas, como bien sabes tú, Sierra.

—No importa lo que yo sepa —dijo Sierra muy sereno; según Allende, incluso mostró una sonrisa cruel que ella nunca le había visto; en ese momento comprendió que ya estaba jugando a ser el más listo—. Lo importante es cuánto saben ellos.

—Sobre ti parece que nada o eso creo. Sí que conocen el nombre de la abogada del morfinómano. Era muy fácil.

Allende procuró no mostrar su miedo pero, para su sorpresa, Sierra la cogió de la mano.

—Ahora estás copado, bandolero —dijo Miriam.

—¿En esta ciudad? No creo.

—Mi mujer no se refiere a los policías que te andan buscando; se refiere a nosotros, a ella y a mí. Nosotros te tenemos copado.

—Y no porque te vayamos a obligar a nada. Mi marido en Aranjuez y yo en Arganda te ofrecimos trabajo y te negaste. Ahora que has visto en el estado en que están tu mujer y tu hijo no puedes negarte.

—Pero no lo harás gratis. Podríamos, pero nada más lejos de nuestros deseos —dijo Ortiz—. Vas a cobrar y vas a cobrar bien.

—¿Cuánto? —preguntó Sierra y le apretó la mano a Allende para evitar que ésta demostrara su indignación.

Ante ese gesto, Ortiz y señora se miraron y sonrieron. El coche giró en Cibeles para coger Recoletos.

—Dejemos el dinero para el final. Explícaselo tú, Miriam.

—Estás muerto, eso no hace falta repetírtelo. Aunque tú creas que la ciudad es muy grande te encontrarán.

—Y si ellos no son capaces, ya ves que nosotros sí —dijo Ortiz—. Estoy seguro de que aquí la abogada, que es tan inteligente y tiene amigos tan informados, ya te habrá contado que yo todavía podría pactar con Ramírez Diosdado. Tal vez fuera suficiente con entregarte. Le doy al asesino de sus hombres y tan amigos.

—¡Fue por salvarles a ustedes! —gritó Allende sin que Sierra con sus gestos de cariño pudiera evitarlo.

—No te confundas, cariño —dijo Miriam—Fue por salvarte a ti.

—Eso es lo de menos. El caso es que estáis muertos tú, la abogada, tu hijo y hasta el gitano y el gordo —sentenció Ortiz.

—¿Cómo sé que no lo haréis de todos modos? Que no me entregaréis —preguntó Sierra.

—Porque si nos ayudas te vamos a dar garantías. Para empezar tendréis un piso franco para esconderos hasta que terminemos.

—Y terminaremos pronto, dalo por hecho.

—Eso no es una garantía, podríais darle la dirección a ese policía del que habláis cuando quisierais.

—No, porque precisamente tú vas a ayudarnos a terminar con Ramírez Diosdado —dijo Miriam con una sonrisa angelical—. Antes de que él muera te necesitamos, serás guardaespaldas de mi marido, y cuando Ramírez haya dejado este mundo nadie se preocupará ya de ti. Mucho menos de los demás, claro.

—Tendrás listo un billete de tren hacia Francia para minutos después de que Ramírez deje de respirar. Con tu chaval incluido, claro.

—Quiero además dinero —dijo Sierra.

—Lo tendrás —respondió Ortiz.

—Diez mil duros —puntualizó Miriam.

—Quince —pujó Sierra ante los ojos muy abiertos de Allende.

—De acuerdo.

—Coge los bulevares y llégate hasta Quevedo —le ordenó Ortiz al chófer.

—¿Hasta Quevedo por qué? —preguntó Allende asustada.

—¿No es ahí donde vives, letrada? —dijo Miriam.

—No vamos a mi casa, no quiero meter a mi marido en esto.

—Ya está metido. ¿No te acabo de decir que sabían tu nombre?

—¡Es igual! —gritó Allende con fuerza—. ¡Álvaro no tiene nada que ver!

—Tranquila —le susurró Sierra a Allende mientras dejaba el transportín, se arrodillaba frente a ella y la abrazaba con fuerza.

—Sierra, dile tú por qué necesitáis hoy su piso —dijo Ortiz.

—Es la única manera que tenemos ahora de reunirnos con Efraín y los otros.

—¡Exacto! —exclamó Ortiz—. No me he equivocado contigo. Mañana vendremos a buscarte, Sierra.

El comisario tendió la mano pero Sierra no se la apretó: seguía abrazando a Allende, que se estremecía y parecía no escuchar nada. El coche había llegado a la glorieta de Quevedo. Llovía. Sierra ayudó a bajar a Allende y metió una

mano por la ventanilla delantera: le pusieron en ella sus dos pistolas, que se apresuró a guardar en los huecos de su atuendo. Tiempo después, Allende sólo recordaba que, cuando comenzaron a caminar hacia su casa, un apagón dejó la plaza sin luz y que habría gritado si Sierra no la hubiera llevado bien apretada y pisando con fuerza sobre las baldosas mojadas. Al llegar al portal, Allende temblaba tanto que no pudo buscar sus llaves en el bolso. Mientras Sierra lo hacía ella comprendió:

—No deberíamos subir. Si saben mi nombre... encontrarán mi casa y... pueden venir a... —balbuceó Allende.

—Ya han estado aquí.

—¿Cómo?

—Lo siento —fue lo único que Sierra se atrevió a decir.

Según la propia Allende explicaba en la carta que ya mencioné, en ese momento, cuando supo que su marido estaba muerto, que le habrían torturado, como antes hicieran con Cristo, para encontrarla a ella, para encontrar a Sierra a través de ella, fue cuando comprendió lo que yo ya había ido intuyendo en estos últimos días: que por mucho que digan curas y maestros, aunque lo repitan mil veces los padres temerosos de que sus retoños vayan por mal camino, aunque los jerifaltes hagan colocarlo en los titulares de los periódicos un día tras otro, por mucho que nos lo hayan

inculcado, no existen naciones, y menos patrias; los habitantes de un país, o menos rimbombante, de este país no son un pueblo con intereses comunes, existen mundos diferentes y muy alejados, existen los Yoni y los Cristo y los Efraín, que por no haber tenido nada, y no obstante estar obligados a vivir, saben que la conciencia, como el propio Yoni había dicho, es sólo un instrumento para controlar a los pobres y que lo único que se pueden permitir es hacer caso omiso de ella, de la conciencia que como a todos les inculcaron, y tirar hacia delante superando sus miedos, a pesar de saber muy bien que su destino es la cárcel o la muerte temprana; existen por otro lado los que ya han comprendido que vale la pena, es decir, que al final morirán más contentos consigo mismos si se oponen con todas sus fuerzas a esa situación, como era el caso de Sierra y su mujer María; y por fin, existimos los demás, los que creemos que vivir tranquilos es la mejor recompensa y acatamos las normas y las leyes como si fueran naturales y hacemos de la sumisión nuestro destino.

Allende comprendió, decía, que podría llorar, arrancarse los pelos, arañarse el rostro, rasgar sus vestidos en señal de dolor por su marido muerto o bien podría saltar la linde y caminar al otro lado, en el otro mundo, en el de los que muerden con fuerza para que el dolor no salga, aceptan lo que viene y marchan hacia delante sin saber si lo suyo es una misión, otra desgracia o tan sólo una voz interior que les

llegó con el nacimiento. Y se dijo también que ya había decidido mucho antes cuando, en lugar de presentarse en comisaría y contar lo que había visto, se quedó junto a Sierra, se saltó la ley y por tanto salió del planeta de la seguridad y el adocenamiento, del conforme y mande usted, de la contemplación y el acatamiento. Ahora era como ellos, tenía una única salida, hacia delante, hacia donde la llevaran ese amor tan raro que sentía y el instinto de supervivencia. No lloró.

Ni siquiera al ver su casa destrozada, los libros de Álvaro por el suelo, las fotos rasgadas y con los marcos de plata retorcidos, los cajones vacíos y su contenido volcado en el suelo, sobre los muebles, el diploma arrugado de Pedrito, el hijo de su marido, muerto de tuberculosis hacía dos años, la sangre encharcada en el piso de la cocina... Nadie estaba a salvo, ni siquiera Álvaro, que había elegido la paz y el remordimiento. Allende limpió durante un par de horas mientras Sierra dormía en el sofá. Después, tras observarle unos cuantos minutos, se tumbó a su lado; necesitaba el calor de unos brazos aquella noche y saber que no estaría sola mientras ese hombre viviera. Probablemente el plazo no fuera muy largo, pero sí aquella noche y los días y las noches que quedaran.

Mientras tanto, Yoni, Efraín y yo recorriamos las calles de Madrid como en un sueño, en un delirio. Los faros de nuestro mil cuatrocientos rasgaban de lado a lado la oscuridad del apagón, de la fachada de la derecha a la fachada de la izquierda, de arriba abajo cuando saltábamos en un bache o nos subíamos a las aceras, con los movimientos tirantes y rotundos de la cabeza de un felino que arranca a bocados las entrañas de su presa. Era Efraín quien conducía. Y ahora explicaré por qué.

Ya con la matrícula cambiada y sin distintivos en el coche, habíamos acudido a la puerta de Ventas pero llegamos demasiado tarde. Esperamos durante una media hora y después me bajé a preguntar a los guardias. Sí, la abogada y el doctor se habían marchado en un Mercedes oscuro.

—Será el del comisario —dijo Yoni—. Siguen queriendo a Sierra.

Admiré la pronta lucidez del morfinómano y nos pusimos en marcha hacia ninguna parte para que yo tuviera tiempo de

pensar en una forma de reunirnos con Allende: era la única de la que conocíamos métodos y costumbres.

Como ya tenía encomendada la tarea, los dos del asiento delantero se olvidaron de mí. El uno parlanchín con la interina felicidad corriendo por sus venas, el otro admirando al uno, que le contaba cómo ser más listo que la policía (sin omitir que había apaleado por los guardias) y luego, cambiando de conversación en mitad de un párrafo, cómo amar de verdad a una mujer.

—Cuando te están zurrando no eres tú, ¿sabes? Es como si tu alma o lo que sea se alejase y quien está recibiendo patadas y puñetazos es otro. Y tú te dices: voy a esperar a que terminen, porque van a terminar, y entonces ya seré yo otra vez... —Yoni miró hacia su izquierda riendo porque un gato negro huía despavorido después de estar a milímetros de la rueda del coche y siguió—: Es lo mismo que cuando te enamoras. Tú no has tenido novia todavía, ¿a que no?

Efraín bajó la cabeza avergonzado y negó. Le faltaba eso para ser un hombre de verdad. No sabía que yo llevaba treinta y tantos años en idéntica situación. Ajeno a nuestros pesares, Yoni continuó:

—Cuando te enamoras tampoco eres tú. Y no sólo porque procuras vestirme mejor y no ir hecho siempre un Adán, hasta

he robado calzoncillos en una mercería de Antón Martín, sino porque todo te parece diferente a como era hasta ahora. Te has pasado, por ejemplo, diecinueve años echando pestes de la chabola en la que vives y vas y te enamoras, como yo de Rosita, para no ir más lejos, y la chabola, esa mierda de tres paredes y media que te dejaron tus padres, te parece una casa, una auténtica casa, y aunque sigues teniendo cajones para sentarte y comer, te parece que esos cajones no importan y que Rosita es suficiente para adecentar la casa, para darle un brillo que atonta cuando entras y la ves sentada y desgranando guisantes o limpiando lentejas. Ya verás, chaval, cuando te enamores. Entonces es cuando, por un lado, dejan de importarte los guardias. Tu Rosita va a tener todo lo que necesite sea lo que sea que tú necesites hacer para conseguirlo. Y, sin embargo, por otro lado, tienes más miedo de no volver a casa ese día. Ya verás, chaval, cuando te enamores...

Aunque la atención de Efraín no había decaído, todo lo contrario, Yoni calló. Me fijé en que la barbilla se le contraía con movimientos convulsos. ¡Estaba haciendo pucheros! No le duró mucho tiempo la debilidad. Enseguida vi que endurecía el gesto y, con un movimiento brusco, giraba en la primera esquina para dirigirnos hacia el este. Después, con un frenazo brutal, detuvo el automóvil.

—No te pares. Sigue —le dije—. Ya sé lo que vamos a hacer.

Había llegado a la conclusión de que nada perdíamos con acercarnos a casa de Allende y comprobar si estaba allí o bien preguntarle a Álvaro si se había puesto en contacto con él. Sin embargo, mientras exponía mis conclusiones, por alguna razón, Yoni se empeñó en que Efraín aprendiera a manejar un coche. Aquel coche. Ni que decir tiene, el chico se lo había tomado con entusiasmo. Por eso ahora cruzábamos Doctor Esquerdo como en un sueño, en un delirio, alumbrando a izquierda y derecha, arriba y abajo, como señoritos borrachos que le han cogido prestado el coche a su padre.

—¿No es demasiado larga la lección para ser el primer día?
—pregunté.

—Tú cállate. Tiene que ser hoy, esta noche —dijo Yoni y palmeando el cogote de Efraín—: ¿A que ya te estás haciendo con el bólido, chavea?

—Para ir a casa de Allende, mejor lo coges tú, Yoni —dije—. Por el centro suele haber guardias.

—No vamos al centro.

—¿Cómo que no? —me indigné.

—Por ahora no —contestó tajante Yoni.

Y se puso a instruir a Efraín en frenazos y arranques. Una y otra vez. Frenar hasta detener el coche y arrancar a toda

velocidad «soltando con suavidad el embrague y pisando el acelerador a fondo, sin miedo, sobre todo, sin miedo». Intuí que, a tirones, nos estábamos acercando a las chabolas de La Elipa, a las chabolas de Yoni.

—¿Qué pretendes hacer? —le pregunté.

—A ver para qué crees que me he guardado ésta —dijo sacando y enseñándome la pistola que, a pesar del riesgo, había guardado desde nuestro encuentro con los policías a la salida de Ocaña.

—¿Para qué? —pregunté de nuevo porque no quería creerme lo que se me estaba pasando por la cabeza, que Yoni quería recuperar a su Rosita por la fuerza.

—Cuando yo digo que eres idiota... —se lamentó Yoni.

—¡Vamos a quitarle tu novia a esa gente, ¿a que sí?! —exclamó un Efraín pleno de arrojo.

—¡Joder, chaval, menos mal que estás conmigo! Esta gente no tiene ni la más puta imaginación.

De modo que, al llegar una vez más al punto donde el negro arroyo caía en un colector que había junto a la carretera, Yoni dijo:

—Apaga las luces y gira aquí. Deja el agua a tu derecha y sigue el olor de la mierda.

Efraín obedeció las instrucciones y nos pusimos a dar botes en dirección al vertedero y las casuchas.

—¿Cómo sabes dónde la tienen? —preguntó Efraín.

—Ellos mismos se harán notar —contestó Yoni.

No quise expresar mis dudas: no se veía ni un punto de luz en todo el poblado. Las manchas oscuras que las infraviviendas significaban en el horizonte tenían perfil de un cementerio de pesadilla.

—Déjalo en punto muerto —dijo Yoni.

El coche se deslizó hacia el poblado con el único sonido de los neumáticos sobre la tierra basta y trufada de escombros. Casi sonaba como en las películas cuando un auto americano traspasa una verja barroca y recorre los senderos de gravilla en dirección a una mansión con columnas. Solamente el eventual chapoteo en los espesos afluentes de aguas fecales destruía la ilusión.

—¡Allí detrás está! —exclamo Yoni aunque en voz muy baja.

—¿Dónde? —susurró Efraín.

—¿No ves el resplandor? Acércate un poco más y me bajo.

Era cierto. Tras el tejado, no más alto de metro y medio, de una casa de tablas se distinguía una luz fluctuante, la luz que daba una hoguera.

—Por respeto a mí, el que la vigila no está dentro de la chabola; lo hace desde fuera y tiene que calentarse —dijo

Yoni con orgullo—. Párate aquí y deja el motor en marcha. Vuelvo enseguida.

—¿No quieres que te ayude? —se ofreció Efraín—. Llevo una sirla.

—Céntrate en que no se te cale el coche cuando volvamos. El que está ahí llevará sólo cuchillo pero si da el queo saldrán los demás con hierros. Vendremos con prisa.

Yoni se apeó y, pegado a las paredes de chapa y cartón, se dirigió hacia el resplandor pistola en mano. Cuando giró la esquina y desapareció, Efraín dejó de interesarse por su amigo y comenzó a practicar los movimientos de pies que necesitaría para arrancar, aunque para no hacer ruido se abstenía de tocar los pedales. Parecía muy concentrado pero, como si fuera a la ligera, como si no le concediera mayor importancia, sin abandonar sus prácticas, preguntó:

—¿Mi padre se va a marchar?

—Debe hacerlo.

—¿Tú crees que tiene miedo?

—Quieren matarle.

—Mi madre dice que también querían matarle en guerra y que nunca tuvo miedo.

—Ahora es diferente.

—¿Qué ha hecho?

—Defenderse... Bueno, defendernos a la abogada y a mí. Tuvo que matar a dos policías.

Efraín calló durante unos segundos y desembragó y embragó la primera marcha con lentitud concienzuda.

—¿Es diferente porque estoy yo? —preguntó después. Noté un deje de orgullo y esperanza en su tono.

—Puede que sí. En parte.

—Según mi madre, cuando yo era pequeño me quería mucho, más que a nada en el mundo.

—Supongo que sí.

—Pero ahora habrá visto que soy un caso perdido.

Si no hubiera sido porque esperaba que de un momento a otro surgiera de la oscuridad un grupo de chabolistas armados dispuestos a acribillarnos para mantener a su rehén, me hubiera reído. Un niño con navaja y contactos en el estraperlo pero un niño que lo que más teme es defraudar a su padre.

—Sabía que no estaba muerto —dijo con lentitud, reflexivo, como si tuviera suficiente vida a sus espaldas para darle un repaso y juzgarse—. Mi madre me prometió que algún día volvería y que por eso debía portarme bien.

—No lo has hecho.

—Me contó más cosas. Mi padre tampoco se conformó nunca con la miseria sólo que él tuvo la suerte de que durante la guerra podía matar y robar y seguir siendo bueno.

—¿Qué es lo que quieres, Efraín?

—Dejar de pasar miedo.

¿Y?

—Que mi padre me lleve. Por eso te preguntaba si él estaba acojonado. Yo, a su lado, sé que no me va a pasar nada. ¿Me llevará?

—No puedo decirte, Efraín, supongo que ni él lo sabe.

Como el chaval calló me puse a pensar en por qué, acostumbrado a hacerse el duro, a no mostrar sus sentimientos y menos sus temores, se había abierto conmigo.

«Ha oído el pánico en mi aliento», me dije, «ha encontrado el puente del horror, quizá lo único que nos une».

No seguí con mis cavilaciones porque de las chabolas llegó la algarabía. Gritos de mujer, gritos de hombres con voces aguardentosas, un disparo. Y después vimos a Yoni aparecer con la pistola en una mano mientras tiraba con la otra de su Rosita; la chica corría descalza y recordé las aristas de los cientos de botellas rotas hundidas en el fango, duro ahora por la helada. Me quedé paralizado. Práctico, Efraín engranó primera y gritó:

—¡Ábreles la puerta, gilipollas!

¿Cómo conseguía esa actitud de animal siempre atento que le permitía cambiar de estado de ánimo en fracciones de segundo? ¿Cómo podía pasar del triste repaso mental de su existencia a dar con la frase justa, a realizar los movimientos precisos para sobrevivir a costa de lo que fuera? «Las gacelas», pensé. Yo siempre pensaba en banalidades antes de actuar. Abrí una de las puertas traseras y me pasé, haciendo el rodillo sobre el respaldo del asiento delantero, junto a Efraín, la gacela. Yoni había llegado hasta el coche y, haciéndose a un lado, empujó a Rosita al interior.

—¡Tira! —gritó antes de subir.

A pesar de su entrenamiento, Efraín soltó el pedal del embrague con demasiada brusquedad y el coche avanzó muy deprisa. Yoni colgaba de la puerta pero volvió a gritar:

—¡No te pares, no te pares, por tu madre! —insistía mientras el auto le arrastraba por el pedregal.

Escuchamos más disparos, mucho más rotundos que los anteriores, como yo creía que sonaban los cañonazos.

—Son escopetas deostas —informó Efraín—. A mí me han disparado un par de veces, pero con cargas de sal. No veas cómo duelen. Los granos de sal se te meten debajo de la piel y escuecen. ¿Bajo la hostia un poco? Si no, Yoni se va a soltar.

Contuve mis ganas de gritar que no, que siguiera a toda hostia, según su jerga, que acelerara, que lasostas no discriminarían entre el enamorado y nosotros. Pero el chico levantó un poco el pie. Yoni logró incorporarse y coger el paso. Rosita tiró de él para que subiera. Cuando Efraín escuchó que la puerta se cerraba con un sonido protector, hogareño, hundió el pie hasta el fondo. Sólo cuando salimos a la carretera encendió las luces. Era puro instinto. Miré hacia atrás. Ya habían prendido en el poblado varias hogueras.

—Cuando lleguemos a las casas ve más despacio —dijo Yoni entre jadeos. Y dirigiéndose a Rosita añadió—: ¿Te duele, prenda?

—¿Se ha rajado los pies? —preguntó Efraín.

—¡Joder, joder, joder! —se lamentaba Yoni; supongo que mientras les echaba una ojeada a las heridas de su novia.

—No es nada —escuché que decía Rosita—. ¿Tienes algo de sustancia por ahí?

Me giré y pude ver cómo Yoni acariciaba y besaba los pies sanguinolentos de la muchacha. Después miré hacia delante. No quería asistir de nuevo al rito de la goma y el pinchazo.

—Vamos a Quevedo —le dije a Efraín.

—¿Tendrán algo para curar a mi reina?

—Espero que sí.

Aunque debería llevar a Rosita en brazos, Yoni se empeñó en que por seguridad aparcáramos a dos manzanas del portal de Allende. Cuando tocamos el timbre la noche estaba perdiendo su color. También Rosita.

Sierra abrió la puerta después de asegurarse de quién llamaba; aun así, tenía en la mano una pistola. Allende estaba sentada en el sofá, despeinada y confusa. Tuvo que levantarse para que Yoni tumbara a su novia.

—Dame alcohol o algo —le dijo Yoni a Allende, quien aturdida se levantó y se dirigió al cuarto de baño. Después Yoni se justificó con Sierra—: Tenía que hacerlo, no podía dejarla allí más tiempo.

—Supongo que os habéis fijado en que no os hayan seguido.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunté después de echarle una ojeada al piso.

—No, no nos han seguido —dijo Efraín—. Y hemos aparcado lejos.

—¿Dónde está Álvaro? —insistí.

Sierra no contestó a mis preguntas, ni tampoco lo hizo Allende cuando volvió con una caja de dulce de membrillo en la que guardaba las medicinas. Con unas pinzas de las cejas comenzó a sacar cristales de los pies de Rosita, que permanecía inconsciente, probablemente por la morfina. Era a Yoni a quien más dolían las heridas que Allende abría y limpiaba. Efraín se tumbó en un rincón, apoyó la cabeza en unos libros y se quedó dormido.

Después Allende me contó lo de Álvaro sin soltar una lágrima.

Lo último que recuerdo de aquel amanecer es la figura oscura de Sierra recortada contra la ventana: cerraba la persiana, fumaba y contemplaba a su hijo que gemía en sueños.

Como en la mayoría de mis despertares, lo primero que escuché fue la voz de Allende. Siguiendo mis estrictas y probadas reglas, no abrí los ojos ni me moví para que la ilusión permaneciera, para que no se desvaneciera ante la inevitable luz en las retinas. Tardé en darme cuenta de que, a diferencia de otras mañanas, Allende no hablaba conmigo. Quiero decir que ni siquiera mi abúlico yo podía fingir que hablaba conmigo. Su voz no era el susurro amoroso que yo imaginaba a diario, recurrentemente, diciendo «te quiero», ni el lamento ansioso que suplicaba más, más amor; no era mi entresueño, ni tampoco un sueño, lo que me traía a Allende: la sentía más real y por lo tanto más lejos. Era su habla en el mundo real lo que escuchaba; para mi forma en entender, y más en ese asunto, las dos esferas sólo se diferenciaban en que, para la desgracia humana en general, en el onírico todo cabía y en vigilia la pena no se aliviaba ni dejando entrar a raudales la luz.

—Yo no puedo decirte nada —respondía Allende a alguna pregunta previa; y noté que mentía, que tan sólo pretendía

que la edad y el aplomo proporcionaran suficiente poder de convicción a sus palabras—. Pregúntale a tu padre.

—Mi padre me va a decir que no —dijo Efraín, con una extraña mezcla de orgullo y pena.

Caí en la cuenta, supe por fin dónde me encontraba. No en mi ensueño sino en la pesadilla. Allende le mentía con amor al hijo del bandolero. La pesadilla, toda la pesadilla, hecho por hecho, resultaba cierta. Por pedir prestado un coche para facilitarle a una abogada la gratificante recompensa de ver a su defendido libre, me encontraba amenazado de muerte y, en lugar de huir lo más lejos que el tiempo y mi dinero pudieran llevarme, me dejaba arrastrar o empujar de delito en delito, de locura en locura, desde mis lacrimosos atardeceres habituales a las albas sangrientas connaturales a aquella banda de arrabaleros, de marginales se diría hoy, que sólo esperaban del destino un segundo más, un pinchazo más, un abrazo más, un mañana menos corto. Le había cedido los derechos sobre mi vida a un desconocido Sierra a quien, según despertaba fui comprendiendo, el nuevo día regalaba el apoyo incondicional de la mujer que hasta la fecha había figurado, en el diezmado panteón de mi particular religión, como el único amor de mi vida y, por tanto, la principal y tal vez exclusiva razón para no terminar de una vez y continuar soportándome tal y como era. Partiendo de la congoja de mi grasiento abdomen me llegó

al cerebro el recuerdo de las incontables mañanas en las que había conseguido alzarme gracias a la ficción, jamás la esperanza, de que algún día Allende me quisiera. Mientras trataba de acumular valor para levantar los párpados y mostrarme a la vida como el desecho que era, seguí escuchando:

—¿Y tú qué crees? —le preguntó Allende a un Efraín que masticaba con ansia y ruidos pastosos y maleducados lo que fuera que estuviera desayunando.

—¿Quiere usted decir si hay dios?

—Es lo que me estabas preguntando, ¿no?

—A mí, la verdad, me importa bien poco.

—¿Por qué razón entonces te preocupa si tu madre va a pensar si existe cuando muera?

—Porque me gustaría que no se sintiera sola.

El ruido en la cerradura de la puerta de la calle les hizo callar y los tres permanecimos encogidos y en tensión hasta que Sierra apareció en el umbral de la puerta de doble hoja del salón. Se había afeitado y cambiado de traje, con seguridad por uno que a Álvaro ya no le hubiera servido de lo estrecho, de color negro, probable en origen para ocasiones, y mostraba un aspecto más aceptable, más común, casi corriente; la camisa blanca, limpia y la corbata café oscuro,

lisa, cortita y ancha, le hacían parecer menos delgado o al menos de una magrura natural, congénita y no como hasta entonces consecuencia del régimen penitenciario, de la enfermedad o las privaciones, circunstancias que la gente por aquellos días infería con automatismo no exento de base estadística y razonable. También su gesto resultaba menos adusto: a modo de saludo llegó a sonreírle a Allende y, aunque con cierto reparo, despeinó a su hijo, que estaba recién bañado, según pude comprobar a través de mis pestañas (por alguna razón no me apetecía parecer despierto).

El chico apretó con fuerza las mandíbulas; el padre le cogió con cariño de la inferior y se la movió para que dejara de hacerlo. Luego Sierra dijo:

—Lo hago lo mejor que sé.

—No podrás llevarte a nadie si estás muerto.

—Yo también puedo ayudar —dijo Efraín henchido de orgullo; más por su padre que por él mismo.

Sierra sonrió y volvió a despeinarle, como si sólo conociera esa señal de afecto o hubiera olvidado su infinita variedad. A pesar de lo mecánico del gesto, a Efraín le dio alas y con habla atropellada comenzó a desgranar su lista de habilidades:

—Puedo seguir a cualquiera sin que se cosque; también sé, aunque me falta práctica, robar carteras y si me apuras relojes; les gano hasta a los mayores con la sirla y...

—¡Cállate, por favor, no sigas! —interrumpió Allende; su actitud era de asco y cansancio—. ¿Cómo puedes estar orgulloso de eso?

—¿Y de qué si no? —dijo Efraín sinceramente sorprendido y, luego, aunque claramente apenado por la falta de comprensión añadió para justificarse—: Es todo lo que me han enseñado y, coño, son cosas más que útiles.

Ninguno de los dos, ni Allende ni el chico, se percataron de cómo Sierra apretaba los puños bajo la mesa. Creí entender lo que estaba pensando: Efraín era el producto directo, inmediato, de la guerra perdida y los sueños truncados; y no sólo su hijo, también Yoni, Rosita, Cristo, Allende e incluso yo éramos productos de la misma factoría. Incluso él, al que le habían robado los cuarenta y sólo sabía matar; hasta su mujer, que agonizaba en la enfermería de una cárcel pestilente con cristales esmerilados que confundían al sol. Aquello y aquéllos, el país, él y nosotros éramos la tierra cuarteada y quebradiza que queda tras la inundación, una inundación tan desbordante que consiguió que, no sólo España, sino también medio mundo se bañara en esperanza durante algunos meses. Y ahora quedaban, quedábamos aquellos mimbres o aquellas matas de esparto que crecían y

se mantenían precisamente por conocer y aprovechar las charcas mefíticas que la derrota había dejado. Volvió a hablar cuando pudo aflojar sus puños.

—¿De qué ibas a advertirme hace un momento, abogada?

—Aparentemente, el comisario Ortiz te protege, nos protege, pero tampoco parece que se oculte mucho para ir recogiendo dinero de los ricos miedosos o desconfiados, es decir, reorganizando su negocio.

—Y has deducido que si Ramírez Diosdado y sus polis lo advierten y se encabronan le quedaré yo como un as en la manga para negociar.

—Tú mismo lo dijiste ayer o anteayer: si te tiene controlado siempre puedes ser su moneda de cambio.

Sierra sacó del bolsillo de su chaqueta un fajo de billetes pequeños y muy usados y lo dejó sobre la mesa. Desde mi posición no pude calcular el monto, pero a Efraín los ojos le hacían chiribitas. Como el propio chaval reconocía, todo lo que le habían enseñado tenía como objetivo conseguir fajos como aquél y más gordos o dejarse la piel en el intento.

—Ya lo he pensado, abogada.

—¿Cómo vas a engañarles? —preguntó Efraín entusiasmado.

Pero Sierra no había terminado; tras el fajo sacó un par de llaves unidas por un hilo bramante.

—Son las llaves de la casa franca que Ortiz nos proporciona.

—¿No creerás, como el muchacho, que puedes escaparte? Quizá si sólo estuvieras huyendo de la policía tendrías una oportunidad. Pero son dos, ¿lo olvidas? Uno u otro o los dos juntos te cazarán, nos cazarán como a perros.

—¿Dónde están Yoni y Rosita? —preguntó Sierra con la clara intención de asegurarse de no ser escuchado por ellos.

—En mi habitación.

—Siguen dormidos porque no han hecho ningún ruido en toda la mañana —dijo Efraín contento por resultar de utilidad; y añadió—: Pero estoy seguro de que de Yoni puedes fiarte. Y es bueno. Ya viste cómo sacó a Rosita de una casa vigilada.

Sierra se quedó observando a su hijo; era evidente que no merecía la pena responder pero no hacía ni un minuto que se había comprometido a tratar al chico como a un igual y era una oportunidad de hacerlo y acercarse:

—No te puedes fiar de un morfinómano, nunca, el mismo asalto a ese poblado te lo confirma; pero hay más: aunque lo hiciera, aunque confiara como en ti, cuanto menos sepa mejor para él y para nosotros.

—¿Y la abogada? —preguntó el muchacho con espontaneidad, natural, sin bajar los ojos ni avergonzarse lo más mínimo por haber pasado a formar parte de un partido tan excluyente y dejar a Allende fuera; aprendía rápido.

—A la abogada... —Aunque no dudó, Sierra sí fue incapaz de mantener la mirada de Allende—. La abogada va a ayudarnos.

—¿Y el gordo? A lo mejor nos está escuchando.

—Al gordo le necesitaremos también.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Allende nada ofendida.

—Efraín y yo podríamos coger un tren ahora mismo y llegar hasta Irún. Tengo un... compañero allí que, si lo encuentro, nos pasaría la frontera.

—Pero no puedes porque Ortiz te denunciaría y os estarían esperando en la primera estación con cuartelillo de la guardia civil.

—Y porque no puedo llevarme a Efraín a empezar en otra tierra sin dinero —dijo Sierra asintiendo—. Su madre y yo queremos que estudie. Necesito ganarlo aquí y llegar a nuestro destino libres y, en la medida de lo posible, prósperos.

Mientras Allende asentía, Efraín, con un matiz de remordimiento por haberla olvidado durante tanto tiempo, preguntó:

—¿Y mi madre? ¿Vamos a dejar aquí a mi madre?

Allende cogió una mano del chico y éste se soltó rápido. Tal vez fuera porque odiaba la compasión, aunque tenía más pinta de que Efraín consideraba que estaba pasando por un rito de iniciación, de inserción en el grupo de machos de la vieja, rala y delgada tribu de su padre, y que el cariño y más aún la protección de las mujeres le robaría buena parte de las fuerzas que necesitaba para competir con sus iguales los hombres. Casi podía adivinar lo que Sierra pensaba del gesto rudo de su hijo: después de un breve y finalmente ensangrentado período en el que las mujeres habían luchado, trabajado y muerto junto a los hombres, se volvía a la sinrazón de la diferencia y, sobre todo, al dominio, más que descarado, soberbio, satisfecho y jactancioso de los varones. Otra espina hiriente más de los productos de la posguerra que éramos.

—No podemos llevarla —terminó Sierra por responder.

—¿Y esperar a que... ? —Le tenía miedo Efraín a la palabra.

—Sigue —le ordenó su padre.

—¿Y esperar a que se muera?

—He dicho que podríamos pero que no vamos a marcharnos... todavía.

—¿Cuál es exactamente la propuesta de Ortiz y señora que has aceptado? —preguntó Allende con su modo de razonar estructurado por su carrera de Derecho.

—De un lado, como ya os he dicho, quieren que les proteja mientras recaudan. A cambio ellos garantizan nuestra seguridad. Después piensan terminar con Ramírez Diosdado; en el mismo momento en que eso suceda nosotros, Efraín y yo, estaremos ya camino de Francia. En cuanto a vosotros, a ti Allende, a Camilo y Yoni, los polis os buscan sólo para dar conmigo. Tanto si me matan como si saben de cierto que ya no estoy a su alcance, se olvidarán de vosotros. También lo harán, claro está, si Ramírez desaparece; en ese caso es probable que se pongan a las órdenes de Ortiz y él les contendría; de hecho pasaríamos a ser considerados los salvadores del jefe.

—¿Y te lo crees a pies juntillas?

—Me has preguntado el trato al que habíamos llegado, no si pienso cumplirlo. Ese dinero es mi paga semanal. He conseguido que me vaya pagando así. En cuanto tenga lo de dos semanas nos largamos.

—Sólo necesitamos mantenernos vivos esas dos semanas.

—Tú y yo nos encargaremos de que así sea.

—¿Qué quieres que haga?

—Por lo pronto, en cuanto salgamos de aquí y nos instalemos en la otra casa, vamos a visitar a ese doctor amigo tuyo.

—¿Sigues sangrando o tienes fiebre?

—No le necesitamos como médico. Dijiste que se conocía al dedillo vidas y milagros de los jerarcas del Régimen, ¿no?

—Es su consuelo.

—Me alegro. Nos enseñará a tener los ojos abiertos y a ver con ellos.

Simulé despertar en ese momento. No podía preguntar para qué me querían con ellos sin descubrir que había escuchado buena parte de la conversación. Conseguí no dar muestras de preocupación concentrándome en el hecho de que serían dos semanas más que viviría pegado a Allende.

Las llaves que Ortiz le había dado a Sierra abrían las dos puertas, la del jardín y la de la casa propiamente dicha, de un pequeño hotelito, un chalé, casi pegado al muro del parque de la Fuente del Berro. Tenía una cocina y un baño con el mobiliario imprescindible y el resto de las habitaciones, tres, ocupadas exclusivamente por camas estrechas y gemelas; nada de comedor o salón. Si se necesitaba una mesa, podía utilizarse la de madera gruesa y con grandes grietas que había en la cocina. Se trataba evidentemente de un escondrijo eventual, un piso franco. Y no mal pensado, a decir de Sierra, para una salida precipitada. La puerta principal daba al norte, las verjas del oeste y del este al muro del parque y a otro chalé similar, respectivamente; al sur, la puerta de la cocina, la parte trasera del minúsculo jardín y, tras un seto, un laberinto de calles que desembocaban en Doctor Esquerdo o en un descampado cruzado por diversos y aparentemente anárquicos caminos de caballerías. Aunque no imposible, a unos presuntos atacantes les resultaría bastante difícil controlar los cuatro costados, en especial el muro del parque

y las calles del sur; según Sierra, deberían ser más de seis para intentarlo.

Ese primer día no hubo más sobresaltos. Nos instalamos. Rosita y Yoni, que apenas habían abierto los ojos lo suficiente para llegar, abrazados y cojeando, de casa de Allende al coche y del coche al hotelito, en un dormitorio, que ocuparon enseguida para seguir durmiendo, Allende y el crío en otro, Sierra y yo en el tercero, el más cercano a la puerta de la calle. Después Allende nos ordenó a Efraín y a mí que saliéramos a comprar alimentos, ropa para el chaval y unos pantalones de mi talla (todavía llevaba en la entrepierna la mancha de sangre seca); ella y Sierra fueron en metro a casa del doctor.

—¿Cómo era el marido de Allende? —preguntó Efraín mientras caminábamos por Hermosilla en busca de los comercios.

—Bastante mayor que ella —asentí.

De inmediato me percaté de lo absurdo de mi respuesta. ¿Por qué había definido así a Álvaro, como si el hecho de que le sacara muchos años a su mujer fuera su rasgo más destacable? ¿Estaba tratando de explicarle al renacuajo que Allende se había equivocado al casarse con Álvaro? Peor aún: ¿pretendía que aquel golfillo comprendiera mi tesis, tan a menudo rumiada, de que Allende encontraba en Álvaro el

padre a quien tanto había admirado y muerto prematuramente? El colmo: ¿quería justificar el hecho de que Allende no hubiera llorado ni un minuto por su marido torturado y desaparecido, cadáver sin duda alguna, el hecho de que no le buscara en el depósito de cadáveres o al menos en la sección de sucesos de la prensa? En mi descarga hay que señalar que no había tenido tiempo de hablar con Allende y no conocía por tanto la resolución que tomó al saber lo de Álvaro y que años más tarde me contaría por carta.

—En algunas cosas se parece mucho a mi madre —dijo Efraín.

—Dime alguna como ejemplo.

—No llora nunca —respondió como si me hubiera leído los pensamientos.

—Yo sí la he visto llorar.

Por alguna tontería, seguro, aunque no me lo creo. ¿Llora o sólo se le llenan los ojos de lágrimas pero no suelta ninguna?

—Eso, lo segundo —tuve que admitir.

—Hay que ser más valiente para que las lágrimas no se te salgan y te resbalen por la cara; mi madre me ha contado que fue mi padre quien me enseñó a tragármelas, a contenerlas, y tenía entonces menos de tres años; a mi tío se

le llevaban los demonios y me zurraba el doble cuando no conseguía hacerme llorar. Cuanto más te importa menos lloras.

Me alcanzó como un rayo la memoria el recuerdo de los ojos acuosos de Allende mientras cuidaba de Sierra herido.

—¿Por qué me preguntas con tanto interés por Allende? Hace un rato, en el hotelito, parecías bastante dispuesto a dejarla fuera de vuestros planes.

Ahí es donde me he dado cuenta. Si vamos a salir de aquí, de España, no me gustaría que mi padre estuviera solo. Me pasa lo mismo con mi madre. No me gusta que se queden solos.

—Tu padre no tiene pinta de necesitar mucha compañía.

—Se ha acostumbrado, creo. Pero también me he fijado en cómo mira a Allende.

¡Yo no! ¡Yo no me había fijado! Me había quedado, y conformado, con la primera imagen, la primera impresión que me dio Sierra, la de un tipo machacado al que no le importaba ya nada y que, aun sin buscar, ni querer, ni esperar mejoría alguna, por un cierto tipo de inercia o automatismo, estaba dispuesto a todo; un hombre que había comprendido, o aprendido, que la vida era una estafa tan simple como el trile y no quería ya jugar. Sin embargo,

miren lo lerdo que soy a veces, por prepotencia o pereza, no había ido añadiendo más rasgos a esa impresión inicial y había pasado por alto que Sierra estaba tan hecho al azar, tan consciente de la hegemonía de éste sobre las otras fuerzas que rigen el destino de un humano, que no se sorprendería de obtener un premio o un castigo aun sin jugar. Así, aunque con otras palabras, le había explicado él mismo a Allende el por qué, en lugar de seguir caminando hacia donde la carretera le llevara recién adquirida la libertad, se encontraba yacente y con la tripa perforada junto a ella. Sin jugar. Por azar. Era posible que el chaval tuviera razón y que a su padre le rondara por la cabeza la idea de ganarse a Allende sin envidar. Para mi tormento, si enfocaba la situación desde el punto de vista de Allende, no resultaba desdeñable el apunte de que Sierra también fuera un hombre mayor que ella, con nutrido equipaje de desgracias y habilidades, suficientes unas y otras para mantenerle alerta y protector. Mucho más hombre que yo y, aún peor, mucho más padre que yo. Tan evidente como que el mocoso que caminaba a mi lado era más listo que yo y conocía a las personas muchísimo mejor.

Compramos en el mercado de Torrijos patatas y un poco de morcillo para guisar, pan, café y vino a granel —no encontré coñac—; en un negocio de baratillo nos hicimos con pantalones largos de franela, camisa, jersey de lana, ropa interior y un par de zapatos Gorila para Efraín. Antes de esas

compras y para evitarme vergüenza el propio Efraín, con mis tallas apuntadas en un papel de estraza, había entrado a una tienda de ropa hecha de caballero y adquirido unos pantalones negros y una chaqueta de tweed verde y marrón con coderas de ante a la inglesa. Me cambié tras la valla de madera de un solar y no recogí las prendas usadas. Las nuevas me quedaban estrechas, muy estrechas; cabía que le hubiera anotado al chico unas tallas nostálgicas. Si antes parecía un guarro o un loco, un loco guarro de esos que necesitan obstruir la acera para asegurarse de que el mundo está escuchando sus lamentos, ahora tenía el aspecto de un mendigo limpio aunque con demasiada grasa o demasiada mala suerte, en todo caso con mal ojo para elegir el tamaño de sus donantes.

Ya de regreso, un apagón había adelantado en un cuarto la hora del cierre de las tiendas y para hacerme con una botella de coñac en un bar de la calle Fundadores la tuve que pagar a precio de oro. No pude esperar a llegar a casa para echarme un trago; a largo plazo el coñac me haría reventar la ropa nueva; a corto, noté con placer que conseguía que me sintiera menos oprimido.

Entramos en el hotelito. Desde el pasillo vimos que Rosita y Yoni, sobre una cama sin sábanas, con tan sólo un par de mantas, él con calzoncillos pardos, ella con una combinación que tiraba al mismo color, desayunaban aguja.

Cuchicheaban y reían como estúpidos. No saludamos ni nos saludaron; ellos dos solos parecían proporcionarse la suficiente vida social.

—Voy a preparar la cena —dije.

Antes de desaparecer en la cocina pude ver que Efraín se apoyaba en el marco de la puerta de la habitación de los morfinómanos y que se quedaba observándoles con intención. Para observar al chaval, me detuve donde el pasillo giraba a la izquierda; empezaba a acostumbrarme a aprender siempre de Efraín alguna cosilla útil.

—Eres un imbécil, Yoni —le escuché decir.

—¿Y eso? —preguntó el aludido con una risa desquiciada.

—¿Cómo crees que vas a pagar lo que debes si te sigues pinchando?

—Yo un imbécil, vale. ¿Y tú? ¿Qué te has creído que eres tú?

—Aun sin verle la cara pude deducir que Yoni ahora no bromeaba.

—No te lo tomes a mal, es sólo una criatura —dijo Rosita, quien parecía, como yo, considerar excesivo el tono chuleta de Yoni; se notaba que le tenía miedo.

—Si te sigues pinchando no vas a conseguir los cuartos —dijo Efraín nada impresionado—. Os van a matar a los dos por tres mil duros.

—Tú no me conoces, chaval.

—Puede que a ti no, pero a ellos sí. No te lo van a perdonar. No perdonan.

—Primero, voy a ganar ese parné en un pis pás, en un santiamén, como quien dice. Segundo, es imposible que me encuentren: gracias a tu papaíto tenemos esta mansión para señores y a un tiro de piedra del poblado, tan cerca que no se les va a ocurrir buscar por aquí. Tercero, me estás resultando duro de entendederas: ya te advertí una vez que nadie me dice lo que tengo que hacer.

—¿Cuánto os queda? —preguntó Efraín.

—¡A ti qué cojones te importa!

—Para un día —susurró Rosita, cuyos ojos empañados demostraban que empezaba a comprender.

—Tendrás que salir a por más —le dijo Efraín a Yoni.

—Yo aguanto lo que haga falta.

—No cuando veas que Rosita se pone mala.

—¡Lárgate, quítate de mi vista, anormal!

Efraín movió la cabeza de un lado a otro para dar a entender que dejaba a Yoni por imposible y vino hacia mí. Entramos los dos en la cocina.

—¿Va a ser como tú has dicho? —le pregunté.

El chico asintió pensativo y luego me explicó con calma:

—Ahora, aunque consiga el dinero, no podrá comprar en ningún sitio. Los que le buscan habrán hecho correr la voz y hasta puede que hayan ofrecido pasta. Cualquiera que le reconozca les irá con la copla a los patriarcas y le caerán encima antes de que se dé cuenta. No podemos dejar que salga.

—Tendrás que decírselo a tu padre.

—Supongo que ya lo sabe o lo sabrá en cuanto les ponga un ojo encima —dijo asintiendo Efraín.

Escuchamos una patada en la puerta de la habitación y los tabiques de toda la casa vibraron al cerrarse aquélla con estruendo; después más ruidos, golpes, puñetazos en la pared. Parecía bastante fácil deducir lo que pasaba: probablemente Yoni, el que no admitía sugerencias ni reproches, se estaba haciendo cargo de su verdadera situación.

Puse a cocer la carne y las patatas, llené un vaso de coñac y encendí un cigarrillo después de ofrecerle otro a Efraín. Dijo

que no con un gesto, se sentó en una silla y cruzó los brazos sobre la mesa para dejar descansar la cabeza sobre ellos. Ahora que acababa de demostrar el coraje de un hombre inteligente me pareció más niño que nunca. En dos días el muchacho había llegado a querer a Yoni y por eso le dolía la actitud nihilista del morfinómano, actitud que, llegado el momento, podría obligar a su padre a abandonarle o matarle, a su padre o a él mismo. Si se diera la ocasión no dudaría en pinchar hondo a cualquiera que tratara de hacerle daño a Yoni y también sin duda alguna pincharía al propio Yoni si pusiera en peligro el plan que Sierra había trazado. Sólo una infancia con carencias de toda índole forjaba niños u hombres así, capaces de simultanear egoísmo extremo y sin remordimientos con nobleza y afán de entrega. Efraín, como un hombre, se sentía sinceramente acongojado por la deriva de su reciente amistad y, como un niño, mostraba esa congoja y se olvidaba de exhibir sus maneras de perdis o calavera, el aire de perdonavidas, los presuntos pelos de macho en su corazón, las varias supercherías que hasta ahora le habían permitido ir tirando por el barrio, hacerse un nombre en el horizonte de un par de calles. Más contradicciones: Efraín era capaz de excluir a Allende de sus planes sin pestañear y, al tiempo, asemejándola a su madre, demostrar el afecto que le provocaba; Efraín podía olvidarse de su madre varios días y luego no atreverse a decir «cuando esté muerta». Y ahora

Efraín, capaz como digo de encerrar en su pecho el dolor de un hombre, se había dormido a la hora de los niños.

Me sacaron de mis incongruentes cavilaciones unos golpes en la puerta de la calle. Después de cerciorarme de que eran Allende y Sierra los que llamaban abrí.

—¡Venid todos! —ordenó una Allende excitada mientras se dirigía a la cocina; traía una carpeta de cartón azul bajo su brazo.

Rosita y Yoni salieron de la habitación. Sus caras padecían un color gris, tenían los párpados enrojecidos y las pupilas tan dilatadas que se diría que sus ojos estaban dibujados a dos tintas. Me fijé en que Sierra lo notaba. Pero calló.

—Despierta Efraín, es importante —dijo Allende con suavidad.

Abrió después su carpeta y sacó y puso sobre la mesa los recortes de periódico que contenía; en su mayoría eran fotos. De hombres. De policías.

—Fijaos bien —nos ordenó Allende.

—Quedaos con sus caras —dijo Sierra.

—Este de aquí —señaló Allende un recorte—, el del sombrero, es Ramírez Diosdado.

Nos fuimos pasando la fotografía uno a uno y estudiándola. Después hicimos lo mismo con las siguientes:

—El de las patillas y la gabardina es el inspector Santos Ricardo, uno de los segundos de Ramírez. El que sonrío, el inspector Panizo. La de Ramírez Diosdado está tomada hace un año por lo que puede haber cambiado. Las de los otros son más recientes.

—Conozco a Panizo —dijo Yoni.

—¡Yo también! —exclamó Rosita—. De vez en cuando se pasa por Desengaño y detiene a quien haya por allí, pero sólo para quitarles lo que lleven encima.

—No lo jures —dijo Efraín—. Tiene el mismo aspecto que vosotros.

—Tú no sales hoy de aquí sin llevarte dos hostias —advirtió Yoni al muchacho.

—Te mato —dijo Sierra sin dejar de amenazar, como si fuera tan sólo una predicción.

—Dejadlo ya —dijo Allende con gesto de cansancio—. Cada vez que uno de nosotros salga a la calle, además de asegurarse de que no le siguen, debe ir buscando esas caras. Son los que nos vienen detrás. Habrá otros, pero el doctor Fonseca no tiene sus fotos.

La tapa de la cacerola al fuego comenzó a subir y bajar, a tintinear, a dar saltitos. Sin mover un músculo de la cara, Sierra se llevó la mano a la herida. Efraín se fijó en ese gesto, cogió una de las fotos y casualmente se levantó para ponerse debajo de la bombilla y estudiar el retrato. Su padre se sentó en el sitio libre y dijo:

—Si veis a alguno y os está siguiendo no vengáis a casa, cualquier cosa menos reuniros con cualquiera de nosotros. Si lo encontráis por casualidad y él no os ha visto, tratad de seguirle.

—Rosita y yo podemos pasear por Sol. Aunque no se apliquen mucho a sus tareas de policía, tarde o temprano tendrán que pasar por allí.

Sierra le echó una larga mirada y, sólo cuando Yoni cedió y bajó la suya, dijo:

—Vosotros no, vosotros os quedáis en casa. Efraín y Camilo irán a Sol.

Iba a protestar, pero la cacerola comenzó a verter agua y tuve que retirarla de la plancha al rojo y sacar algo de carbón para después volver a colocarla y que cociera a fuego lento. Allende me miraba como si se arrepintiera de tenerme allí.

—¿Te ha visto la herida el doctor? —le pregunté a Sierra para dar la impresión de solidario.

Sierra asintió, aunque fue Allende la que contestó:

—No va mal pero hay que seguir poniéndole penicilina; un frasquito cada cuatro horas.

—¿Duele? —volví a preguntar.

—¡Claro que duele! Lo importante es que no te lo noten, ¿verdad? —le preguntó Efraín a su padre aunando de nuevo lo que él creía su astucia de hombre del bronce con la insospechada inocencia de niño redicho.

Sierra, como cualquier otro padre menos armado, sonrió con orgullo. Después cenamos sin cubiertos y nos fuimos todos temprano a la cama. No sé si pasaría en vela la noche entera, pero cuando yo por fin me quedé dormido, Sierra todavía miraba las escayolas de la techumbre con los ojos muy abiertos y sobre su pecho montaba y desmontaba absorto el cargador de una de las pistolas: los clics recurrentes me parecieron los puntos, las comas, los puntos y comas, los signos de puntuación de algún oráculo. O el canto de un pájaro de mal agüero.

Casi con total seguridad no resultaría apropiado llamar tranquilos a los días que siguieron y que pasamos en el hotelito de la Fuente del Berro. Lo fueron sin embargo comparados con los que les habían precedido, empezando a contar desde la noche aciaga en que Allende quiso acudir a la cárcel, para disfrutar del íntimo y leve baño de gloria y agradecimiento por su primer caso ganado, y yo la acompañé, en parte para babear tras ella, en parte también para conocer de cerca y tratar de tú a tú a un delincuente confeso, lo que me producía la misma atracción que excita a los niños chicos cuando juegan a sentir el asco que da rozar con la yema de un dedo la piel verrugosa de un sapo, la húmeda y fría de una culebra o el rastro reciente de un caracol.

Algunas mañanas y casi todas las noches, aunque sin aviso previo, un chófer de Ortiz venía a llevarse a Sierra. Al parecer nunca le pedían variaciones en su cometido. El chófer le acercaba en coche hasta una esquina de la manzana del portal de Ortiz, en la calle Velázquez, donde Sierra esperaba fumando a que el ex comisario surgiera acompañado de un

sicario. Si el viejo policía y su gorila caminaban y pasaban por delante de él, desde luego sin dar muestra alguna de reconocimiento, significaba que esa jornada trabajarían a pie; si por el contrario el esbirro salía del portal primero y a grandes zancadas se acercaba al Mercedes, aparcado siempre a dos pasos, abría la portezuela trasera y esperaba en media reverencia a que Ortiz subiera al auto, Sierra debía caminar muy rápido, nunca correr, hasta la siguiente manzana y entrar al mismo coche en que le trajeran y que el chófer había dejado abierto y con las llaves puestas. A pie o motorizado la función de Sierra, ya digo, era siempre la misma: seguir al viejo a una distancia lo suficientemente corta para permitirle intervenir con eficacia si se requería y lo suficientemente larga para que nadie, ni el ojo más avezado, pudiera relacionarles. Ortiz recogía paquetes o maletas durante un rato, nunca en períodos de más de una hora u hora y media. Terminada la faena, de nuevo en Velázquez, aparecía de la nada el chófer que, también reverencioso, invitaba a Sierra a pasar al asiento trasero y con la gorra calada le devolvía en auto al hotelito. Bien sabía Sierra que la gente no da algo a cambio de nada, y menos la gente como Ortiz, por lo que desde el principio estaba hecho a la idea de que algún día debería disparar y mantenía siempre la concentración; y las armas en estado de revista. Durante las largas horas en las que debía permanecer en casa prevenido, aprovechaba para hablar con Efraín o con

Allende, si ellos también estaban allí. A Yoni, Rosita y a mí raramente nos dirigía la palabra y si lo hacía era siempre para dar órdenes.

Con Efraín hablaba sobre María y se notaba que le gustaba hacerlo como si el chico todavía fuera un niño:

—No tardamos ni un día en querernos.

—¡No jodas! Me lo creo de Yoni, pero de ti...

—¿Por qué de mí no lo vas a creer? Es la verdad.

—Y ahora me dirás que era la mujer más guapa que habías conocido.

—Ya sé que todo el mundo dice lo mismo —asintió Sierra no muy seguro—, pero es que parece que eso es lo que la gente siente. Por eso diferencias a tu mujer de las demás, por eso sabes que es ella.

—En mi caso no. A mí también es mamá la mujer que me parece más bonita que ninguna.

—A tu edad es normal —dijo Sierra sonriendo.

—¿No podríamos sacarla?

—Ya no.

—Tú puedes, yo sé que tú puedes. Yoni me ha contado cómo te lo hiciste con los guardias.

—Fue suerte.

—Yoni y Camilo dicen que no, que se nota que has disparado muchas más veces; los dos están de acuerdo en que lo bueno que tienes es que no dudas.

—Siempre es suerte.

Con Allende hablaba acerca de Efraín:

—Quiere que saquemos a su madre de la cárcel.

—Es un crío, por mucho y muy pronto que le haya tocado aprender.

Sierra tardó unos segundos en reanudar la conversación:

—No son las baladronadas lo que le hacen un hombre, lo sé, ni lo mejor o peor que se busque la vida. Es precisamente el haber visto a su madre en esa pocilga y haber tenido que llevarle hasta el pan lo que le ha convertido en un adulto.

—¡No puedes estar pensando en hacerle caso!

—No.

—Aunque salierais vivos de Ventas —se atropelló Allende convencida de que Sierra le estaba mintiendo—, ella no aguantaría un viaje largo, sin medicinas...

—La de Yoni le quitaría el dolor y, fuera cuando fuese, moriría con nosotros, no entre gestos de odio de guardias civiles y monjas.

—¡Le prometiste que te encargarías de Efraín, que no te meterías en nada, que le cuidarías! —gritó Allende cada vez más asustada.

—Lo sé, no lo he olvidado. Tranquila.

No podía verles, sólo escucharles, pero sé que se miraron a los ojos durante un buen rato.

—Si no tuvieras al crío contigo... lo harías, ¿verdad?

Sierra no respondió. Escuché sus pasos arrastrados y cómo luego arrancaba el tapón de mi litro de coñac, supongo que tirando de él con los dientes. Debió de beber a morro porque no logré oír movimiento de vasos.

—Cuando Efraín y tú estéis a salvo, cuando todo esto haya terminado y pueda presentarme en una ventanilla, me encargaré de solicitar el indulto.

—Aunque para entonces siguiera viva, ya no tendría sentido.

—Se quedaría conmigo, la cuidaría.

—¿Por qué quieres cuidar de todo el mundo? Parece que sólo estás esperando que te digan «ven» para acudir con o sin toga.

—¿No es lo mismo que haces tú?

—Sólo cuido de la gente que tengo que cuidar.

—Probablemente si te olvidaras de nosotros, de Camilo y Yoni, de Rosita y de mí, tendrías tantas posibilidades de salir con bien de ésta como con nosotros, si no más.

—Te equivocas. Lo aprendí apenas empezada la guerra. Cualquier compañero es mejor que ningún compañero.

—Mientes. Me recuerdas a otro hombre que conocí... que quise hace años. Yo acababa de empezar a estudiar. No hacía ni meses que había regresado a España. Me enamoré. Él mentía con la misma falta de escrúpulos con que lo haces tú.

—¿Tu marido?

—No.

—Claro, tú no hubieras podido casarte con un mentiroso, ¿no es eso?

Allende calló por un rato. Para alguien que, como yo, conocía todas las inflexiones de su voz, el sentido de sus pausas, quedó muy claro que, no sólo hubiera podido casarse, sino que además ahora pensaba que hubiera debido casarse.

—Mi marido no necesitaba engañar; siempre fue lo que era. Un profesor de algo tan poco comprometido como el derecho romano. Probablemente por eso eligió en su momento la asignatura: le permitiría ser puro. Prefería creerse puro a cualquier otra cosa. Sólo quería que le admiraran. Por su pureza y por su firmeza. Es fácil vivir de acuerdo con tus propias reglas cuando lo único que está en juego es... el derecho romano.

—Una forma de ser.

—Sí, pero... significa que no crees en nada. El otro, el hombre de que te hablo, creía en cosas, quería algo y no le importaba lo que pensarán de él con tal de conseguirlo. Pasaba, por ejemplo, por superficial, frívolo, por empleado sumiso...

—Y era todo lo contrario, claro.

—Le pegaron un tiro por atentar contra Franco.

—No entiendo entonces por qué te lo recuerdo. Yo ya no quiero cambiar nada, ni ser nada, ni siquiera parecer puro con poco esfuerzo. Tampoco creo en nada.

Otra pausa de Allende plena de significados.

—¿Por qué no coges a tu hijo de la mano y desaparecéis? Nos las arreglaríamos.

—Imposible. Para que quedarais a salvo esos policías deberían saber sin ningún género de dudas, quedar plenamente convencidos de que vosotros no podríais ni sabríais ayudarles a encontrarme. De otro modo, os cazarían del primero al último.

—Y si seguimos aquí nos cazarán también pero peor: Efraín y tú estaríais incluidos en el premio.

—¿Qué es lo que sabes y no me has dicho?

Escuché con un escalofrío el beso que Allende le daba a Sierra e intenté convencerme de que el sonido indicaba que había sido en la mejilla.

—¿No se te ha pasado por la cabeza que Ortiz pueda no jugar limpio y entregarnos de todos modos? —preguntó Allende.

—Has vuelto a hablar con el doctor Fonseca, ¿verdad?

—En sus círculos siguen nuestro caso con tremendo interés.

—Probablemente hasta hacen apuestas sobre cuánto vamos a durar.

—Ésas ya se jugaron y pagaron. Ni los apostadores más arriesgados se atrevieron a darnos más allá de una semana.

—Deberíamos estar muertos, ¿no?

—Hace días.

—¿Cuál es el diagnóstico de tu doctor?

—Parece que para todo el mundo es incomprensible que Ortiz y Ramírez Diosdado todavía no hayan llegado a un acuerdo. Una vez que fracasó el intento de cargarse al ex comisario y éste tuvo tiempo de tomar precauciones, un arreglo negociado es la única salida para ambos.

—¿Qué precauciones y qué acuerdo?

—Para empezar, Ortiz y su mujer no salen nunca juntos. El uno es la garantía del otro. Se supone que si a alguno de ellos le pasa algo, el otro testificará y presentará pruebas, que las tienen, en contra de Ramírez Diosdado.

—No es suficiente. Ramírez Diosdado dispone de hombres de sobra para ganar una guerra abierta. Hay algo más.

—El Caudillo —asintió Allende—. Consiente en que la gente que puede, o a la que él de una manera u otra autoriza, saque su dinero de España; así los mantiene tranquilos y siguen arrimando el hombro; desde ese punto de vista, le vienen muy bien Ramírez y Ortiz.

—Siempre que funcionen y no den más problemas de los que solucionan.

—Eso es. Dicen que no está dispuesto a tolerar que las camisas viejas sigan actuando por su cuenta en ese negocio. Evidentemente no son cosas que se pongan por escrito pero, según Fonseca, les ha dado un ultimátum.

—Que se arreglen y sin publicidad.

—Más o menos —asintió Allende—. Sigue pensando.

—Por ejemplo... Sabiendo todo eso, Ortiz no pierde el tiempo y continúa trabajando, acumulando dinero...

—Exacto. Cualquiera diría que se está garantizando el retiro.

—Y debemos suponer que Ramírez Diosdado lo sabe también.

—Lo sabe y lo permite.

—¡Ya han llegado a un pacto! —exclamó Sierra.

—Así piensa Fonseca. Se han puesto de acuerdo hace tiempo. Los policías que están con Ramírez le presionan para que te cace...

—Y él no puede fallarles; ahora les necesita más que nunca —interrumpió Sierra.

—Para continuar con el negocio una vez que Ortiz se vaya.

—Tiene que encontrarme.

—¿Y cuál es la forma más fácil de dar contigo?

—Ortiz.

—Así es. Ramírez Diosdado le da al viejo comisario tiempo suficiente para cosechar un capitalito a cambio de que, cuando termine, te entregue. Por eso Ortiz quiere tenerte a su lado y no perderte de vista. ¿Comprendes ahora por qué te pido que cojas a Efraín y te vayas?

—Se te acabó la racha, compañera. Ahí te equivocas.

—¿En qué?

—No es tan fácil. Si, como bien dices, Ortiz no quiere perderme de vista, no me pierde de vista. Es decir, me sigue a mí o sigue al chico o a los dos. Si de algún modo intuyera que pretendemos desaparecer, nos entregaría. Muertos tal vez, pero nos entregaría.

—¿Qué vas a hacer entonces?

—Cualquier cosa que ellos no esperen.

Fuera lo que fuese, Sierra debería hacerlo rápido. Llevábamos en la Fuente del Berro diez días y durante ese tiempo, Ortiz no había dejado de acumular capital. En cualquier momento podía dar por terminada la cosecha y cumplir su parte del trato. Entregarle. Entregarnos.

A la mañana siguiente de escuchar esa conversación, como todas las mañanas desde que nos habíamos instalado en el hotelito, Efraín y yo paseábamos por la Puerta del Sol. Arriba y abajo recorríamos la fachada de la Dirección General de Seguridad. Debíamos vigilar su puerta, en especial durante las horas de entrada y salida a las oficinas, con la intención de encontrar, y por tanto tener localizados y poder vigilar, a Ramírez Diosdado o a alguno de los dos hombres más de quienes teníamos fotografías. Con la ayuda del chico pronto aprendí a identificar a los policías de paisano, a adivinarles la chapa con un índice de aciertos que se acercaba al cien por cien, prácticamente llegué a distinguirlos con la misma seguridad que si fueran uniformados. Pero nunca nos topamos con ninguno de aquellos tres a los que buscábamos. Como se nos había ordenado, para minimizar las posibilidades que a nuestra vez teníamos de ser localizados, entre horas volvíamos a casa. No le había dicho nada al chaval de lo fritos que estábamos, al menos su padre, y él continuaba creyendo que, en cuanto Sierra acumulara dinero suficiente, se marcharían los dos lejos, lo

más lejos posible. Cuando estaba animado, Efraín hablaba de esa tierra lejana, a la que ni siquiera sabía poner nombre, como de un paraíso donde no se pasaba frío en invierno, ni costaba gran esfuerzo ganar dinero suficiente para comer y cenar todos los días; hasta las medicinas se vendían en las tiendas sin que te sangraran los estraperlistas. Y aún no terminaba de creerse Efraín que esa tierra estuviera tan cerca, tan a la mano, y menos aún podía comprender que los españoles pobres siguieran aquí, pasándolas más que canutas, cuando la leche y la miel se dispensaban al otro lado sin cartilla. A no ser que fueran tontos, lo que su padre y él no eran. Solamente le dolía haber encontrado a Sierra, y que esa tierra le hubiera sido prometida, tan tarde, al menos tan tarde para su madre. A aquel lado las madres no morían en la cárcel sino en casa, rodeadas por los suyos, y lo hacían todas de viejas, de muy, muy viejas.

Así venía perorando Efraín cuando llegamos a la plaza de Roma. Se me ocurrió que Sierra podría decidirse a partir en cualquier momento y que, en ese caso, el chico no vería nunca más a su madre.

—¿Quieres que nos acerquemos a la cárcel? A ti te dejan pasar a cualquier hora, ¿no?

—Sólo si llevo bombones.

—Compraremos esos bombones. Supongo que no hace falta que sean muy caros.

—De los corrientes.

De modo que compramos mitad de cuarto de bombones en una pastelería que había en la esquina de la plaza con Don Ramón de la Cruz y continuamos bajando por la carretera de Aragón camino de Ventas.

Siguiendo las instrucciones del chaval, esperé en la esquina mientras él hablaba con los guardias y, tras su asentimiento, entraba en la prisión. Con un poco de suerte, si su padre y él conseguían escapar, Efraín no cruzaría nunca más la puerta gris de un presidio, que era a lo que estaba condenado hasta hacía sólo unos cuantos días. Si la suerte les faltaba y aun así el muchacho conseguía salvar la vida, las cárceles de Franco se convertirían en el lugar más fácil para, con paciencia, dar con él, en el caso de que siguiera existiendo alguien con algún interés por localizarle. La lluvia, que había caído intermitente durante toda la jornada, arreció ahora. El sol se ocultó muy rápido. Los guardias del portón hicieron turnos para sacar los capotes sin desatender su oficio. El edificio de la cárcel, al que hasta ahora no había prestado atención por ser precisamente eso, un edificio, se convirtió en una mole oscura pero que, como si la noche hubiera adelgazado sus muros, dejaba salir de su seno signos de las vidas que se consumían dentro. Lo que el día, la luz y el trajín

paradójicamente ocultaban o absorbían llegaba ahora hasta la calle confuso y maloliente. Pensé que eran mis propios sentidos, mi olfato y mi oído, los que se aliaban una vez más para argumentar contra mi valor y a favor de mi miedo, que desde la calle, por muy desierta y en calma que estuviera, era imposible que se escucharan fragmentos de gritos y, simultáneamente, de conversaciones susurradas, que se distinguieran comienzos o finales de suspiros resignados y, desde otra celda, desde la galería opuesta, los chasquidos de látigo en que se convertían las palabras que comenzaban o finalizaban exclamaciones de odio o arrepentimiento, que no podía llegar hasta la acera el olor acre y seco del polvo de los jergones al estirarse para una noche más de pesadilla y el dulzón de las verduras en mal estado que las presas guardaban entre sus ropas o el amargo e insoportable de la carne revendida de celda en celda y al final podrida. Debían ser los textos releídos sobre presidios medievales y mi escaso temple los que alimentaban esa tendencia a la alucinación; también la inmadurez de mi persistente e íntima convicción acerca del error que se estaba cometiendo conmigo: con la actitud de un gilipollas, que diría Efraín, con la actitud de un niño que tiene siempre en la boca la palabra «injusticia», me empeñaba en decirme una y otra vez que yo no debería estar allí, atrapado entre muertos, moribundos y homicidas, que era un error, como si el destino fuera una especie de policía poco atento que pudiera equivocarse en la

identificación y clasificación de los seres humanos. A diferencia de Sierra, y hasta de Efraín, que, sin otros maestros que no fueran sus propias desgracias, habían aprendido que el hombre sólo puede estar en el lugar al que ha llegado, que no existen alternativa ni errores, el cándido Camilo se moriría pensando que no debería hacerlo, morirse quiero decir, y que si por fin lo terminaba haciendo sería por un error fatal de la naturaleza o el hado. Mas no era yo el único aturdido o aludido por los rumores y olores. Los guardias se habían alzado el cuello del capote y atado, a modo de pasamontañas, una bufanda alrededor de la cabeza para que les dejara al descubierto sólo los ojos y no escuchar ni oler la podredumbre de las desahuciadas, para que la noche pasara sin otros sonidos que el que elevaran sus botas al arrastrarse y el que delatara a su metralleta cuando inevitablemente rozaba con alguna de las muchas piezas de metal del correa. Por denso que fuera el odio que todavía espesaba, más de diez años después del final de la guerra, el aire entre los que se consideraban vencedores y los evidentemente vencidos, para muchos de los primeros, aquellos a los que la contienda no había sacado de pobres, las proclamas heroicas y patrioteras que justificaban la matanza no bastaban ya para legitimar aquellas cárceles y menos los lamentos y olores de cementerio que lanzaban a la calle; ni siquiera bastaban para acallar sus propias conciencias: los guardias se cubrían nariz y oídos para poder

seguir engañándose e intentar aguantar el mayor tiempo posible convencidos de que lo suyo era tan sólo un trabajo. Desde luego, para eso, los testigos sobraban. Después de cuchichear entre ellos, uno de los guardias se acercó a mí:

—Circule, no puede estar aquí.

—Va a ser un momentito. —Y odié al instante mi hablar sumiso y ya imposible de redimir—. Estoy esperando al chavalito que ha entrado antes.

—No tardará.

Me dio ya muy mala impresión el hecho de que, a pesar de la lluvia, el frío y de no merecer yo, a sus ojos, mucho más respeto que cualquier otro muerto de hambre que visita en la cárcel a muertos de hambre allegados, el guardia civil se molestara en sacar su mano enguantada del bolsillo para llevársela a la sien y despedirse con la militar afectación.

Terminó por confirmarme el palpito la pequeña silueta de Efraín recortada en el portón del presidio: además de encoger, su cuerpo parecía haber perdido la parte superior y las nubecillas de vaho salirle del pecho, porque allí donde debería haber estado su cara, sólo se distinguía una mancha oscura: el pelo que pone por delante una cabeza gacha.

—Lo siento, chaval —le dijo un guardia.

—¡Váyase a tomar por culo! —exclamó Efraín, aunque sin levantar ni voz ni cabeza, sin moverse, sin cruzar el umbral y venir hacia mí, provocando.

—Te meto dos hostias y me quedo más ancho que largo, rojo de mierda —replicó el guardia con tono comedido, casi amable, para dejar bien claro que el retoño o aprendiz de rojo no era suficiente para ofenderle.

—Márchate a casa, muchacho —aconsejó el otro guardia.

Efraín alzó por fin la cabeza, miró a los dos guardias tratando de fijar en su cabeza quién había dicho qué, como si estuviera soñando ya su venganza, y luego me vio a mí. Tuve la impresión de que no me reconocía, que se preguntaba qué pintaba yo en el mundo e, incluso, qué pintaba en aquella puta noche, sin gabardina bajo la lluvia, en una calle brillante, negra y desierta, como la ladera de un volcán al borde del mar, una ladera que nadie en su sano juicio quiere pisar. Siguió Efraín parado sobre la línea imaginaria que hubiera delimitado el fuera y el adentro, voluntariamente detenido en la frontera, como un anarquista apátrida que en el último momento duda si abandonar por fin su país de mierda y hundirse en el fango pegajoso, en el légamo, de otra mierda de países.

—¿Y qué hago? ¿La dejo ahí sola? —preguntó Efraín sin dirigirse a nadie en concreto, sabiendo con lucidez que ni los

guardias ni yo podríamos contestar ninguna de las dos cuestiones, que nadie podría responder por él, y que su madre ya no estaba sola ni acompañada, ni alegre ni triste, ni presa ni en libertad, que cualquier pregunta y cualquier respuesta llegaban ya tarde y que antes no hubieran podido formularse. Después, dirigiéndose al guardia equivocado, dijo con voz muy alta—: Y no soy rojo.

—Ven, vámonos —le rogué a Efraín.

—Seguramente no dirán nada si yo les comento a las celadoras que usted se queda con el chico a velar a la presa —dijo el guardia más chulo, con la vomitiva cara de compunción con que enfrentan la desgracia ajena los imbéciles que, por algún mérito pasado o por la seguridad en alguno por merecer, se creen superiores y obligados por tanto a la piedad.

—Gracias, pero tenemos que ir a decírselo a su padre. — Estaba más que claro: jamás aprendería yo a mandar a tomar por culo a alguien con la naturalidad con que lo había hecho Efraín segundos antes; ni siquiera le había hecho falta apearle el tratamiento.

Camino de la Fuente del Berro, chorreábamos bajo la lluvia. Al contrario que cuando salió de la cárcel, Efraín caminaba ahora mirando al cielo y pestañeando sólo cuando el agua acumulada en la concavidad de sus ojos le impedía ver. Se

soltó de malos modos cuando intenté pasarle un brazo por los hombros. No probé mayor consuelo; probablemente no lo había.

No vimos ninguna luz encendida en el hotelito cuando llegamos. Y esta vez la causa no era un apagón general porque a las viviendas de los alrededores llegaba la corriente y la avenida, dos manzanas más allá, se veía iluminada aunque con pobreza, probablemente siguiendo la pauta económica que ya devenía en costumbre de encender una farola de cada tres.

Efraín no había abierto el pico desde que informara a los guardias civiles de su ideología política: «y no soy rojo», les había dicho con algo que se aproximaba al orgullo. ¿Qué podía significar para él ese «no soy» y ese «rojo»? Parece que pretendía convencer a quienes le escucharan de que, pese a las apariencias, no había salido a su padre y no iba a ofrecer la vida a causa alguna que le alejara o no le acercara al inmediato y contrastable provecho propio. Y también que, siguiendo la misma línea de razonamiento, si para su gente, su clase, el castigo por intentar vivir mejor era la cárcel, tarde o temprano perpetua, como demostraba la muerte entre rejas de su madre, él, Efraín, no iba a dejar en manos de otros sus oportunidades y muchísimo menos su

seguridad, jamás intentaría modificar su destino como colectivo sino siempre a título personal, no involucraría a nadie ni se dejaría involucrar, ningún otro ser humano pagaría por él, ni él daría un céntimo o una hora de cárcel por los demás; no era «rojo» sino un ladrón. El orgullo residía en su decisión de luchar, y en su capacidad para vencer, solo.

—¿Tienes la llave? —pregunté.

Efraín no respondió, por lo que deduje que estábamos sin llaves bajo el aguacero.

—Vamos a sentarnos un rato en el bordillo —le dije—. No tardará en venir alguien.

No me di cuenta de que era una propuesta absurda, de que lo normal hubiera sido buscar algún cobijo, aunque se tratara de un árbol de hoja caduca. Y no me di cuenta porque el chico obedeció sin decir palabra y se sentó. Me senté a su lado. Acostumbrado yo también, como él, a la soledad, continué con mis razonamientos sin darme cuenta de que no era un diálogo lo que estábamos manteniendo, de que yo había imaginado y puesto en su cabeza, por no decir en su boca, pensamientos que tal vez nunca se le hubieran ocurrido. Es un defecto que tenemos los solitarios. Interpretas a una persona, te haces una idea de cómo es y cómo piensa y, si no estás muy atento, enseguida la has

creado de la nada, la has construido con sus matices y todo, con sus contradicciones, que suelen provenir de las tuyas o de una solución que en algún momento barajaste para las tuyas, y ya estarás confundido de por vida, para siempre: hay un nuevo ser en tu mundo, capaz incluso de modificar tu mundo, y serás tú quien, por muchos datos, por muchas señales que te dé la realidad, defenderás la existencia de esa persona nueva, muchas veces hasta en contra de la auténtica que le dio origen. Fue mediante un proceso de ese tipo, al final de un proceso de ese tipo, cuando pregunté sin ni siquiera darme cuenta de que había andado vagando solo por un bosque de interpretaciones sin base y palabrería automática:

—¿Por qué crees que tu padre se equivocó al hacerse rojo?

—¿A qué... a qué viene eso? —preguntó Efraín en verdad desorientado.

—¿Por qué le echas la culpa de todo lo que te ha pasado?

—Eso es más fácil: mira dónde estamos ahora.

—¿No me irás a decir que es una injusticia?

—Eso da igual. Una gilipollez es lo que es.

—Si tu padre y... y tu madre no hubieran sido como son, como es uno y como era la otra, tú tampoco serías el mismo.

—Sólo con que hubieran ganado la guerra, ahora estarían vivos.

—Sierra no ha muerto.

—¿Por qué lo sabes? Debería haber alguien en la casa —dijo con frialdad; no perdía el sentido práctico.

—Por ejemplo y hablando de casa, me he fijado en la repugnancia con que miras a Yoni y...

—No es repugnancia —me interrumpió—. Es mi amigo.

—Tú no tienes amigos.

—¡De qué hablas! —exclamó seriamente ofendido—.

Me ha enseñado cosas y yo le he ayudado a él. Eso es ser amigos. Puedes cacarear sobre amigos y más amigos y será sólo eso, cacareo. ¿Te crees que no escucho la palabra «amigo» tantas veces al día como tú o más? Por donde yo me muevo, los que más utilizan la palabra menos amigos son.

—Has dicho que no eres rojo y que no te la jugarías por nadie.

—¿Cuándo he dicho yo que no me la jugaría por nadie, atontao de mierda?

—Es igual —dije comprendiendo que era yo quien estaba discutiendo conmigo mismo—. Si tus padres hubieran sido de otra forma, quizá ahora serías un morfinómano como Yoni.

—En la puta vida sería yo... —se interrumpió y luego se dio un golpe con la palma de la mano en la cabeza—. ¡Mierda, mierda, mierda!

—¿Qué? —pregunté asustado—. ¿Qué pasa ahora?

—Yoni —dijo Efraín señalando la casa—. Se ha ido a comprar morfina.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Seguro! ¡Y habrá ido al sitio más fácil! ¡Donde todos le conozcan! ¡Nos los va a echar encima!

Mientras hablaba se había puesto en pie y golpeaba con furia la puerta de entrada del chalé.

—Ahí no hay nadie —dije cansinamente tratando de conservar la calma.

—¡No tienes ni puta idea de nada! —Y sin dejar de golpear gritó—: ¡Abre, Rosita, abre que soy yo!

Aunque ni luz ni sonido ni movimiento alguno dejaban concebir la esperanza de que hubiera alguien dentro,

Efraín estaba seguro y no dejó de gritar ni de golpear con pies y manos.

—¡Rosita! ¡No abras si no quieres pero dime adonde ha ido! ¿Crees que te lo va a traer? ¡Nadie se lo va a vender y menos a fiar! ¡Si no le echo una mano, lo único que va a traer es un montón de gente detrás de él! ¡No te vamos a hacer nada, pero no abras si no quieres! ¡Sólo dímelo! ¡Dímelo!

La casa siguió tan oscura como hasta ahora pero un crujido del suelo de madera del interior hizo sonreír a Efraín, que susurró:

—Eso es, guapísima, eso es. Sin miedo. Somos el gordo y yo. Lo único que vamos a hacer es ayudar a tu hombre. Es mi amigo. Lo sabes, ¿verdad?

La puerta se abrió y en la estrecha rendija vimos uno de los ojos muertos de Rosita. En cuanto Efraín comprendió que lo podía hacer sin riesgo, dio una tremenda patada a la puerta, que se abrió tirando a Rosita de espaldas al suelo.

—¿Quién se ha llevado el coche? ¿El imbécil de tu marido o la abogada?

—La abogada, suponemos. No hemos encontrado las llaves.

—Menos mal —suspiró Efraín y noté que lo hacía con verdadero alivio—. Sin coche y buscando morfina... habrá tenido que ir a la Gran Vía, ¿verdad?

Rosita se encogió de hombros. Efraín, moviéndose con mucha rapidez, entró en el dormitorio de la pareja y tiró los colchones al suelo al mismo tiempo; uno con la mano izquierda, el otro con la derecha.

—¡Se ha llevado la pistola! ¡El muy cabrón lo que sí se ha llevado es la pistola!

Mientras Rosita y yo le mirábamos tratando de seguir sus razonamientos, Efraín se sentó en uno de los somieres. Cavilaba. Por fin le escuchamos susurrar:

—Que le maten, lo mejor será que le maten si intenta huir.

—No digas eso, chaval —sollozó Rosita—. No lo digas ni en broma.

—¿En broma? ¡Crees que estoy hablando en broma? ¡Me habéis contado lo que le pasó a Cristo! —volvió a enfurecerse Efraín—. ¡Tu Yoni no llegará vivo a mañana de todos modos y se habrá ahorrado una noche larga!

—Es listo. No tienen por qué cogerle.

—Eso es lo que él te ha hecho creer, ¿verdad? Que es muy listo, uno de los más listos de entre todos los chabolistas del mundo...

—Yoni no se tira el pegote nunca. Que es listo lo sé yo.

—¡Imbécil! ¡Mira que se lo dije! Él estaba seguro de que aguantaría, pero yo le dije «tú sí, pero ¿qué harás cuando Rosita se ponga mala?». Le has dicho lo mala que te estabas poniendo, ¿verdad?

Rosita se encogió de hombros. Efraín se levantó con los ojos fuera de sus órbitas.

—¡No podías callarte!

—Tenía mucho frío. Me dolían los huesos. Me estaba muriendo por dentro.

—¡Tú te estabas muriendo por dentro y le has mandado a que lo maten fuera!

—¡Volverá!

—Ojalá no —dijo Efraín.

—¿Tan seguro es que le van a coger? —le pregunté con timidez a Efraín.

—¿Por qué crees que mi padre no quiso que ninguno de estos dos saliera de aquí? Los polis saben, por el tal Cristo supongo, que hay algún morfinómano entre nosotros y habrán cubierto las zonas habituales.

—¿Qué puede pasar ahora?

—Lo mejor: que no volvamos a verle. Lo peor: que le hayan pillado, cante y antes de que nos demos cuenta tengamos aquí a todos esos policías sedientos de sangre.

Por instinto, los dos dieron un paso atrás y se encogieron.

—¿Ha sido un coche? —pregunté susurrando.

—El reflejo de los faros en la ventana de la cocina —respondió Efraín asintiendo—. Eso es que ha girado la esquina de Jorge Juan y viene hacia aquí. ¿Dónde está esa loca?

En la oscuridad no podíamos verla, pero la escuchábamos cantar, como ida y en volumen bajito, una canción de iglesia, creo recordar que era una que empieza con algo así como «perdona a tu pueblo, señor, perdónanos, señor». Para ella empezaba y terminaba de ese modo porque no hacía sino repetir el verso.

—Cógela y nos escondemos bien pegados al muro del parque —ordenó Efraín.

Orientado por el verso obsesivo, llegué hasta Rosita. Estaba en un rincón, sentada en el suelo, con las piernas encogidas y la barbilla apoyada en sus rodillas. Babeaba, se le salían los mocos, lloraba, flujos varios y repugnantes sobre su piel granujenta y áspera de enferma. Tiré de ella sin contemplaciones.

Ya se escuchaba el motor de un coche. Salimos por la puerta de atrás y nos reunimos con Efraín junto al muro. Al ver a Rosita, Efraín no pudo evitar un estremecimiento de asco y susurró:

—Lo más cojonudo es que, antes de empezar a pincharse, han visto a más de un señorito llegar a comprarles la mercancía así mismo, moqueando, temblando, yéndose por arriba y por abajo. Y van ellos y lo hacen. Que se jo dan. Lo hacen por sentirse señoritos ellos también. Que se vuelvan a joder.

Terminada la lección de moral, Efraín se puso en pie.

—Ya podemos salir —dijo con un suspiro de alivio.

—¿Quién ha llegado entonces?

—La abogada. ¿Todavía no reconoces el ruido del coche? — Su tono era jovial.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Joder —exclamó con exasperación—. ¿Crees que si no saldría?

—¿No hay nadie por ahí? —escuchamos que gritaba Allende.

—Espera —le dije a Efraín—. Me gustaría hablar con ella.

Efraín asintió y corrí a reunirme con Allende en el jardincito delantero.

—¿Dónde está Sierra? —me preguntó ella con ansiedad antes de que yo dijera una palabra—. Tengo que hablar con él de inmediato.

—Todavía no ha llegado —dije—. ¿Es algo grave?

—Mucho.

—Nosotros tampoco tenemos muy buenas nuevas. La madre del chico acaba de morir y el gilipollas de Yoni se ha largado. Según Efraín, nos pueden caer encima de un momento a otro.

—¿Le ha afectado mucho? Al crío, quiero decir.

Increíble. ¿De qué están hechas las mujeres? ¿De qué material estaba fabricada Allende? Le contaba que podíamos tener a nuestros ejecutores de camino y ella me preguntaba si al huérfano le había dolido mucho alcanzar tal condición. Me hubiera gustado poder decirme que por cosas así la quería. Sin embargo, antes de que cada uno pudiera explicarse, escuchamos el frenazo de un coche en nuestra mismísima puerta. Tampoco este hecho podía significar nada bueno porque había llegado hasta allí con los faros apagados. Mi primera intención es huir pero me quedo petrificado cuando Efraín dice:

—¡Quietos! Ya no tiene remedio y al que se mueva le van a pegar un tiro.

Es un camión con la caja descubierta y muy viejo el vehículo del que se apean dos hombres; a uno de ellos se le adivina más que se le ve una pistola en la mano; el otro se apoya en un bastón demasiado grueso para ser de dandi.

—Tiene razón el chaval —dice con voz animosa el del bastón y añade dirigiéndose a Efraín—: No te habrás criado también con nosotros, ¿verdad?

—No. Me acordaría —responde Efraín con serenidad.

Los dos hombres ríen con ganas aunque quedito, moviendo más que otra cosa los hombros, como se ríe uno en los velatorios de muertos no muy allegados; lo que significa que Efraín les ha hecho gracia de verdad. Sabe ganarse a la gente este muchacho.

—¿Quiénes son ustedes, qué quieren? —pregunta Allende sin intención de hacer amigos. Ahora que la situación se estaba lubricando con unas risas...

—Mira, Montoya, ésa tiene que ser la abogada de la que tanto habla el Yoni —dice el que sostiene el arma y advierto respeto en su tono: el otro, el que ni siquiera se mancha las manos con la grasa que suele recubrir las pistolas, es el jefe.

—Con mala leche, sin respeto, como para partirle la cara, pero muy buena. Así lo dijo Yoni, ¿no?

—Así mismito. Con la gracia que tenía de pequeño el jodio y mira cómo ha terminado.

¡Coño, eso es, ahora lo entiendo! El otro que, no también sino sí, se ha criado con ellos es Yoni. ¡Son la gente de su poblado! Que Rosita no haya dicho palabra y además dé la impresión de que quiere esfumarse detrás de Allende lo confirma. «Por lo menos éstos no vienen a por nosotros», me digo con alivio, aunque de inmediato añado también para mí mismo: «¿O sí?». Observando a la gente de la que estoy rodeado nunca podré tener la certeza de que alguien no venga a por nosotros.

—Muchacho, enciende alguna luz —ordena Montoya señalando a Efraín con su garrote—. Como eres listo no te aconsejaré que no hagas tonterías.

Mientras Efraín entra por un momento en la casa, enciende el farol que ilumina el porche y luego regresa, Montoya continúa hablando:

—¿Quién va a llevar el regateo? ¿La abogada?

—¿Qué regateo? ¿De qué está usted hablando? —dice Allende.

Y no entiendo por qué se empeña en hacerlo con un tono de desprecio que hasta a mí me exasperaría. Con un somero análisis de nuestra capacidad de fuego, debería resultar evidente que hacerse la listilla sólo podría traernos un disgusto tras otro. Por si eso no fuera suficiente, ahora que se les veía con claridad, no debería quedarnos ninguna duda de que aquellos tipos pocas veces debían hablar en vano. Si el resto de sus cuerpos estaba tan rajado como lo poco de su piel que dejaban ver las gruesas chupas de invierno, es decir, como sus rostros y sus manos, hasta alguien tan partidaria de la justicia y tan cabezona como Allende se debería contener un poco y tomarse un tiempo para elegir el tono de voz con que se les contrariaba. Cualquiera que no fuera Allende habría comprendido ya que si aquellos hombres, con sus pequeños sombreros, sus bigotes poblados, sus fuscos y sus trancas, decían que tocaba regatear significaba que estaban dispuestos a regatear hasta sus últimas consecuencias.

—Como no es nada personal, le ruego que emplee un tono más respetuoso y profesional —la reprende Montoya y con razón—. ¿Quiere ver la mercancía, abogada?

—Se está equivocando —dice Allende—. Nosotros no compramos...

—No se está equivocando —la interrumpe Efraín.

—¡Conmigo sí! ¡Y con Camilo! —explota Allende—. ¡Nosotros no tenemos nada que ver con mercancías de ningún tipo; nosotros...!

—Que se la enseñen de todos modos, Patricio —la interrumpe ahora Montoya.

Patricio levanta su brazo derecho, el del hierro, a modo de señal y de la caja del camión cae al suelo un cuerpo.

—¡Yoni! —grita Rosita mientras corre hacia su hombre y nos ahorra a todos algunas preguntas.

El que ha arrojado a Yoni no se deja ver. Esa gente no se conformaba con un as; guardaba en la manga una baraja entera.

—Como el material está un poco deteriorado, nosotros somos los primeros en reconocerlo —dice Montoya y parece realmente compungido—, vamos a ser más que razonables en nuestra postura de entrada.

—¿Qué es lo que piden? —pregunta Efraín después de esperar unos segundos y comprobar que Allende no lo hacía.

—¿Nos vamos a entender contigo, muchacho? —pregunta serio Montoya.

—Si no le ofende a usted... —deja caer Efraín sin tenerlas todas consigo, respetuoso.

—Yo lo haré, señor Montoya —afirma recuperada Allende—. Yo regatearé. ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

—Bueno... queremos dinero; el origen nos la pela — responde Montoya.

—¿Cuánto? —pregunta Allende con firmeza.

—Lo que nos debía. ¿No le he dicho que íbamos a ser más que razonables?

—Si no recuerdo mal —hace memoria Allende—, tres mil y pico.

—En verdad que es usted buena, abogada —asiente Montoya sin asomo de ironía—. Tres mil doscientos veinte. Duros. A los que hay que añadir la manutención de la Rosi durante el rapto a que nos obligó el idiota y los destrozos que causó cuando se acercó a rescatarla.

—No estoy segura de que podamos conseguir la primera cantidad, imagínese si añade gastos.

—Tienen ustedes un poco de prisa —dice Montoya y, mirando a Rosita, quien considera que comerse a besos a Yoni es prestarle los primeros auxilios, añade con compasión—: Aunque a lo mejor de verdad le gustaría, la Rosi no va a curarle.

—Si se muere tampoco nosotros tendremos por qué seguir regateando.

Montoya transformó su gesto de compasión en otro de crueldad serena y alzó el bastón. Obedeciendo, Patricio se plantó junto a Rosita en dos zancadas y le puso a la muchacha la boca del cañón debajo de la nariz.

—Se van a morir los dos.

—¡Quieto, por favor, dígame que no haga nada!

Pero es Montoya quien no dice nada, ni siquiera baja la mano del bastón, que es la señal que Patricio aguarda para achicharrarle los sesos a la dulce Rosita. Allende tiembla ostensiblemente.

—Mira que a ustedes, los abogados, les gusta llevar los asuntos a sus extremos —se queja Montoya.

—Le daremos el dinero dentro de unos días.

—Y dale —vuelve Montoya a quejarse, desmoralizado—. Unos días se los podría haber dado hace unos días. Eso fue lo que hicimos. ¿Le pusimos al chico una pistola en la boca como ahora? No. Le dijimos que su novia no saldría del poblado hasta que no pagara. ¿Pagó? No. ¿Se puso por lo menos a trabajar para darnos una buena impresión? Tampoco. Llegó allí y se la llevó. Como si nosotros fuéramos idiotas. Dígame una cosa, abogada, ya sé que tienen prisa

pero reflexione un momento, por favor: ¿de verdad se puede usted creer que ese muchacho moribundo haya pensado alguna vez que nosotros fuéramos idiotas, que nos la podría dar con queso, que se pudiera siquiera acercar a nosotros con la intención de engañarnos?

—Lo que Yoni pensara o no en su momento ya poco importa.

—En eso se confunde usted. Importa. Importa porque eso es lo que tiene su generación en la cabeza. Creen que son listos, más listos que nadie, y eso es un error aunque tengas razones para pensarlo. Y tampoco cuentan con los demás. Trabajan solos. Bueno, miento, creen que pueden trabajar solos. Luego les matan, eso sí. A buenas horas se me hubiera ocurrido decirle a mi padre que iba a trabajar solo. Todavía escucharíamos las carcajadas. Antes, y usted lo sabe bien, todo se hacía en grupo. El individualismo no existía. Hasta los fascistas y los rojos estaban de acuerdo en eso. Y ya ve usted el casi cadáver... Lo tenía todo. Habiendo nacido en el poblado lo tenía todo. Él sólo tenía que poner un poco de respeto y paciencia. Más disciplina, que siempre se me olvida.

—Ahora mismo no tenemos modo de conseguir dinero — dijo Allende.

—Ya, ya he oído que tienen algunos pequeños problemillas con la policía.

—En cuanto salgamos de eso, yo misma le conseguiré el dinero, se lo prometo.

—Al contrario que muchos, yo siempre he creído en las promesas de las mujeres. O sea que no se lo tome a mal. Sencillamente no puedo creerla... —Y añade con premura y a modo de disculpa por su intolerable falta de educación—: Quiero decir que sé que me pagaría, pero estamos hablando de problemas... ni siquiera con la policía, sino con los más malos entre los policías. No puedo creerla por una cuestión táctica. Igual que esos policías le exigen a su jefe que no deje tirados a sus muertos, venganza, mis hombres me exigen a mí que no crea. Dinero. Si le retrasara el pago por unos días y luego, porque no ha podido salir de eso, como usted dice, no me pagara... ¿Con qué cara iba yo a mirar a mis hombres a la mañana siguiente? Tendríamos problemas. Los tendría yo. Por no hablar de Yoni, a quien no vería un médico hasta que no viéramos el dinero encima de la mesa. No puedo darle unos días. Escúcheme bien, no puedo darle ni un día. Lo entiende, ¿verdad?

Para mi sorpresa vi que Allende asentía. Había seguido el razonamiento de aquel asesino y terminaba dándole la razón. ¿Qué nos estaba pasando? ¿Era que nos estábamos haciendo viejos y, peor que Montoya, ya no entendíamos ni

a la siguiente generación ni a la anterior? La verdad es que yo también me había sorprendido a mí mismo varias veces durante la perorata. Por ejemplo, el asunto del individualismo creciente en nuestra sociedad resultaba indiscutible. Noches enteras había yo consagrado a la reflexión sobre ese aspecto de la decadencia. No pude seguir pensando porque:

—¿Pueden pagar o no, abogada?

Allende no respondió. Montoya alzó la mano del bastón unos centímetros más, dispuesto a dejarlo caer y terminar con las negociaciones. Patricio montó la pistola con un gesto de exhibición. Rosita gimió; a pesar de su estado, de sus dolores, de la hecatombe general que parece significar para un organismo acostumbrado la falta de morfina, la chica estaba pendiente. Conocía bien a los asesinos: gemía pero no suplicaba, ni intentaba suplicar.

Montoya bajó el brazo con brusquedad al tiempo que Efraín gritaba:

—¡Yo tengo el dinero! ¡Lo tengo!

—¡No la mates! —gritó también Montoya.

Pero el disparo ya había sonado. Como una palmada gitana en una de las capillas de mayor sosiego y techos más altos

del Vaticano. Rosita yacía de espaldas sobre el césped con sus piernas entrelazadas con las de Yoni.

—¿Qué has dicho, chaval?

—Ya nada.

—Era retórica la pregunta —dijo Montoya exagerando su gesto de paciencia—. Te he escuchado decir que tenías los cuartos.

—¿Después de cargarse a Rosita? Deberá matarme también para que le diga dónde.

—No me tientes, renacuajo, no me tientes. —Y luego Montoya se giró hacia Patricio; le preguntaba por Rosita con la mirada.

—Lo he intentado pero me da que no —dijo Patricio con increíble indiferencia.

—Fíjate bien, que siempre has tenido tus reflejillos.

Patricio se inclinó sobre Rosita, le palpó el cuello que se cubría rápidamente de sangre y volvió a ponerse en pie limpiándose los dedos en la pernera de sus pantalones. No guardó la pistola.

—Un milagro, Montoya, macho. Está viva. He conseguido rozarla solo. Un arañazo. La sangre, que es muy escandalosa.

—¿No te dije que confiaba en tus reflejos? —dijo Montoya con satisfacción y se notaba que era sincero—. Todos hemos tenido suerte esta noche. Saca los cuartos, chaval.

Efraín caminó hacia el mil cuatrocientos, abrió el maletero, metió medio cuerpo dentro y, por los sonidos, trasteó con una chapa del interior. Salió con un sobre de color marrón.

—Para que sea más fácil, y como todos tendremos ganas de volver a casa y descansar, te voy a poner una cifra redonda. Danos cinco mil y amigos.

Efraín abrió el sobre, contó el dinero y volvió a cerrarlo. Si quedaba algo en el interior no era gran cosa.

—Vámonos —ordenó Montoya.

Allende y yo corrimos a atender a Rosita. Patricio subió rápido al camión. Montoya tuvo que rodearlo hasta llegar a la puerta derecha. La abrió pero se quedó pensativo unos segundos antes de montar.

—Cuando se recupere, le decís al gilipollas de Yoni que, en caso de estar dispuesto a trabajar con los demás y no intentar nada por su cuenta, siempre puede volver al poblado. —Y luego dijo para sí—No sé cómo esos chicos no lo entienden.

Montoya subió por fin al camión, que arrancó y se fue sin luces, como había llegado.

—Ayudadme a llevarlos a la casa —dijo Allende refiriéndose a los dos cuerpos tendidos. Y mientras cargábamos con Rosita miró a Efraín—: ¿Era el dinero que tu padre guardaba para marcharos?

El chico asintió. No parecía sentirse muy mal. Sólo cansado. Quizá también sorprendido por sus propios actos. Después de enterarse de la asquerosa muerte de su madre se había reafirmado en la convicción, alimentada por su vida en la calle, de que en este mundo por lo único que hay que preocuparse es por tu propio bienestar, sin moral, sin conciencia, sin mala conciencia, como el hecho natural que es. Y acababa de jugarse su futuro y el de su padre por una morfinómana prácticamente desconocida que en la puta vida habría hecho algo así por él, peor aún, que ni siquiera se lo agradecería. Era para estar más que cansado.

Después de examinar a Rosita y a Yoni con minuciosidad, Allende nos confirmó las palabras de Montoya: todos habíamos tenido suerte aquella noche. Lo de la muchacha era en efecto un rasguño milagroso y a Yoni, aunque tenía magulladuras y raspones por todo el cuerpo, no le encontró ninguna herida de gravedad. El propio Yoni lo corroboró cuando abrió los ojos y puso la sonrisa que debía tener catalogada como astuta.

—Que venga Rosita —dijo.

Me apresuré a cumplir con su deseo. La muchacha, a pesar de que cada movimiento le suponía una tortura y de que realmente tiritaba de frío, se esforzó por aparentar serenidad cuando se sentó en el borde de la cama de Yoni y le cogió las manos.

—Hemos salido de otra, ¿eh? —dijo Yoni.

—Sí, de otra —contestó ella y supongo que por piedad se creyó en la obligación de mentir—. Contigo siempre sé que voy a salir.

—Y con propina —le guiñó el ojo Yoni al tiempo que trataba de erguirse y quedar sentado; pero los dolores no se lo permitieron; se recostó de nuevo y sin perder la sonrisa añadió—: Mira tú misma en mis calcetines.

Rosita comprendió de inmediato y se lanzó a quitarle los calcetines a su hombre.

—Me haces cosquillas —reía Yoni y vi cómo se hinchaba de orgullo cuando Rosita lanzó un grito de júbilo al encontrar lo que buscaba.

—¡Te quiero, te quiero! —decía ella mientras le besaba y simultáneamente arrancaba con las uñas el sello que garantizaba que el frasquito no había sido manipulado.

—Pura, ¿eh? —se envanecía él.

Con el frasquito ya abierto en una mano, Rosita abrazaba a Yoni con la otra y le besaba en la frente, en los ojos, en el pecho... le faltaba Yoni que besar. Era pura sí, pura alegría lo que se transmitían cada una de las células de esa pareja. Recuerdo que traté de sentir lo que Yoni estaría sintiendo. Debía de ser incomparable, algo que no se podía alcanzar de otro modo, algo que yo jamás alcanzaría. Al fin y al cabo, Yoni era consciente de que exponía y acertaba su vida a cambio de momentos como ése.

—¿Nos podéis dejar solos? —pidió Yoni.

Allende y yo salimos de la habitación. En la cocina, Efraín se había sentado y, con la cabeza apoyada en sus brazos acodados sobre la mesa, parecía descansar. Allende consultó su reloj de pulsera.

—Hoy Sierra se retrasa demasiado —dijo enlazando ambas manos en su nuca y estirando el cuello hacia atrás.

Recordé que había llegado preguntando por él como si tuviera algo urgente que contar.

—¿Te ha dicho algo nuevo el doctor Fonseca? —pregunté.

—Y luego me lo ha confirmado el tal Montoya —asintió Allende.

—¿Montoya? No he oído que dijera nada que tuviera que ver con nosotros. —Todos oían o veían o presentían más que yo—. ¿Qué ha dicho?

—Sea lo que sea lo que vayan a intentar, lo harán mañana.

—¿Cuándo has escuchado tú eso?

—Montoya no podía darme ni un día más, ¿en qué estabas pensando?

Ahora sí que recordé la frase; a mí me había parecido tan sólo una forma de hablar. Allende debía tener otros datos que le permitieran atar cabos. Iba a preguntarle de nuevo por las noticias del doctor Fonseca cuando, una vez más esa

noche, un auto se detuvo frente al hotelito. Efraín se levantó y corrió hacia la ventana. De inmediato, después de observar, le vimos relajar los hombros.

—Es el coche que trae a mi padre.

Allende fue hasta la puerta a recibir a Sierra, aunque para hablar esperó a que el auto hiciera el giro y se marchara.

—Lo van a intentar mañana —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sierra sin sorpresa.

—¿Y tú? ¿Cómo lo sabes tú? —Allende había notado también la pasmosa serenidad de Sierra.

—No tengo certeza pero lo huelo. Ortiz ha hablado conmigo —respondió Sierra dejándose caer en una silla—. Mañana no será un día como los demás, me ha dicho; se trata de nuestro último trabajo juntos. Me dará lo que falta del dinero que pactamos y no volveremos a vernos. ¿A ti te lo ha dicho Fonseca?

Allende asintió:

—Ramírez Diosdado le ha garantizado a su gente que mañana Ortiz dejará de ser un problema y habrá terminado la tensión de estos últimos tiempos.

—¿Cómo lo ha sabido el doctor? —preguntó Sierra.

—Parece que Ramírez Diosdado no se ha recatado lo más mínimo. Ayer alardeaba del asunto en un café.

—Lo que quiere decir que no le importaba en absoluto que Ortiz se enterara.

—Eso es lo que he pensado yo. Está claro: Ortiz y Ramírez se han entendido. Ramírez le permite hacer ese último trabajo en el que has estado colaborando y a cambio Ortiz te entrega. ¿Qué te ha dicho que tienes que hacer mañana?

—Protegerle desde lejos, como siempre, sin que nadie pueda sospechar que de un modo u otro estamos relacionados, pero esta vez tiene más miedo, o eso dice. Se marcha. Para siempre. Su mujer y él van a coger un tren en Atocha cargados con dos maletas llenas de billetes. Según él, si Ramírez Diosdado quiere joderle, ése es el momento. Por eso mañana no llevaré sólo mis armas. Cuando me recojan, me darán una metralleta y una llave de la consigna de la estación donde estará el dinero que me debe. Ha sido muy cuidadoso con mis intereses: en el momento en que yo coja el dinero de la consigna, le hago una seña e iniciamos la operación.

—¿Quién le garantiza que no cogerás el dinero, le harás la señal y, mientras él cree que le estás protegiendo, saldrás de la estación y te marcharás de verdad para siempre?

—También lo ha pensado. Efraín vendrá a la estación. Se quedará con él, con su mujer y con las maletas hasta que el tren se ponga en marcha. Entonces, en sus propias palabras, le soltarán, el chico correrá hacia mí, nos abrazaremos como lo que somos y nos alejaremos hacia el horizonte y una nueva vida.

—¡Hijo de puta! —estalló Allende—. ¡Cuando el tren arranque, Ramírez te estará esperando!

—Probablemente. Si no es codicioso. Si lo es, no puede permitir que esas maletas se paseen ante sus narices y no hacer nada. Joderá primero a Ortiz y luego a mí. Ortiz debe pensar lo mismo. Por eso me da una metralleta adicional.

—El chico estará con ellos —dijo Allende tratando de no parecer muy asustada—. Sabe que, aunque finalmente comprendas el juego, le defenderás para proteger a tu hijo.

—También es posible que, por los buenos y viejos tiempos, Ramírez dé por bien perdido ese dinero con tal de que Ortiz no regrese nunca.

—Sea como sea, el final de esta mierda será el mismo para nosotros —intervino Efraín por primera vez.

—No, si podemos evitarlo —dijo Sierra revolviéndole el pelo y sonriendo con una buena imitación de la tranquilidad.

—¿Has pensado algo? —preguntó Allende.

—No hay mucho que pensar —respondió Sierra encogiéndose de hombros—. No se trata de una partida de ajedrez; será como en Aranjuez. A tiros. Tenemos a nuestro favor, que conocemos por fotos sus rostros y que iré bien armado.

—En contra nuestra que no sabemos cuántos serán ellos.

—Dos cosas, abogada. Una: Ramírez Diosdado no llevará un regimiento; por ahora goza de impunidad pero estamos hablando de asesinato; si su estrella cambiara, no querrá tener muchos testigos y deberles tanto. La segunda: no es «en contra nuestra», si con ello te estás incluyendo.

—¡No te vamos a dejar solo!

—Sí que lo vais a hacer. Y no se trata de una cuestión de heroísmo, es puro sentido común. No se resolverá en un juicio, abogada, se va a resolver a tiros y ahí, estarás de acuerdo, no podéis ser de mucha ayuda. Además, si todo va bien, Efraín y yo cogeremos ese tren que estará saliendo y será el punto y final para nosotros. Si nos ayudáis, podéis dar por seguro que esos policías os matarán. Así de simple: os ejecutarán allí mismo si les es posible; si no, tardarán un día o dos más.

—¿Estás seguro de que no lo harán de todos modos? —pregunté sin que me importara lo que pudieran pensar; como había dicho Sierra, no era una cuestión de heroísmo.

—Si no estáis mañana en la estación, pase lo que pase, nos cacen o no, se olvidarán de vosotros. En cualquiera de los dos casos, no seréis relevantes y vuestra muerte sólo les complicaría las cosas. Confío en su racionalidad y espero que la apliquen también con Efraín, que comprendan que es igual de irrelevante.

—¡Tú crees que podemos quedarnos aquí parados y esperando a ver si salís pasado mañana en el periódico?

—No os quedaréis aquí parados. Mañana, cuando nos recojan a Efraín y a mí, ni siquiera volveréis a tocar ese coche robado, caminaréis hasta la estación del metro de Manuel Becerra y regresaréis a vuestras casas. Siento no poder decir «como si todo esto no hubiera pasado». No sois de nuestro mundo, no lo seréis nunca.

—¡No hay dos mundos, Sierra!

—Sí que los hay. Ahora los hay y ya será así siempre. Deberías haberlo aprendido en estos días. Tú en concreto, abogada, has pagado un precio demasiado alto por intentar cruzar la frontera. Como el país entero, no hace tanto, lo pagó por intentar borrarla. Olvidaos de nosotros.

Allende calló esta vez. A mí, como sucedía a menudo, esa gente me volvía a sorprender. En esta ocasión fue Efraín, en quien noté la cálida fuerza que da el orgullo al escuchar de Sierra la palabra «nosotros» y comprender que sólo les

incluía a su padre y a él. Sí, Allende, sí. Eran de otro mundo. Muy, muy diferente.

—¿Yoni y Rosita están en su habitación?

Allende, el muchacho y yo nos miramos, supongo que tratando de decidir sin palabras a quién le correspondía la tarea. Se nos había olvidado que todavía teníamos que poner a Sierra al corriente de los acontecimientos, uno de ellos capaz de destrozarle el alma a cualquiera.

Fue Allende la que movió la cabeza para ordenar que nos retiráramos a alguna habitación. Sierra nos miraba a uno y a otro queriendo no adivinar. No lo consiguió.

—¿A qué viene esto? ¿Qué ha hecho Yoni ahora? — preguntó sabiendo muy bien que no se trataba de Yoni.

Resultaba patético asistir a su intento de retrasar aunque fuera un instante la recepción de la noticia. Vi en sus ojos que, antes de que su hijo y yo saliéramos, ya era consciente de que la conversación iba a ser en realidad un pésame.

No supe entonces, claro está, lo que sucedió durante esas horas de la noche que pasaron juntos Allende y Sierra. Sólo años después, en la larga carta que ya he mencionado en alguna ocasión, Allende me contó con prolijidad los hechos.

Aunque yo no me equivocaba y Sierra había comprendido que su mujer había muerto esa tarde, cuenta Allende que primero le pidió que ella lo expresara en voz alta.

—Dímelo como si no lo supiera —rogó Sierra.

—María ha muerto —dijo Allende.

—Di «tu mujer».

—María, tu mujer, ha muerto.

Estaban los dos sentados a la mesa de la cocina; sobre el hule de flores estampadas quedaban migas, cortezas de queso muy finas, bien aprovechadas, con las marcas de la mordida nítidas, y una botella de vino mediada que se había quedado sin taponar. Sierra cogió la botella y echó un trago largo.

—No lo hice por ellos, por María y el chico; claro que no quería que quedaran atados a un preso de por vida, pero no fue ésa la razón última que me llevó a decirle a ella que no volviera más a verme, que cogiera a Efraín y desaparecieran los dos para siempre. Eso hubiera sido un sacrificio más de una larga lista. Hubiera sido el Sierra de siempre, un Sierra que ya no existía. Aunque no me lo hubiera querido plantear, yo había cambiado y mucho desde que Efraín naciera. Ya no se trataba más de hacer revoluciones para generaciones venideras, ni para los nietos siquiera. Ahora el

vínculo con la humanidad era más pequeño pero más vivo, tanto como Efraín. Era a él a quien estaba obligado, a quien tenía que garantizarle un futuro. Si hasta entonces había crecido y luchado por el de los demás, despreciando el mío, sería fácil seguir haciéndolo por aquella personita a quien su madre y yo habíamos traído a este mundo a que sufriera sin compensación alguna. No es verdad que contemplar atardeceres, vivir al sol la larga estación del verano, los primeros amores, el viento en la cara y todas esas mierdas compensen los sufrimientos que hay que padecer en esta vida y mucho menos la muerte, la condena a muerte de la que todos somos conscientes. No podría evitarle la muerte a mi hijo, pero sí estaba obligado a darle la vida más densa que pudiera; si hasta ahora había cogido las armas para abrirle al género humano el camino hacia el paraíso, si había estudiado y aprendido que sólo con las armas los pobres podían transitar ese camino, con mayor razón debía aplicarme ahora el cuento. Efraín tendría el mejor futuro que pudiéramos arrancarle a la burguesía. Ahora tiene hasta gracia; entonces me lo creía a pie juntillas. ¡Cuánta cobardía, ¿verdad?! ¡Cuánto miedo nos dan las palabras! Con lo sencillo que sería decir que, cuando Efraín nació, decidí que ese chico viviría con la mayor libertad y comodidad que se pudiera alcanzar en este mundo y que, dada mi situación, nuestra situación, sólo podría proporcionarle esa vida con mis armas y mis huevos, atracando. Lo que tan bien sabe

Yoni, por ejemplo, a mí me ha costado una vida aprenderlo. Pero todavía tengo tiempo de aplicarlo. Termino. Cuando me detuvieron y comprendí que ya no podría hacer nada por él, le pedí a María que se fuera, que no volvieran, porque no soportaba la idea de mí mismo incapaz tras los barrotes y escuchando o, peor aún, imaginando las calamidades que por fuerza los dos deberían pasar. Les dejé no para que ellos vivieran mejor sino para hacerlo yo. Creía, qué ingenuo, que con la perpetua tarde o temprano podría olvidar, olvidarles. «Me haré a la idea de que están muertos», pensaba como un gilipollas. No podía sospechar, claro, que saldría cuando ella estuviera viva todavía y él todavía maleable y sin futuro. Por eso te he pedido que me lo dijeras en voz alta. Está muerta. Y Efraín...

—Tiene un futuro —interrumpió Allende.

—Eso es, tiene un futuro y se lo voy a alcanzar. Te dije una vez que los hombres están donde les han llevado sus pasos, que es inútil y también contraproducente pensar en dónde podrían estar. ¿Lo comprendes ahora?

—Creo que sí.

—Ortiz y Ramírez Diosdado y Cristo y Yoni y tú, abogada, con tu amigo y tu marido muerto, todos habéis pasado junto a mí para que yo pueda sacar a mi hijo y cumplir por fin la promesa.

—¿Adonde vais a ir?

—Al lugar para el que Ortiz y señora hayan comprado billete —dijo Sierra y, encogiéndose de hombros, añadió—: Qué más da. Si lo conseguimos poco importará el pueblo o la ciudad a la que lleguemos.

Cuenta Allende que jamás antes se había sentido tan inútil y tan sola como entonces, cuando por fin comprendió lo que les hacía tan diferentes, lo que, aún ahora y para siempre, les colocaba en mundos tan ajenos, y de tan difícil tránsito entre sí, como lo son la libertad y la cárcel, los habitados por gentes con esperanza y aquellos que sólo pueblan los desesperados, los que te permiten creer que de alguna forma te pertenecen, y por tanto tienes el derecho de intentar cambiar, y aquél, el de Sierra y su hijo, y Rosita y Yoni que, además de no pertenecerte en modo alguno, te castiga fieramente o te expulsa si no acatas sus brutales normas al cien por cien. Mientras que ella, Allende, y en su día su marido y su padre, soñaban con cambiar el Derecho y sus reglas cómodamente instalados en un piso con sus alfombras y sus muebles heredados generación tras generación, con sus cuadros y su despensa llena, mientras soñaban con utilizar la palabra, la gente como Sierra no tenía paredes entre las que soñar, ni muebles o despensa, y ni siquiera veían salida en los cambios y en las palabras, porque

ellos y sus hijos, como antes sus padres, podían ser muertos tan sólo por imaginar un cambio o por hablar.

Álvaro y ella no eran, no habían sido, conformistas. Tampoco su padre, a quien consideraba modelo y ejemplo. Todo lo contrario. Los tres habían elegido ser abogados por vocación, lo que significaba que soñaban con contribuir de vez en cuando a la justicia. No habían sido conformistas. Y menos ella que, de los tres, era la única que había pretendido ejercer en el régimen de Franco, lo que significaba tener que enfrentarse día tras día, juicio tras juicio, a la sinrazón y la arbitrariedad y finalmente, en la medida en que su postura se mantuviera firme, a la mínima pero la tenemos. Si tú pones los pies en la estación entonces sí que estarás muerta.

—Yo lo veo al contrario. Si vamos a vivir será porque estemos juntos.

—Te mandaré a buscar desde donde estemos.

—¿Sabes que esas eran justo las palabras que no deberías haber dicho?

Sierra asintió. Allende rasgó la venda por la mitad e hizo un nudo con ambos extremos.

—¡Ya están aquí! —les dijo Efraín a través de la puerta.

No tardó Sierra en aparecer. Se agachó para mirar a Efraín a los ojos.

—Sabes conducir me han dicho.

—Un poco, sí.

—Mientras yo les entretengo te subes al coche y lo pones en marcha.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Allende esperanzada.

—No nos vamos a presentar a la cita. Con el dinero que tenemos en el coche será suficiente para unos cuantos meses, para empezar. Dejaremos lo que nos espera en la consigna. Con unos meses libres por delante muy tontos deberíamos ser para que no se nos ocurriera algo legal que hacer.

—¡Joder, qué coño has estado haciendo toda la noche con él! —grité enfurecido—. ¿Ni siquiera sabe que su hijo le ha dejado sin un duro?

Todo Sierra se contrajo; me fijé en que los nudillos se le quedaban blancos de la fuerza con que apretaba los puños.

—Iban a matar a Rosita y a Yoni —se justificó Efraín.

—No le culpes, cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo —dijo Allende—. Tú te habrías comportado del mismo modo.

Sierra tardó unos segundos eternos en asentir con la cabeza. Afuera sonó un claxon.

Duele tanto querer, es tan opresiva la ansiedad que conlleva el amor desgraciado que, a veces, con tal de conseguir que la bola en que se ha convertido tu estómago se ablande un poco, aunque sea un poco y durante unos instantes, con tal de escuchar unas palabras de alivio, eres capaz de olvidar que segundos después se producirá el diluvio. Le sucedió a Allende:

—¿Querías que huyéramos los tres? —le preguntó a Sierra.

Quería escuchar un «sí», aliviarse con un «sí». Su modo de razonamiento volvía al «qué hubiera pasado si...»; justo lo que Sierra había tratado de inculcarle desde que se conocieran, justo lo que ahora Sierra no podía permitirse analizar. Procuró ser tajante:

—Sigues preguntando tonterías, abogada. Efraín y yo vamos a Atocha. Ahora somos unos más de los que quieren hacerse con esas maletas de Ortiz. No sueñes. Siempre será una cuestión de dinero. —Y mirándome añadió—: Llévala a casa. Si llora y te ruega que la dejes marcharse sola, apáñatelas para que no lo haga o yo mismo vendré a buscarte en esta vida o en la siguiente.

El claxon volvió a sonar. Sierra, sin mirarle, cogió de la mano a Efraín para salir juntos a la calle. El chico, en un acto

reflejo, se soltó. Sierra le miró un instante para comprobar que el chaval no pretendía quedarse sino que se consideraba demasiado mayor como para salir cogido de la mano de su padre. Al comprender que así era, Sierra asintió y caminó hacia la salida. Cuando iba a abrir la puerta, dijo Efraín:

—Espera, padre. —Y dio unos pasos hasta alcanzar a Sierra y cogerle de la mano.

Salieron los dos de la casa. Separando un poco los visillos pudimos ver que los sicarios les esperaban con las puertas del Mercedes abiertas. Sin embargo Sierra no entró al coche hasta que uno de ellos, rezongando, se apeó, abrió el maletero y sacó una metralleta muy pulida que le entregó. Tras montarla y desmontarla un par de veces, Sierra subió al auto. El tipo que se había quedado al volante también le entregó a Sierra algo, un objeto pequeño; deduje que era la llave de la consigna de Atocha.

Allende dejó caer la punta del visillo que sostenía. Escuchamos que, en su habitación, Rosita y Yoni reían a más no poder. ¿Qué sentirían esos dos seres? No tardé mucho en responderme porque ya me había hecho un par de veces idéntica pregunta: algo que yo jamás llegaría a sentir porque ellos aceptaban que esos momentos de risas despreocupadas acortaran sus vidas. Caros momentos.

De lo que sucedió en la estación antes de que Allende y yo llegáramos no puedo hablar con precisión, solamente especular.

Me imagino que Sierra siguió al pie de la letra las instrucciones que había recibido de Ortiz: con la metralleta escondida bajo el abrigo y con Efraín de la mano, se acercó a la taquilla de la consigna y cogió el dinero que le habían dejado en ella. Antes de dejar marchar a Efraín, simuló contar con lentitud el dinero; lo que en realidad hacía era observar a su alrededor, tratar de localizar a Ramírez Diosdado y a aquellos dos hombres suyos que conocía por foto. Sierra tenía una ventaja y no pequeña: él conocía al menos a tres de los policías mientras que ninguno de ellos tenía ni la más mínima idea de cómo era él. Antes de hacer nada deberían esperar a que Ortiz cumpliera su parte del trato y le señalara; las escasas posibilidades de salir bien parado que tenía Sierra provenían de esa suposición. Y Ortiz no le señalaría hasta que no tuviera la certeza de que él y su señora cogían el tren sin riesgo alguno. Así era como Sierra

había supuesto que sucederían las cosas, yo mismo lo había escuchado.

Pero todos esos hechos y suposiciones resultaban válidos... ayer. Hoy no sólo tendría que proteger a Ortiz y señora y cuidar de la vida de Efraín y de la suya propia, hoy había añadido tareas a su lista: también debería llevarse las maletas con el dinero. Eso quería decir que en algún momento, antes de que Ortiz y señora subieran al tren, Sierra debería coger las maletas y a su hijo, lo que significaría descubrirse y quedar a merced de unos y otros en el andén.

Digo que supongo que Sierra siguió las instrucciones al pie de la letra porque cuando Allende y yo entramos en el inmenso vestíbulo de la estación, Efraín caminaba hacia el único tren que esperaba en los topes y caminaba entre Ortiz y su mujer, que sonreían y le hacían monerías, como dos abuelos excitados por salir con su nieto de viaje. Tras ellos, a cuatro o cinco pasos, los dos esbirros cargaban con las maletas. Buscamos con la vista a Sierra y le vimos apoyado en el marco de madera verde y rugosa de la cantina. Él también nos vio. No hizo, claro está, gesto alguno de reconocimiento aunque, por su forma de apretar las mandíbulas, supe sin lugar a dudas que, si él no moría aquella mañana y también yo sobrevivía, esa misma tarde sería capaz de pegarme un tiro como había prometido: no me daría tiempo a explicarle que yo también quería a

Allende, que la quería más que a mi vida, como demostraba el hecho de que estuviera con ella en ese momento, a pesar de sus súplicas: varias veces me había rogado ella que me fuera a casa y yo había insistido otras tantas en acompañarla con la esperanza de hacerla desistir para no poner en riesgo mi vida. Esperanza vana porque Allende ya no pensaba en términos de vida o muerte, sino de una vida que mereciera la pena vivirse o una larga existencia de pena en pena, de desgracia en desgracia y de frustración en frustración; dos formas de vida que te dirigían hacia unas muertes también distintas: una con dignidad y conforme porque hasta allí había valido la pena; la otra intolerable después de una puta vida. En ese sentido sí que Allende se había acercado a la forma de discurrir de Sierra o de Yoni, había saltado algunos muros y se encontraba satisfecha con sus saltos.

—«Convoy con destino Irún y enlace con Francia, situado en vía tres, efectuará su salida en cinco minutos» —dijeron los altoparlantes.

Allende, cada vez con el gesto más ido, vigilaba rostros en busca de los de las fotografías. A mí, para mantener a raya el pánico y contener el llanto, me dio por pensar en que, escondidos entre todas aquellas personas en apariencia decentes y corrientes, habíamos convergido allí unos cuantos cuyo gesto desfiguraba el odio y la sed de venganza, otros a quienes trastornaba la codicia y por último algunos

más que debían su demencia al amor. Por lo demás, nada anormal en la estación.

—«Convoy con destino Irún y enlace con Francia, situado en vía tres, efectuará su salida en dos minutos» —dijeron los altoparlantes.

Ni Ortiz ni su mujer habían subido al tren; desde donde estábamos se les veía charlar amigablemente con Efraín al pie de la escalerilla. Dos asuntillos les obligaban a esperar la subida a bordo: debían señalar a Sierra y debían dejar al niño marchar. Ellos jugaban limpio, les gustaba creer que jugaban limpio. Un camisa vieja sólo traiciona a quien es estrictamente necesario. Tuve que reconocer que el viejo policía y su señora tenían temple, nervios, aguante. A los dos guardaespaldas se les notaba más inquietos; probablemente no sabían de la misa la mitad, pero intuían los estallidos del cielo. Habían dejado las maletas a sus pies y, dándole la espalda a su jefe, miraban en la única dirección de la que podía venir el peligro: hacia el vestíbulo; en el extremo opuesto la luz con la forma semicircular del hangar; más allá, para los que lograran llegar hasta ese azul, el retiro, para otros la libertad y el olvido.

—«Convoy con destino Irún y enlace con Francia, situado en vía tres, efectuará su salida en un minuto» —dijeron los altoparlantes.

—¿A qué está esperando? —escuché susurrar a Allende que miraba a Sierra y, ya perdido todo control, se movía como si se estuviera meando.

Entonces comprendí con nitidez lo que Sierra tenía en la cabeza: apurar hasta el último segundo y entonces coger al crío, las maletas y los pasajes y subir al tren. El viejo Ortiz también pareció intuir todo de pronto porque cogió a su mujer del brazo y, casi con brutalidad, la empujó hacia el tren.

—¡Subid las maletas, subidlas! —les gritaba a sus hombres.

Esos gritos provocaron los disparos. De entre la gente, a menos de diez metros, surgieron dos de los policías que conocíamos, Ramírez Diosdado y el inspector Santos Ricardo, disparando. Vi caer, prácticamente al mismo tiempo, a los dos guardaespaldas. Sierra había calculado bien y los policías, creyéndolo un trabajo fácil, no habían venido con muchos efectivos.

—¡No mates a los viejos! —gritó Ramírez Diosdado.

—¡Es él! ¡No disparéis aquí! ¡Ése es Sierra! —aullaba Ortiz señalando a un Sierra que ya había sacado la metralleta de debajo del abrigo.

—¡Tú no dejes de apuntar a Ortiz! —le ordenó Ramírez a Santos Ricardo, mientras que él, sin encogerse, ofreciendo blanco, avanzaba hacia Sierra.

Miriam intentaba subir al tren con una de las maletas pero Efraín tiraba de ella para impedirsele. Ortiz, que había subido a la plataforma con el otro bulto, se dio cuenta de que era el chaval quien impedía a su mujer reunirse con él; sin perder la calma bajó de nuevo al andén y agarró la pistola que todavía tenía en su mano convulsa uno de los guardaespaldas. Sierra se había refugiado tras una de las columnas de hierro de la estación y no podía avanzar, se limitaba a contener el ataque de Ramírez Diosdado, a quien se le veía disfrutar con la situación.

—¡Va a matar al crío! ¡El viejo va a matar al crío! ¿Qué hago?
—gritaba Santos Ricardo.

—¡Que le den por culo, que se arreglen! —respondió Ramírez Diosdado—. ¡Tú preocúpate de bajar la maleta y luego vienes a terminar con éste!

Ortiz en verdad iba a matar a Efraín. Traté de sujetar a Allende pero no pude, se escurrió de mis manos sudorosas. A dos pasos de nosotros, a los pies de Santos Ricardo, la pistola del otro guardaespaldas había quedado en el piso. Allende la cogió, la alzó y sin una duda, a bocajarro, le disparó a Ortiz en la cabeza. Santos Ricardo se giró con

violencia y golpeó a Allende en la cara con la culata de su arma. Allende cayó sobre las baldosas que ya se cubrían de sangre. Al verla caer Sierra salió de detrás de la columna. ¿Había sido un acto reflejo o su forma habitual de actuar? En Aranjuez, y como un momento antes había visto hacer también a Ramírez Diosdado, la táctica de Sierra consistió simplemente en avanzar, sin prestar atención a todo lo que no fuera su blanco. Es difícil acertar si te encierras en tu miedo. El gesto cogió desprevenido a Ramírez Diosdado, que se tiró al suelo para protegerse. El tren se puso en marcha muy lentamente. Creyéndose cubierto por Ramírez Diosdado, Santos Ricardo subió a la plataforma para recuperar la maleta que quedaba arriba. Sierra, al descubierto, le voló la cabeza. Santos Ricardo, con un pie enganchado en la escalerilla quedó colgando del vagón (después iría golpeando el andén con su media cabeza hasta que finalmente, pasada ya la cortina de luz del hangar, se desprendió). Antes, en fracciones de segundo, Sierra había corrido hasta Allende.

—No es nada, no tienes nada, sólo ha sido un golpe —le decía a Allende mientras cogía la maleta que quedaba en el andén y la subía al vagón.

Ramírez Diosdado disparó. Sierra agarró por el cuello a la mujer de Ortiz, que lloraba arrodillada junto al cuerpo de su marido, y se parapetó tras ella.

—¡Sube al vagón, sube! —le ordenó Sierra a su hijo.

Efraín esperó a que llegara a su altura la puerta del siguiente vagón y se encaramó. Sin mirar siquiera, Sierra disparó otra vez hacia Ramírez para mantenerle a raya y soltó a Miriam.

—Os bajáis antes de Irán, uno o dos pueblos antes —le dijo a Allende mientras la ayudaba a ponerse en pie.

Un disparo de Ramírez Diosdado le metió a Sierra una bala en el hombro pero no le detuvo: tiraba de Allende para que ésta alcanzara velocidad suficiente para subir a la plataforma.

—Efraín lleva en el bolsillo de su pantalón un papel con una señas de San Sebastián —le decía jadeando a Allende—. Buscáis esa dirección y le decís quiénes sois al que os reciba. Os pasarán la frontera.

Con un último tirón consiguió que Allende se agarrara al pasamanos de la plataforma y subiera finalmente al convoy.

—¡Sube conmigo, con nosotros, sube por favor! —rogó Allende.

Sierra, agarrado también al pasamanos, conseguía seguir corriendo paralelo al tren. Negó con la cabeza. Su color se iba haciendo grisáceo.

—Si dejamos a ese policía vivo nos matarán en la siguiente estación. Ni nos bajarán, nos matarán a los tres aquí mismo, sobre el tren.

—Es igual, sube —lloraba Allende; a su espalda Efraín también lloraba.

Ramírez Diosdado seguía tras ellos sin dejar de disparar. Cuando Sierra comprendió que ya no podría mantener mucho más tiempo la velocidad y que el tren le arrastraría en cualquier momento, sin una palabra más, sin un «os quiero», se soltó. La inercia le hizo seguir corriendo en paralelo al tren durante unos segundos; después se detuvo y se giró para encarar a Ramírez. Abrió las piernas para afianzarse. No fue difícil para él meterle un tiro en el corazón.

—¡Alto! ¡Deténgase! —escuchó—. ¡Quieto o disparamos!

Una pareja de la guardia civil le apuntaba con sus máuseres. Sierra giró el cuello para ver cómo desaparecía el convoy envuelto por la luz del mediodía y después volvió a mirar a los guardias. Podría jurar que sonrió al levantar su arma, pero la verdad es que no lo vi. Sonó la descarga. Los dos guardias habían disparado casi simultáneamente. Debió ser muy parecido a una ejecución. No puedo asegurarlo porque ya digo que no lo vi. Mis ojos se mantenían clavados en el punto en que Allende subió a ese tren. No la había seguido

con la mirada. Me quedé en ese punto, el punto de no retorno. Allende lo había pasado y yo me había quedado. Por un momento intenté el último engaño: traté de creer que cuando Sierra se soltó de la barra, lo que había sido el punto de no retorno para él, Allende se acordó de mí, me miró y me dijo con la mano «ven». No funcionó. Porque no lo hizo y porque yo no hubiera ido. Había optado por una larga existencia de pena en pena, de desgracia en desgracia y de frustración en frustración y por la muerte intolerable después de una puta vida.

No sé cuánto tiempo estuve apoyado en aquella pared de la estación y mirando el jodido punto. Debió de ser poco, porque cuando decidí que ya era tiempo de volver a casa y me encaminé hacia la salida, Miriam seguía llorando arrodillada junto al cadáver de su marido. Los camilleros intentaban consolarla pero se cansaron pronto y llamaron a los guardias porque ése no era su trabajo; su trabajo consistía en dejar la estación limpia de muertos. Al salir a la glorieta me alegré de que lloviera: nadie se fijaría en la mancha húmeda que llevaba en la bragueta.

Madrid, enero de 2008



ADOLFO PUERTA MARTÍN nació en Madrid en 1956 y es licenciado en Ciencias Políticas y Sociología. Durante más de quince años trabajó en cooperación para el desarrollo en América Latina y Filipinas. Desde 1990 escribe obras de café teatro y guiones para series de televisión. En 2007 publicó su primera novela, *Azucena de noche*, inspirada en la segunda temporada de la serie de televisión, *Amar en tiempos revueltos*, que obtuvo un gran éxito de ventas y ocupó durante semanas los primeros puestos de las listas de los libros más vendidos.